

ITALO CALVINO

LA ESPECULACIÓN
INMOBILIARIA



se

Este libro constituye una excelente muestra de la sensibilidad narrativa de Italo Calvino para captar los conflictos y los cambios de la sociedad italiana tras la caída del fascismo y la conclusión de la Segunda Guerra Mundial.

La especulación inmobiliaria es la historia de un intelectual de izquierdas con mala conciencia que decide lanzarse al escabroso mundo de los negocios. La realidad se encargará de demostrarle, en una cadena de falsas esperanzas y amargos desencantos, su irremediable fracaso como hombre práctico.



Italo Calvino

La especulación inmobiliaria

ePub r1.0
jugaor 02.11.13

Título original: *La speculazione edilizia*
Italo Calvino, 1957
Traducción: Francesc Miravittles

Editor digital: jugaor
ePub base r1.0



I

Levantar los ojos del libro (leía siempre en tren) y reconocer trozo a trozo el paisaje —el muro, la higuera, la noria, las cañas, la escollera—, las cosas vistas desde siempre de las que sólo ahora, por haber estado lejos, se daba cuenta: éste era el modo en que Quinto, todas las veces que regresaba a ella, volvía a tomar contacto con su tierra, la Riviera. Pero como ya hacía años que duraba, esta historia de su alejamiento y de sus regresos esporádicos, ¿qué gusto sentía? Lo sabía todo de memoria: y, sin embargo, seguía tratando de hacer nuevos descubrimientos, así, fugazmente, con un ojo en el libro y otro fuera de la ventanilla, y ya era sólo una comprobación de observaciones, siempre las mismas.

Pero cada vez había algo que le interrumpía el placer de este ejercicio y le hacía volver a las líneas del libro, un hastío que ni siquiera él entendía bien. Eran las casas: todos estos nuevos edificios que se alzaban, viviendas ciudadanas de seis u ocho plantas, sin blanquear, macizas como paredes de contención ante el desmoronamiento de la pendiente, con el mayor número posible de ventanas y balcones orientados hacia el mar. La fiebre del cemento se había adueñado de la Riviera: allá veías el inmueble ya habitado, con las jardineras de los geranios todas iguales en los balcones; aquí, el grupo de casas apenas terminadas, con los cristales marcados con serpientes de yeso, que esperaban las pequeñas familias lombardas ávidas de bañarse; más allá, de nuevo un castillo de andamios y, abajo, la hormigonera que gira y el cartel de la agencia para la compra de los locales.

En las pequeñas ciudades en pendiente, escalonadas, los edificios parecían subirse los unos encima de los otros, y, en medio, los dueños de las casas viejas alargaban el cuello en los pisos añadidos. En ***, la ciudad de

Quinto, antaño rodeada de umbrosos jardines, de eucaliptos y magnolias donde entre seto y seto viejos coroneles ingleses y ancianas misses se prestaban ediciones Tauchnitz y regaderas, ahora las excavadoras removían el terreno reblandecido por las hojas marchitas o granulado por la grava de las avenidas, y el pico derribaba las pequeñas villas de dos pisos, y el hacha abatía con un crujido como de papel los abanicos de las palmeras Washingtonia, desde el cielo en que se asomarían los futuros soleados — tres habitaciones más cuarto de baño.

Cuando Quinto subía a su villa, que en otro tiempo dominaba la extensión de los tejados de la ciudad nueva y, abajo, los barrios de la marina y el puerto, más acá el montón de casas enmohecidas y liquenosas de la ciudad vieja, entre la vertiente de la colina a poniente, donde sobre los huertos se espesaba el olivar, y, a levante, un reino de villas y hoteles verdes como un bosque, bajo la ladera desnuda de los campos de claveles centelleantes de invernaderos hasta el Cabo: ahora ni rastro, no veía más que un geométrico superponerse de paralelepípedos y poliedros, esquinas y lados de casas, por aquí y por allá, tejados, ventanas, paredes ciegas contiguas a la fuerza con sólo los ventanucos esmerilados de los lavabos uno sobre otro.

Su madre, cada vez que venía a ***, en primer lugar lo hacía subir a la azotea (él, con su nostalgia perezosa, distraída y súbitamente desganado, habría vuelto a marcharse sin ir allí).

—Voy a enseñarte las novedades. —Y le señalaba los nuevos edificios —: Allí los Samperi añaden unos pisos, aquélla es una casa nueva de una gente de Novara, y las monjas, también las monjas, ¿te acuerdas del jardín con los bambúes que se veía ahí abajo? Mira ahora qué hoyo, ¡quién sabe cuántos pisos querrán construir con esos cimientos! Y la araucaria de la villa Van Moen, la más hermosa de la Riviera, ahora la empresa Baudino ha comprado todo el solar, una planta de la que tendría que haberse preocupado el Ayuntamiento, convertida en leña para el fuego; por otra parte, trasplantarla era imposible, quién sabe hasta dónde llegaban las raíces. Ven por aquí; a levante, vista que quitarnos ya no tenían, pero mira

ese nuevo tejado que ha despuntado: pues bien, ahora el sol por la mañana llega aquí media hora después.

Y Quinto:

—¡Oh, oh! ¡Caramba! ¡Ah, querida! —Sólo era capaz de salir con exclamaciones inexpresivas y risitas, del tipo «Total, ¿qué le vamos a hacer?», e incluso la complacencia ante los más irreparables destrozos, tal vez por un resto de juvenil voluntad de escándalo, tal vez por la ostentación de sabiduría de quien sabe que es inútil lamentarse contra la marcha de la historia. Y, sin embargo, la vista de una tierra que era la suya, que desaparecía así bajo el cemento, sin haberla poseído realmente nunca, hería a Quinto. Pero hay que decir que era un hombre historicista, de los que rechazan las preocupaciones, un hombre que había viajado, etcétera, en suma, ¡qué tanto le daba! Otros eran los actos violentos que estaba dispuesto a llevar a cabo, él en persona, y sobre su misma existencia. Casi le hubiera gustado, allí en la azotea, que su madre le pinchase más por esta contradicción suya, y aguzaba el oído para adivinar en aquellas resignadas denuncias que ella acumulaba de una visita a otra los acentos de una pasión que fuera más allá de la pena por un paisaje querido que moría. Pero el tono de queja razonable de su madre nunca rozaba esa pendiente acre y más abajo maníaca por la que todas las quejas mantenidas durante demasiado tiempo tienden a caer, y que se revela en términos de la conversación apenas sugeridos: el decir, por ejemplo, «ellos» de los que construyen, como si estuviesen todos asociados en perjuicio nuestro, y «mira qué nos hacen» de todo lo que tanto daño nos ocasiona a nosotros como a muchos otros; no, ningún motivo de disputa hallaba en la serena tristeza de su madre, y tanto más crecía en él el deseo de salir de su pasividad, de pasar a la ofensiva. Eso es, ahora, allí, aquella tierra suya, aquella parte amputada de sí, tenía una nueva vida, aunque fuera anormal, antiestética, y justamente por eso —por los contrastes que dominan las mentes educadas en la literatura—, era más vida que nunca. Y él no participaba de ella; atado a los lugares apenas por un hilo de estímulo nostálgico, y por la desvalorización de un solar semiurbano que ya no era panorámico, sólo obtenía reveses.

Dictada por este estado de ánimo, la frase: —Si todos construyen, ¿por qué no construimos también nosotros? —que había soltado un día conversando con Ampelio en presencia de su madre, y la exclamación de ésta, llevándose las manos a la cabeza—: ¡Por caridad! ¡Pobre jardín nuestro! —habían sido la semilla de una ya larga serie de discusiones, proyectos, cálculos, indagaciones, trámites. Y ahora, precisamente, Quinto regresaba a su ciudad natal para emprender una especulación inmobiliaria.

II

Pero reflexionando a solas, como hacía en tren, las palabras de la madre acudían a su pensamiento comunicándole un sombrío malestar, casi un remordimiento. Era la pena que sentía su madre por una parte de sí, de ella misma que se perdía y de la cual sabía no poder ya rehacerse, la tristeza que adquiere la edad madura, cuando cada ofensa general que de algún modo nos atañe es una ofensa a nuestra misma vida que ya no obtendrá una reparación por ello, y cada cosa buena de la vida que se va es la vida misma que se nos escapa. Y en su modo desdeñoso de reaccionar, Quinto reconocía la crueldad de los optimistas a ultranza, el rechazo a aceptarse derrotados en algo de los jóvenes que creen que la vida siempre restituye sin más lo que te ha quitado, y si ahora destruye un signo querido de tu tierra, un color del ambiente, una cívica aunque inartística y por ello difícilmente defendible y recordable belleza, sin duda te devolverá después otras cosas, otros bienes, otras Molucas o Azores, también ellas perecederas, pero susceptibles de ser disfrutadas. Y, sin embargo, sentía cuán equivocada es esta crueldad juvenil, cuán despilfarradora y anunciadora de prematuro sabor de vejez, y, por otra parte, también cuán cruelmente necesaria: en fin, que todo lo sabía, ¡el condenado!, incluso que en absoluto tenía razón su madre que nada de todo esto pensaba sino que únicamente, y con natural preocupación, le informaba de cuando en cuando de los pisos añadidos de los vecinos.

Ahora bien, Quinto, lo que tenía en mente, a su madre aún no había osado decírselo. Con este propósito se dirigía ahora a ***. Era una idea sólo suya, ni siquiera había hablado de ella con Ampelio, es más, hacía muy poco que esta idea se le había configurado como una decisión urgente y no

como una hipótesis, una posibilidad siempre abierta. Lo único establecido y ya casi concluido —con el resignado consentimiento de su madre— era la venta de una parte del jardín. Porque a vender, ahora, se habían visto obligados.

Era la época dura de los impuestos. Dos fortísimos se habían hecho ver de manos a boca y casi al mismo tiempo, tras la muerte del padre, a cuyo hosco refunfuño y a cuyos incluso demasiado escrupulosos cuidados se habían confiado siempre estos asuntos. Uno era el «patrimonial extraordinario», un desgraciado, vengativo impuesto decretado por los gobiernos de principios de la posguerra, más severos con los burgueses, y alargado hasta nuestros días por la lenta burocracia para aparecer repentinamente ahora, cuando menos se lo esperaba. El otro eran los derechos reales, un tributo que parece razonable mientras nos es ajeno, pero que cuando lo vemos echarse encima tiene la virtud de parecer inconcebible.

En Quinto, la preocupación por no tener en el mundo la décima parte siquiera del dinero necesario para pagarlos, y el inveterado rencor contra el fisco de los agricultores ligures, parsimoniosos y antiestatales, y luego el inextinguible enojo de los honrados por estar ellos solos agobiados por los impuestos «mientras los peces gordos, como se sabe, siempre consiguen eludirlos», y aun la sospecha de que haya en ese laberinto de cifras una trampa evitable, pero desconocida sólo para nosotros, toda esta multitud de sentimientos que las pálidas cédulas de las oficinas de recaudación suscitan en los corazones de los más virginales contribuyentes, se mezclaba con la conciencia de ser un mal propietario, que no sabe sacar fruto de los propios haberes y que, en una época de continuos y prósperos movimientos de capitales, créditos simulados y giros de letras, se está mano sobre mano dejando que sus terrenos se desvaloricen. De este modo, reconocía que en tanta desproporcionada maldad de la nación contra una familia carente de réditos actuaba con lógica luminosa lo que en lenguaje forense se conoce como las razones del legislador: gravar los capitales improductivos, y a quien no consigue o no tiene ganas de sacarles provecho bien le está.

Y puesto que la respuesta, a quienquiera que se le preguntase —en la oficina de los impuestos, en el banco, en el despacho del notario—, era una sola: vender, «Todos lo hacen: para pagar los impuestos tienen que vender algo» (donde el «todos» quería decir, evidentemente, «todos aquellos como vosotros», es decir: viejas familias de propietarios de parcelas de olivar improductivos o de casas con los alquileres congelados), Quinto enseguida había parado mientes en el terreno llamado «de los tiestos».

Era este terreno «de los tiestos» una parcela cultivada tiempo atrás como huerto, aneja a la parte más baja del jardín, en la que había precisamente una casita, un viejo gallinero, habilitado luego como almacén de macetas, tierra, herramientas e insecticidas. Quinto lo consideraba un apéndice accesorio de la villa, y ni siquiera estaba atado a él por recuerdos de la infancia, porque todo lo que le traía a la memoria aquel lugar había desaparecido: el gallinero con los torpes pasos de las gallinas, los semilleros de lechuga agujereada por los caracoles, los tomates que alargaban el cuello por las delgadas cañas, el deslizamiento serpenteante de los calabacines bajo las hojas extendidas en el suelo, y, en medio, altos sobre la huerta, dos dulcísimos ciruelos de la variedad «claudia», que, después de una larga vejez destilando goma, negros de hormigas, se secaron y murieron. Este huerto, su madre, disminuida paulatinamente la necesidad familiar de verduras (los hijos fuera por los estudios y luego por el trabajo, los viejos fallecidos uno a uno, y por último el marido, todavía incansable y rugidor, dándole de pronto la sensación de casa vacía), su madre había ido invadiéndolo con sus plantas de jardín, haciendo de él una especie de centro de clasificación, de vivero, y había adaptado el ex gallinero como depósito de macetas. Así, el terreno había revelado condiciones de humedad y de orientación especialmente recomendables para ciertas plantas raras, que, acogidas allí provisionalmente, se habían, más tarde, establecido; y tenía un particular aspecto chocante, entre agrícola, científico y extraño, y era allí, más que en cualquier otro sitio con parterres y grava del jardín, donde a su madre le gustaba descansar.

—Vendamos eso: solar edificable —había dicho Quinto.

A lo que su madre:

—¡Ah, muy bien! ¿Y las calceolarias adónde las trasplanto? No hay un solo sitio en todo el jardín. ¿Y las pitosporas, que son ya tan altas? Por no hablar de la espaldera de *plumbago*, que se perdería... Además —y se detuvo, como asaltada por un temor imprevisto—, además, ¿y si una vez vendido el terreno quisieran construir? —Y ante sus ojos apareció la pared gris de cemento que se desplomaba en el verde jardín transformándolo en el fondo frío de un patio, en un pozo sin luz.

—¡Claro que construirán! —Quinto se enfadó—. ¡Lo vendemos para eso! Si no fuera solar edificable, ¿quién lo compraría?

Pero hallar un constructor que lo quisiera comprar no fue fácil. Las empresas buscaban zonas nuevas, orientadas hacia el mar, con la vista libre de casas; aquellos contornos estaban ya demasiado llenos de edificios, y a los bieleses y milaneses que querían un pequeño apartamento en *** no se les podía proponer que se escondiesen en aquel agujero. Además, el mercado inmobiliario daba muestras de estar saturado, para aquel verano ya se preveía una pequeña disminución de las demandas, dos o tres constructoras a las que se les habían ido los pies se encontraron con letras hasta los ojos y quebraron. El precio fijado en un primer momento por el terreno de los tiestos hubo que bajarlo. Pasaban los meses, pasó un año, y no se había encontrado aún al comprador. El banco ya no quería anticipar las cuotas de los impuestos y amenazaba con una hipoteca. Finalmente se presentó Caisotti.

III

Caisotti vino con el de la Agencia Superga. Quinto no estaba y tampoco Ampelio. A ver el terreno los acompañó la madre.

—Es un hombre muy bruto —le dijo luego a Quinto su madre—, casi no sabe hablar italiano; pero estaba ese charlatán de la Agencia que hablaba por dos.

A Caisotti, mientras estaba atareado con un metro enrollable en los márgenes del terreno, se le enredó un rosal silvestre en una manga; se lo hizo arrancar por la madre espina a espina.

—No quiero que diga que empiezo a llevarme lo que no me pertenece —dijo, riendo.

—¡No faltaría más! —dijo la madre. Luego advirtió que el hombre tenía un poco de sangre en la cara—: ¡Oh! ¿Se ha arañado?

Caisotti se encogió de hombros; se mojó un dedo con saliva y lo pasó por la mejilla, baboseando las gotitas de sangre.

—Suba a la villa y le pondré un poco de alcohol —dijo la madre; y así le tocó desinfectarlo, y el tono de severidad que había dado al coloquio, sobre la cifra que no podía rebajarse de ningún modo («en todo caso, tengo que hablar con mis hijos, ya le daré una respuesta»), sobre las cláusulas inderogables de la altura y de las ventanas, se fue suavizando un poco, cediendo a la delicada forma de proceder de Caisotti de ponerlo todo en un plano conciliante, aproximativo y dilatorio.

Mientras tanto, el de la Agencia Superga, un hombretón vestido de blanco, un toscano, nunca se estaba callado:

—Como le digo, señora profesora, a mí, hacerle cerrar un trato con un amigo como el señor Caisotti, me llena de satisfacción, créame, porque el

señor Caisotti, si lo sabré yo, con los años que hace que lo conozco, es una persona con la que siempre es posible ponerse de acuerdo, y a la profesora desde luego que está dispuesto a dejarla satisfecha, ya verá usted, señora, qué contenta quedará, más sería imposible...

Y la madre, con la cabeza en sus cosas:

—Pues, mire, lo mejor de todo sería no vender... Pero ¿qué quiere que hagamos?

Era un hombre del campo, este Caisotti, que después de la guerra se había puesto a construir, y tenía siempre tres o cuatro obras en marcha: compraba un solar, levantaba una casa tan alta como permitían las disposiciones del Ayuntamiento, con tantos apartamentos dentro como podían caber, estos apartamentos los vendía mientras aún estaban en construcción, terminaba de cualquier modo y con lo que ganaba compraba enseguida otros solares para construir. Una carta de su madre solicitó inmediatamente la presencia de Quinto para cerrar el trato. Ampelio mandó un telegrama diciendo que no podía ir por causa de unos experimentos, pero que no se bajase de una cantidad determinada. Caisotti no bajó de ella; a Quinto le pareció extrañamente dúctil; se lo dijo a su madre, después.

Y ella:

—Pero ¿has visto qué cara más falsa, qué ojos tan pequeños?

—Falsísima —dijo Quinto—. ¿Y eso? ¿Por qué habría de tener una cara sincera? ¿Para convencernos mejor? Ésa sí que sería una falsedad... —Se interrumpió, dándose cuenta de que se estaba acalorando con su madre, como si lo más importante fuera aquella cara.

—Yo, de todos modos, desconfiaría... —dijo la madre.

—Claro —dijo Quinto avanzando las manos abiertas—. También yo. Y también él, desconfía de nosotros, no ves cómo se detiene, a cada cosa que decimos, cómo se lo piensa, antes de responder... —Ésta era una cosa que daba satisfacción a Quinto, lástima que su madre no lo entendiese, esta relación de espontánea y recíproca desconfianza que de inmediato se había instaurado entre el constructor y ellos, una verdadera relación entre gente que cuida de sus propios intereses, entre gente que sabe lo que se lleva entre manos.

Caisotti había vuelto a la villa para llegar a un acuerdo, estando presente Quinto. Entró con la boca fruncida, compungido como en una iglesia; se quitó con cierto retraso la gorrita caqui con visera a la americana. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de estatura más bien baja, pero grueso y ancho de espaldas, de esos que en dialecto se dicen «*tagliati col piccozzino*», queriendo decir que están cortados con el hacha. Llevaba una camisa a cuadros, de *cowboy*, que tomaba relieve en el estómago un poco pronunciado. Hablaba despacio, con la modulación llorona, como en un agudo lamento interrogativo, de los pueblos de los prealpes ligures.

—Y así, como ya se lo he dicho a su señora madre, si ustedes dan un paso yo doy también otro y nos encontramos a medio camino. Mi oferta es ésa.

—Es demasiado baja —dijo Quinto, aunque ya había decidido aceptarla.

La cara del hombre, ancha y carnosa, era como de una materia demasiado informe para conservar los rasgos y las expresiones, y éstos enseguida tendían a deshacerse, a borrarse, casi absorbidos no tanto por las arrugas que se marcaban con cierta profundidad sólo en las comisuras de los ojos y de la boca, como por la porosidad arenosa de toda la superficie del rostro. La nariz era corta, casi chata, y el excesivo espacio dejado descubierto entre las ventanas de la nariz y el labio superior daba al rostro una acentuación ya estúpida ya brutal, según que tuviese la boca abierta o cerrada. Los labios eran altos en torno al corazón de la boca, y con un halo como febril, pero desaparecían del todo en las comisuras como si la boca se prolongase en un corte hasta media mejilla; el resultado de ello era un aspecto de tiburón, ayudado por el poco relieve del mentón, sobre el ancho cuello. Pero los movimientos más innaturales y pesados correspondían a las cejas; al oír, por ejemplo, la seca respuesta de Quinto: «Es demasiado baja», Caisotti pareció querer juntar las claras y ralas cejas en medio de la frente, pero no consiguió más que subir cosa de medio centímetro la piel de sobre el ápice de la nariz, reforzándola en una inestable arruga circunfleja y casi umbilical; levantadas por ésta, las cortas cejas caninas de caídas pasaron a ser casi verticales, temblorosas en el esfuerzo de estar tensas, y extendiendo

su encogimiento a los párpados que se arrugaban en un fleco de pliegues pequeñísimos y vibrantes como si quisieran esconder la inexistencia de las cejas. Así se quedó, con los ojos casi cerrados, con aquel aire de perro apaleado, y dijo, quejumbroso:

—Entonces, ya me dirán ustedes qué debo hacer; les he mostrado los presupuestos, les he mostrado los precios de los locales de una casa como la que puede hacerse ahí, estrecha y sin sol, les he mostrado todo, ya me dirán ustedes cuánto puedo ganar yo, o si es que tengo que trabajar perdiendo dinero: me remito a lo que digan ustedes...

Este papel de víctima sumisa había intimidado a Quinto.

—Pero —dijo él, conciliador, dispuesto a la equidad— el sitio es céntrico...

—Sí, céntrico lo es... —convino Caisotti, y a Quinto le agradó que hubiesen encontrado un punto de acuerdo y que la arruga en la frente del empresario se allanase, desistiendo las cejas de su posición forzada. Pero Caisotti seguía en el mismo tono—: Ciertamente, no será una casa muy bonita —dijo, y soltó lo que la madre de Quinto llamaría luego «su fea risotada»—, ustedes comprenden que una construcción sólo la puedo hacer orientada en este sentido —y hacía ademanes con sus brazos rechonchos—, ciertamente, no será una casa muy bonita, pero usted me dice: el sitio es céntrico, y yo le doy la razón...

Esa frase de la casa no muy bonita alarmó a la madre.

—Pero nosotros querríamos ver antes su proyecto —dijo—, reservarnos el derecho de aprobarlo. ¿Sabe?, es una casa que deberemos tener siempre delante de los ojos...

Quinto adoptó una expresión a un tiempo de fatalismo y de suficiencia, como el hombre que sabe muy bien que a aquella futura construcción se le podía pedir todo salvo ser bonita; es más, era de esperar que fuese anónima, vulgar, que se confundiera con los más anónimos edificios de en torno y acentuara el ser totalmente ajena a su villa.

Pero Caisotti fingíase condescendiente:

—Pues claro, verán el proyecto. Mire, es una casa de cuatro pisos, sólo puedo hacer cuatro porque hay la disposición del Ayuntamiento, y será una

casa igual a todas las otras casas de cuatro pisos. Pero el proyecto, para obtener la aprobación de la Oficina Técnica, tengo que hacerlo, y una vez que lo haya hecho lo traeré también aquí y ustedes me dirán... —y su tono sumiso se volvía opresivo, amenazador—, yo lo traeré todo y ya veremos qué me dirán ustedes... Les traeré también las cuentas de lo que me cuesta el trabajo y de lo que gano con él, y ustedes que son personas instruidas y de eso saben más que yo...

—No es cuestión de ser personas instruidas, Caisotti —dijo enseguida Quinto molesto, susceptible como era a todo lo que le recordaba su condición de intelectual—, usted sabe perfectamente hasta qué punto puede subir con la oferta como nosotros sabemos hasta qué punto podemos bajar...

—Y si usted ya piensa en bajar, ¿qué hacemos aquí hablando? —dijo Caisotti y se rió para sí, agachando y sacudiendo la cabeza (Quinto reparó en el cogote de toro y como sometido a un continuo esfuerzo), y moviendo hacia arriba las comisuras de la boca; y era un tiburón, un tiburón y un toro que resopla por los orificios de la nariz, y no se sabe si con una mueca o una contención de rabia, pero al mismo tiempo era también un pobre hombre que dice para sí: «Es inútil, total, ya sé que éstos quieren tomarme el pelo y dicen una cosa por otra y terminaré por caer...».

Quinto consideró que aquella frase del «bajar» era la última que debía decir.

—De todos modos, nos pondremos de acuerdo —dijo, cediendo a las fórmulas vagas preferidas por Caisotti.

Pero no iba bien tampoco así; porque Caisotti, siempre con aquella risita penosa de hombre sometido a vejaciones, dijo:

—Nos pondremos de acuerdo, sí, o sea que ya me dirán ustedes qué debo hacer, porque, dejándolo de un día para otro, yo, si no trabajo en verano, ¿cuándo trabajo? Cuando empieza a llover, poco tengo que hacer ya...

Con los ojos cerrados, con la boca inexpresiva, toda su cara, inerte, se reducía a las mejillas. Y en la mejilla izquierda, un poco más arriba del límite de la áspera superficie de la barba, casi bajo el ojo, Quinto vio el

arañazo aún reciente de la rosa. Este detalle parecía insinuar, en aquel vencido rostro de hombre maduro, una especie de fragilidad infantil, como, por otra parte, el pelo corto, cortado casi al rape en la cabeza toda cogote, y como el tono plañidero de la voz y el mismo modo un poco extraviado de mirar a la gente; y Quinto ya estaba a punto de volver a ser presa del deseo de mostrarse bueno y protector con él, pero de esa imagen de un Caisotti de cinco años quedaba excluida la amenaza del tiburón, o del enorme crustáceo, del cangrejo que él parecía ser con las gruesas manos abandonadas en los brazos de la butaca. Así, con sentimientos encontrados, procedía Quinto en las transacciones. Y cada vez le era más claro este hecho: que a él ese Caisotti le gustaba.

IV

—Hemos encontrado un comprador para el terreno.

—Ya era hora.

El abogado Canal había sido compañero de escuela de Quinto. Pequeño de estatura, estaba arrellanado en el gran sillón de detrás de la mesa, con la cabeza hundida entre los hombros, y el rostro mudable se le alargaba en muecas de aburrimiento.

—A un constructor. Venía a preguntarte si sabes quién es y si podemos fiarnos de él, si es solvente.

Desde hacía años, Quinto y Canal no conseguían hablarse. Las raras veces que se veían, no encontraban nada que decirse. Vidas, una aquí y otra allá, ciudades, profesiones, política, todo distinto si no opuesto. Ahora, en cambio, había una cuestión práctica, una relación concreta. Estaba muy contento de esto, Quinto.

—¿Cómo se llama?

—Caisotti.

—¡Oh! —Canal dio un salto, abandonó su actitud perezosa, apoyó los brazos en la mesa—. ¡Vaya granuja has ido a encontrar!

No era un comienzo prometedor. Ya decidido a defender al contratista, Quinto hizo una concesión provisional a los razonamientos de su madre:

—Bien, el tipo que es lo he comprendido enseguida, basta mirarlo a la cara. Pero...

—No es la cara. Es que a cada negocio que lleva entre manos, a cada construcción que levanta, le ponen pleito. Ya lo he tenido como adversario en alguna causa. Es el contratista más embrollón de toda ***.

A Quinto cuanto más oía hablar mal de él más le gustaba: lo bueno de los negocios —aquello que por primera vez creía ir descubriendo— era precisamente este meterse entre gente de toda calaña, tratar con embrollones sabiendo que son embrollones y no dejándose embrollar, acaso tratando de embrollarlos. Era «el momento económico» lo que contaba, nada más. Pero lo alarmó que las informaciones de Canal fuesen tan malas como para desaconsejar la continuación de las transacciones.

—Veamos —dijo—, con nosotros embrollos no puede hacerlos. Si paga, el terreno es suyo, si no paga, no; así de sencillo. ¿Cómo está de dinero?

—Hasta hoy todo le ha ido bien —dijo el abogado—. Bajó del monte a *** con los pantalones remendados, semianalfabeto, y ahora emprende negocios por todas partes, maneja millones, impone su voluntad en el Ayuntamiento, en la Oficina Técnica.

Quinto reconoció en el rencor de las palabras de Canal un tono familiar; era la vieja burguesía del lugar, conservadora, honrada, parsimoniosa, satisfecha con poca cosa, sin arrebatos, sin imaginación, un poco tacaña, que desde hacía medio siglo veía cambios a su alrededor a los que no conseguía oponerse, gente nueva y distinta que asentaba sus reales, y cada vez que tenía que ceder un poco en su cerrada oposición recurriendo a la indiferencia, pero siempre a regañadientes. Pero ¿no eran los mismos sentimientos los que movían también a Quinto? Sólo que Quinto reaccionaba siempre arrojándose al otro lado, abrazando todo lo que era nuevo, diferente, todo lo que hacía furor e incluso ahora, allí, al descubrir la llegada de una clase nueva de la posguerra, de empresarios improvisados y sin escrúpulos, sentíase presa de algo que parecía ya un interés científico («asistimos a un importante fenómeno sociológico, amigo...»), ya una complacencia estética. La triste invasión del cemento tenía el semblante chato e informe del hombre nuevo Caisotti.

—¿Cuánto ofrece? —preguntó el abogado.

Quinto le contó las primeras transacciones. Se había levantado y miraba desde el alféizar. El despacho del abogado Canal estaba en la calle elegante de ***, pero la ventana daba al interior: los tejados, los balcones, las paredes eran de la ciudad marinera del siglo pasado, clara de sol y viento;

allí en medio se elevaban también andamios, paredes recién pintadas, tejados planos con la caseta del ascensor en medio.

—Dado el momento, es un buen precio —masculló Canal, mordiéndose un labio—. ¿Al contado?

—Una parte. Y la otra en letras.

—Pues hasta hoy las letras no se las han protestado, parece... Ahora ha terminado una casa, debería tener dinero...

—Era lo que quería saber. Entonces se trata de un buen asunto, es un negocio.

—Claro, si era cuestión de encargarle un trabajo, de comprarle a él, te lo habría desaconsejado... Pero aquí, vender a él o a otro... Si paga... Hay que tener cuidado con el contrato, los límites de altura, las ventanas.

Lo acompañó a la puerta.

—¿Te quedas unos días o ya te marchas?

—Pues creo que me marchó.

—¿Cómo va el trabajo..., tus cosas? —Canal trató de que la pregunta fuese vaga, temía siempre no estar al corriente, porque Quinto cambiaba a menudo de ocupación, de tipo de actividades, de campo de estudios.

Quinto respondía de una forma aún más vaga:

—Bueno... Ahora tenemos un proyecto nuevo, con unos amigos... Ya veremos...

—¿Y la política?

También de eso era difícil hablar. Eran de ideas distintas y, apreciándose mutuamente, ni el uno ni el otro tenía ganas de discutir. Pero esta vez Quinto dijo:

—Ya hace tiempo que no me ocupo...

—Sí, me dijeron algo...

Quinto le interrumpió:

—¿Y aquí? ¿La política? ¿El Ayuntamiento?

Canal era socialdemócrata, concejal del Ayuntamiento.

—Pse, como siempre...

—¿Estás bien?, ¿tu mujer?

—Sí, todos bien. Y tú, ¿todavía soltero? ¿Nada a la vista? ¡Ja, ja! Bien, dime algo cuando hayas hablado con Bardissone.

V

Quinto salió nervioso por la última parte del diálogo con el viejo amigo. Para ir al despacho del notario tenía que recorrer un trecho de la calle principal, que, por algo oscuro que le refrenaba, normalmente evitaba. En sus regresos a *** escogía siempre itinerarios medio campestres o a lo largo de la costa, donde podíanse descubrir de nuevo sensaciones de una memoria más sedimentada, marginal o menor. En la ciudad no, todo era feo, la memoria era un conjunto vulgar de hechos cotidianos. Además, nunca sabía a quién saludar y a quién no: en cierto momento de su juventud había roto con todos, se había afiliado al partido comunista, había perdido a todos sus amigos; y los que tuvo entonces de camaradas, peor, le parecía que ahora podrían tenerla tomada con él aún más que los otros. Ni siquiera la nostalgia por el viejo mundo que desaparece surtía efecto en él; vista desde aquellas aceras la ciudad era igual que siempre, lastimosamente igual, y lo que había de nuevo —caras, juventud, tiendas— no contaba, el tiempo de la adolescencia parecía desagradablemente cercano. ¿Qué le había pasado, para volver a atarse a ***? Quinto ahora sólo quería despachar con rapidez aquellas diligencias y marcharse. Decididamente, estar en *** le llenaba de pesadumbre.

Inmóvil, en una bicicleta apoyada en la acera había alguien que a Quinto le parecía conocer. Era un viejo flaco, en camiseta, con los brazos morenos sobre el manillar; un carpintero, recordó Quinto, un camarada, que debía haber sido miembro del comité, cuando estaba en él también Quinto.

Hablaba con otro. Quinto pasó pensando que quizá no lo reconocería, pero no desvió la mirada porque no quería dar la impresión de no quererlo saludar. En cambio, el carpintero lo miró, le dijo al otro:

—¡Pero si es Anfossi! —Y lo saludó con aire de alegrarse de volverlo a ver.

Quinto respondió también él con una señal de saludo y congratulación, pero siguiendo su camino. El carpintero, sin embargo, le tendió la mano y dijo:

—¿Cómo va eso, Anfossi? ¡Qué alegría volver a verte! ¿Has vuelto entre nosotros?

Se dieron un apretón de manos. El viejo carpintero tenía una cara que a Quinto siempre le había sido simpática, un poco de búho, con las gafas de concha, el pelo blanco cortado al cepillo, y le gustaba también su voz, su pronunciación abierta (debía de ser romañol, o lombardo, establecido acá desde hacía años) y su apretón de manos, fuerte y suave. Pero Quinto ahora habría querido encontrarlo desagradable, reconocer la simpatía humana del carpintero no entraba en su disposición de ánimo —la que le hacía sentir simpatía por Caisotti—, y, además, en cualquier caso, no tenía ganas de detenerse. Sobre todo cuando el viejo (Quinto no se acordaba de cómo se llamaba, y también esto le ponía nervioso, porque le parecía no poderle responder a tono sin llamarlo por su nombre) rompió a decir:

—¡Ah, nosotros te seguimos, no creas!, te hemos leído en la prensa nacional, ¿eh?, ¿no es cierto? —dijo, dirigiéndose al otro—, ¡en la prensa nacional!

«No saben que ya no soy...», pensaba Quinto, y trató de decir, encogiéndose de hombros:

—Pero, ¿sabéis?, ahora ya no colaboro, ya hace tiempo que... —pero el carpintero no captaba ese intento de explicación, insistía.

—¡Y no, no, son buenas declaraciones, caramba!

Y Quinto no osaba decir nada más.

—¿A él, lo recuerdas? —dijo el carpintero indicando al otro hombre, del todo desconocido para Quinto.

—¡Ah, sí!, ¿cómo va eso? —dijo Quinto.

—Es el camarada Martini, ¿no te acuerdas? —insistía el carpintero, como si Quinto hubiese confesado no haberlo reconocido—. ¡El camarada Martini de la Delegación de Santo Stefano!

—¡Fuiste a una reunión, para explicarnos la amnistía, en el 46! —dijo Martini.

—¡Ah, sí! —dijo Quinto que no recordaba ninguna reunión de ese tipo.

—Eran tiempos en que se tenían esperanzas —dijo Martini—. ¿Te acuerdas, Maserà?

Quinto se sintió muy aliviado al oír que el carpintero se llamaba Maserà, y como si el fin de la búsqueda del nombre en su memoria correspondiera al fin de su mala conciencia, consiguió finalmente mirar a Maserà con simpatía. Ahora recordaba una noche de viento en que pedaleaban juntos por una calle tocando al mar todavía cortada de vez en cuando por profundos socavones (la bicicleta de Maserà era como la de ahora, desvencijada y herrumbrosa), yendo a una reunión: y era un hermoso recuerdo, lleno de nostalgia.

—Sí, se tenían esperanzas entonces... —repitió Maserà, pero como esperándose aquello que, haciendo el pesimista, se espera de un compañero más preparado y con más autoridad, es decir, que diga: «Y se tienen esperanzas también ahora, más que antes, se lucha...». En cambio, Quinto no decía nada y Maserà se vio obligado a decir:

—Y también ahora se siguen teniendo esperanzas, ¿no es así, Anfossi?

—¡Mmm...! —dijo Quinto abriendo los brazos.

—Aquí es duro, ¿sabes? ¿Y allá? Con todos esos despidos, canallas..., ¿qué dicen los compañeros, los obreros?

—Pues es duro, también allí es duro... —dijo Quinto.

—¡Sí, es duro por todas partes! —Y Maserà rió, como consolado por la solidaridad en los tiempos adversos.

—Dile... —sugirió Martini a Maserà en voz baja, y Quinto pilló sólo la palabra—: conferencia.

Maserà sonrió con un movimiento de la cabeza de conformidad y al mismo tiempo dubitativo, como si ya lo hubiese pensado, pero no esperase conseguirlo, y dijo, dirigiéndose a Quinto:

—¿Todavía eres aquel que no quería hablar en público? ¿O te has convertido en un orador, finalmente? Porque, puesto que estás aquí, podrías

ir una noche arriba a la delegación y darnos una conferencia... Los camaradas estarían contentos, ¿sabes?

—No, es que me marcho enseguida, tengo que irme, y además, yo no soy bueno para hablar, tú lo sabes, Masera...

Masera se rió, le dio una palmada en un hombro.

—¡Eres el mismo de siempre! ¿Verdad que no ha cambiado nada? —le preguntó a aquel desconocido Martini, que asintió. Eran buena gente, amigos que no desconfiaban; pero Quinto no tenía ningún deseo de sentirse entre amigos, al contrario, el verdadero signo de los tiempos estaba en mantenerse en guardia, con la pistola apuntada, como —justamente— entre hombres de negocios, propietarios sagaces, empresarios.

Comparó a Caisotti, cauto, reticente, infiel, con Masera, confiado, expansivo, dispuesto siempre a hallar corroboraciones a su ideal: sin duda era Caisotti el que vivía la realidad de los tiempos, y también, en cierto modo, el que la padecía, el que aceptaba su peso, allí donde Masera la rehuía; pretendía mantenerse franco, leal, puro de corazón, en un mundo que era todo lo contrario. Quinto rechazaba la mala conciencia que le invadía frente al simple sentido del deber social de Masera; también lanzarse a una iniciativa económica, manejar terrenos y dinero era un deber, un deber tal vez menos épico, más prosaico, un deber burgués; y él, Quinto, era justamente un burgués, ¿cómo se le había podido ocurrir que era otra cosa?

Ahora que le había vuelto esa seguridad sobre su naturaleza de burgués, el malestar que sentía estando con los dos obreros se atenuó, dejó lugar a una cordialidad vaga y casi desenvuelta. Que tampoco era del todo insincera, porque ahora que estaba despidiéndose se alegraba de que conservasen de él un buen recuerdo.

VI

Los informes sobre Caisotti eran negativos en todas partes: en el despacho del notario Bardissone, en el del ingeniero Travaglia. Quinto ahora se sentía solidario de Caisotti como de una víctima: toda la ciudad quería aplastarlo, todos los bienpensantes se habían aliado contra él, y aquel albañil montañés, armado sólo de su naturaleza ruda y esquiva, resistía.

Pero hay que decir que estos informes negativos eran siempre de tal forma que dejaban a Quinto muy dueño de decidir en sentido positivo. En el fondo nadie le desaconsejaba del todo llevar a cabo el negocio; y Quinto, al que siempre le gustaba hacer cosas contrarias de alguna manera a la opinión de los demás, pero que, por otra parte, no se habría aventurado a tomar una resolución decididamente desaprobada por la mayoría, se hallaba en las condiciones ideales para hacer lo que quería con aquel poco de desacuerdo y aquel poco de aprobación que le convenían.

Además, le gustaba —acaso porque siempre tenía que vencer un embarazo inicial— entrar en contacto profesional con sus conciudadanos. Incluso con Luigi Bardissone que era primo suyo en tercer grado, pero al que casi no conocía. Luigi era cinco o seis años mayor que él; cuando Quinto ingresó en el instituto, la fama de alumno modelo de su primo amenazaba desde lo alto de los cursos superiores; y, como a veces sucede, una diferencia de edad no demasiado importante había bastado para asentar una separación irremediable. Luigi era de las quintas a las que tocó pasar más años en filas; regresó a *** después de la guerra, y abrió de nuevo el despacho que los notarios Bardissone se transmitían desde hacía generaciones.

El despacho era viejo, confortable, estaba en penumbra por las persianas bajadas; dos retratos del XVIII, hombre y mujer, con peluca, acentuaban su dignidad. Luigi era hombre de iglesia, e incluso ahora que era un maduro padre de familia, en buena situación, tenía aún aquel aire de escolar estudioso y obstinado que conservan a veces —en el habla y en el corte de pelo— los curas y los laicos de familias burguesas católicas. Con Quinto se trataban con una cortesía casi sumisa, que trataba de ocultar la falta de confianza y la disparidad de opiniones; Bardissone, frente al primo extremista, quería hacer gala de mentalidad abierta, comprensiva, libre de prejuicios; sostenía conversaciones «de izquierda» con la tranquilidad de conciencia del hombre de orden; Quinto, en cambio, siempre en contradicción consigo mismo, se complacía en mostrarse a su primo como los demás, en sostener las conversaciones tan normales y llenas de buen sentido como podía.

Ese día, Luigi, quién sabe por qué, empezó a hablar de Rusia. Había estado allí durante la guerra, en Donetz.

—Ah, Rusia, Rusia... Me gustaría volver ahora, hacer un viaje... En tiempos de guerra, ya sabes, es otra cosa... Me interesaría ver los progresos que han hecho, porque, desde luego, progresos los han hecho, ¡déjate de historias! Venga, Quinto, ¿por qué no me organizas un viaje a Rusia? Tú podrías, tú conoces... Oh, la gente era buenísima, buena gente de veras...

—Pero, ¿sabes?, yo no tengo..., habría que dirigirse a... —Quinto, nervioso, trataba de no desviarse. Consiguió decir por qué había venido, le explicó el contrato—, y el adquiridor sería el contratista Caisotti... —concluyó.

El rostro del notario se oscureció un poco. Apretó los labios.

—Ya..., lo conozco..., lo conozco... Así que no habéis encontrado a ningún otro... Ya..., sí, hacía tiempo que queríais vender, me acuerdo, tu madre me habló de ello el año pasado..., también yo me interesé..., desgraciadamente, no encontré a nadie...

—Porque ¿este Caisotti...?

—Caisotti, ¿qué quieres, Quinto?, tú no estás al corriente, como él hay muchos, en el fondo no es ni peor ni mejor que los otros, nosotros, pobres

notarios, estamos siempre aquí en medio... —Un juicio drásticamente negativo, antes de salir de labios de Bardissone, tenía que vérselas con su costumbre de pesar bien las palabras, y más aún, con su tendencia al posibilismo, a dejar abiertas las cuestiones—. El hombre es, ¿cómo decirlo...?

—¿Poco fiable?

—Poco fiable... El hombre es poco fiable... El hombre es poco fiable. —Y cada vez que repetía las palabras «poco fiable», casi para oír cómo sonaban, el notario trataba de disminuir su gravedad, de convencerse de que, si bien tenía que definirlo como poco fiable, sin embargo, el ser poco fiable no era a fin de cuentas una característica tan negativa—. Yo, en líneas generales, os lo desaconsejaría..., pero, aunque sea poco fiable, todavía es...

—¿Solvente?

—Solvente. Yo mismo gestioné un asunto con él, hace poco, de un cliente mío, un asunto que le rendirá bastante. Solvente. Un poco agobiado, tal vez, hoy por hoy: ha puesto toda la carne en el asador... Precisamente por eso, hay que tomar las debidas precauciones.

—Pagar, pagará, ¿no?

—¡Oh, haremos que pague, no te preocupes! ¡Estamos aquí para esto! ¡Faltaría más! —Y el notario recobró una expresión de alegría, como si el haberse imaginado por un momento a Caisotti como una encarnación del mal hiciera más triunfal ahora la certeza de una victoria sobre cualquier posible intención malvada suya.

Quinto estaba doblemente contento: se sentía parte otra vez de la vieja burguesía de su tierra, solidario en la defensa de los modestos intereses asediados, y, al mismo tiempo, comprendía que cada movimiento suyo no hacía sino favorecer la ascensión de los Caisotti, una equívoca y antiestética burguesía de nuevo cuño, como antiestético y amoral era el verdadero rostro de los tiempos. «Es así, es así —se obstinaba en pensar Quinto—, ¡no habéis acertado ni una!», y su tensión polémica se había desplazado de la pequeña sociedad de ***, de su madre, de Canal, de Bardissone (e incluso del carpintero Maserà): ahora la tenía tomada con sus amigos de las grandes

ciudades del Norte en las que había vivido durante aquellos años, años pasados haciendo proyectos sobre la sociedad futura, sobre los obreros y los intelectuales... «Ha ganado Caisotti».

VII

No veía la hora de manifestar su estado de ánimo precisamente a esos amigos. Partió. Al día siguiente estaba en T., comía en el restaurante económico de costumbre con Bensi y Cerveteri.

Hablaban de fundar una revista denominada *El Nuevo Hegel*. La camarera estaba esperando que pidieran los platos; era ya la tercera vez que acudía, pero los tres estaban demasiado acalorados en la discusión para hacerle caso.

Bensi miró la carta, leyó la lista de los platos, pero ninguno debió excitar su imaginación, porque dijo:

—¿Y por qué no *La Izquierda Hegeliana*?

—*El Joven Marx*, entonces. Es más polémico.

—¿Quieren ustedes pedir? —insistía la camarera.

—Yo diría *La Nueva Gaceta Renana*. Tal cual. *Renana*, sí, señor, *Renana*.

—Hasta se podría buscar la cabecera original de la *Neue Rheinische Zeitung* y usar los mismos caracteres... —dijo Quinto, cuyas observaciones eran siempre marginales, pero con un sello de desenvoltura y competencia. No había hallado aún el modo de manifestar su desacuerdo con los dos amigos, si bien era precisamente con ese propósito que había resuelto ir a verlos.

—En fin: es *Enciclopedia*, el nombre —dijo Bensi, cambiando de tono, como si hasta ese momento hubiesen estado bromeando y la propuesta de Quinto estuviera, por lo tanto, totalmente fuera de lugar—, o el subtítulo; en cualquier caso, es necesario hacer comprender desde la cabecera que

tendemos a una fenomenología general que incluya toda forma de conocimiento en un único discurso.

Sobre ese punto estalló el desacuerdo entre Bensi y Cerveteri, y Quinto no sabía muy bien de qué parte estar. Dado que todo se incluía en un único discurso, la revista ¿tenía que acoger sólo lo que estaba englobado en ese discurso general, o también aquello que todavía estaba fuera de él? Cerveteri estaba por todo aquello que se quedaba fuera:

—Yo pondría una sección de sueños de políticos. Invitamos a varios políticos a que cuenten sus sueños. Quien rehúsa es que tiene algo que esconder.

Bensi fue presa de una de sus carcajadas nerviosas, bajando la cara hasta casi el mantel y llevándose una mano a los ojos, como para expresar la dolorosa diversión que le producía el ver a su interlocutor perdido en un laberinto del que sólo él, Bensi, conocía la salida.

—Tenemos que proceder de la ideología al sueño, no del sueño a la ideología —y, como presa de un acceso de maldad, añadió—: La ideología traspasa todos tus sueños como mariposas atravesadas por agujas...

Cerveteri lo miró pasmado:

—¿Mariposas? ¿Por qué has dicho: mariposas?

Bensi era un filósofo, Cerveteri un poeta. Cerveteri, con el pelo prematuramente gris, tenía una larga cara con grandes gafas en las que se anulaban recíprocamente melancólicas facciones judías con rasgos florentinos tanto doctos como plebeyos, y de ello resultaba una fisonomía entre agresiva y concentrada, pero en el fondo inexpresiva, un poco como un ciclista, o como aquel que trata de concentrarse en una cuestión que se encuentre en el interior de todas las demás cuestiones en las que es posible concentrarse.

—¿Por qué has dicho: mariposas? Yo he soñado con una mariposa, esta noche. Una mariposa nocturna. Me daban de comer una gran mariposa nocturna, en un plato, ¡aquí, en este restaurante! —E hizo un gesto como de coger del plato un ala de mariposa.

—¡Huy, mi madre! —dijo la camarera, que se había acercado para tomar nota del postre, y escapó.

Bensi rió con acusada amargura, como cansado de que los adversarios cayeran completamente desarmados en sus manos.

—Todo símbolo onírico es una reificación —dijo—. Eso es lo que Freud no podía saber.

Quinto admiraba mucho tanto a uno como a otro por la inteligencia siempre clara (su cerebro, en cambio, a menudo tendía a caer en una indiferente somnolencia), y se sentía turbado frente a la vastedad de sus conocimientos y lecturas. Indeciso sobre qué partido tomar en la discusión entre ambos, de la que sólo vagamente distinguía los términos, escogió, como era habitual en él, el partido que parecía ir contra sus más espontáneas inclinaciones, es decir, la rígida mecánica filosófica de Bensi, contra la atracción por las sensaciones impalpables de Cerveteri. Y dijo a Bensi, con ironía, riéndose burlescamente hacia el poeta:

—Entonces, ¿por qué no ponerle incluso *El Joven Freud*?

El filósofo continuó riendo con su carcajada de antes con Cerveteri, y a Quinto le dirigió sólo un gesto de la mano casi para ahuyentar su intervención como una mosca. En cambio, la intervención había gustado a Cerveteri que le abordó con animación:

—De veras, de veras, yo le pondría *Eros y Tánatos*, ¡ya lo creo!, ¡*Eros y Tánatos*!

Bensi juntó las manos y las apretó hasta hacerlas crujir, mientras el rostro se le contraía en una carcajada contenida, sonrojándose.

—¿Y crees que son éstos los que tienen en jaque a la Historia? No hay Eros ni Tánatos de los que no surja la dialéctica como un diablillo, asomando la cabeza, haciendo cucú. —Y se echó a reír.

Bensi tenía una cara redonda y angelical, como esos montañeses que no llegan a ser nunca del todo adultos; la frente era exageradamente convexa, bajo el mechón infantil de los cabellos rizados, y tensa que parecía ir a estallar —es más, sobre ella aparecían a veces pequeñas heridas, rasguños, chichones, como si la fuerza del pensamiento le hiciera darse golpes por todas partes—, y la llevaba adelante, esta frente, con la cabeza inclinada, como si fuera una muela que trabajara sin cesar, o una rueda dentada que ponía en movimiento complicados engranajes, impulsada por una fuerza

motriz no bien encauzada y amortiguada, que se dispersaba en mil vibraciones secundarias, como en el temblor continuo de los labios. En la discusión, la mirada de Quinto pasaba alternativamente de los ojos de Bensi a los de Cerveteri. Ambos eran bizcos, pero el filósofo era bizco hacia afuera, con un ojo que parecía volar detrás de las ideas en el momento en que estaban a punto de escapar del campo visual humano, en la perspectiva más oblicua y menos reconocible; el poeta, en cambio, era bizco hacia adentro, con las pupilas próximas e inquietas que parecían preocupadas, a cada sensación externa, por comprobar lo que ella originaba en la zona más secreta e interior.

—Haremos una antología de esquelas mortuorias —dijo Cerveteri—, una sección fija, en cada número, o bien todo un número de esquelas mortuorias, desde el principio al final. —Y pasaba el dedo por el periódico doblado que tenía en la mano, por la columna cebrada de barras negras de las notas necrológicas.

Bensi sacudía los hombros.

—Estamos en vísperas de encerrar la conciencia universal dentro de un cerebro electrónico.

Cerveteri respondió con una larga cita latina.

—¿San Agustín?

—Lactancio.

Quinto se había distraído: aguzaba el oído a lo que decían en las mesitas cercanas. A la derecha se sentaba una familia, o gente de dos familias distintas, campesinos que se habían encontrado en la ciudad. Era una mujer la que hablaba: sobre los daños de la lluvia en las siembras de forraje. Debía de ser una propietaria, una mujer ya no joven pero soltera; los hombres asentían a sus palabras, con las caras vinosas y somnolientas de después de la comida. Quizá era un encuentro entre agricultores de pueblos distintos para acordar un matrimonio; la novia, delante de la familia de él, procuraba mostrarse competente, y casi abrumaba a las otras mujeres aparentando ser algo más que una simple masadera. Quinto fue presa de una fuerte envidia por todo lo que oía que se manejaba entre la gente de aquella mesa: sentido de los intereses, apego a las cosas, pasiones concretas y no vulgares, deseo

de una mejora no sólo material, y, al mismo tiempo, un peso plácido y un poco grave de naturaleza. «Hubo un tiempo en que sólo quien disfrutaba de una renta agrícola podía ser intelectual —pensó Quinto—. La cultura paga muy alto el haberse liberado de una base económica. Antes vivía sobre el privilegio, pero tenía raíces sólidas. Ahora, los intelectuales no son burgueses ni proletarios. Por otra parte, tampoco está bien que Maserà no me pida más que una conferencia».

En otra mesa, una camarera coqueteaba con dos tipos que bromeaban, dos tipos con pajarita, largos de mano. Entre las chocarrerías dirigidas a ella, intercambiaban frases entre ellos, hacían comentarios acerca de «puntos», «dobles», «Italgas», «Finelettrica». Debían de ser agentes de bolsa, gente desenvuelta. En otro momento Quinto los habría encontrado distantes y detestables, pero ahora, en el estado de ánimo en que se hallaba, le parecía que también ellos encarnaban su ideal: sentido práctico, astucia, rápido funcionamiento de la mente. «Si uno no desarrolla una actividad económica, no es hombre que valga. Los proletarios tienen cuando menos la lucha sindical. Nosotros, en cambio, separamos las perspectivas históricas de los intereses, y así perdemos todo sabor de la vida, nos consumimos, no significamos ya nada».

Cerveteri había reanudado la explicación de aquel sueño suyo:

—Era una mariposa nocturna, con unas grandes alas con dibujos grises, diminutos, tornasolados, ondulados, como la reproducción en blanco y negro de un Kandisky, no: de un Klee; y yo trataba de coger con el tenedor estas alas que soltaban unas partículas finísimas, una especie de polvos de arroz grises, y se me desmenuzaban entre los dedos. Hacía por llevarme a la boca los fragmentos de ala, pero entre los labios se convertían en una especie de ceniza que lo invadía todo, que cubría los platos, se depositaba en el vino de los vasos...

«Mi superioridad sobre ellos —pensaba Quinto—, está en que yo tengo aún el instinto del burgués, que ellos han perdido en el deterioro de las dinastías intelectuales. Me agarraré a eso y me salvaré, mientras que ellos acabarán hechos cisco. Debo tener una actividad económica, no basta con que venda el terreno a Caisotti; debo ponerme a construir yo también; con

el dinero que nos dará Caisotti edificaré una casa al lado de la suya...». Concentró el pensamiento en las posibilidades inmobiliarias que aún ofrecía el terreno, en las combinaciones posibles...

Las manos de Cerveteri se movían sobre el mantel llenos de migas, ceniza de cigarrillos y colillas aplastadas en los platos y el cenicero, cáscaras de naranja atormentadas por las uñas de Bensi en pequeños cortes en forma de media luna; cerillas Minerva todas desmenuzadas, divididas en delgados filamentos por los dedos de Cerveteri; mondadientes todos retorcidos en zigzag o en forma de greca por las manos y los dientes de Quinto.

«Tengo que hacerme socio de Caisotti, emprender una especulación con él».

VIII

Quinto tenía un plan. Había pensado en la «faja de los miosotis», es decir, ni el trozo de jardín situado inmediatamente encima del terreno en venta, llamado así porque tenía en el centro un parterre de nomeolvides. Era una laja casi llana, de superficie poco más o menos igual al «terreno de los tiestos»; también allí se podía construir perfectamente una casa con tres o cuatro apartamentos. Pero —le vino a la cabeza— una vez construido el edificio Caisotti, la «faja de los miosotis» perdería todo su valor de solar edificable: la ley prohibía construir las casas unas encima de las otras. «Está claro que con cualquier trozo de terreno que vendamos desvaloraremos el trozo inmediatamente próximo. Para no salir perdiendo sólo hay un medio: construir nosotros junto con Caisotti... Ceder a Caisotti todo el solar “de los tiestos” y “de los miosotis” para construir un único y gran inmueble... y pedir como pago un número determinado de apartamentos que quedarán de nuestra propiedad. Será preciso hablar enseguida con Ampelio».

Quinto y su hermano vivían en ciudades distintas. Se veían raramente, en la casa materna de ***. Ahora se habían dado cita allí para acordar la venta del terreno.

—Tengo un plan —le dijo Quinto a su hermano. Ampelio acababa de llegar. Viniendo de la estación a la villa había pasado por el mercado de pescado y había comprado media libra de lapas. En casa abrazó apresuradamente a su madre y dijo que había comprado las lapas. Hacía seis meses que estaba lejos de casa, era adjunto universitario, de química, ganaba poquísimo, pero no iba casi nunca a ver a su madre, ni siquiera durante las vacaciones. En otro tiempo, Ampelio estaba mucho más atado a *** que Quinto; ahora ya no se dejaba ver, parecía haber perdido el gusto

por su tierra, por la vida de antes, y no se sabía de nada que ahora le gustase, salvo por mínimas manifestaciones imprevistas como esta de las lapas, que quién sabe, además, si eran del todo sinceras.

Quinto empezó a informarle de las transacciones con Caisotti. Ampelio pasó a la cocina y Quinto le iba detrás, hablando. Ampelio desenrolló el cucurucho de las lapas, cogió un limón, un cuchillo, abriendo puertas y cajones de la despensa con gestos seguros, como quien lo ha dejado todo en su sitio el día anterior. Cortó el limón, lo estrujó sobre las lapas sin sacarlas del papel de la pescadería, hizo seña a Quinto de si quería. Quinto las rechazó vivamente —a él los mariscos no le gustaban— y siguió hablando.

Ampelio no decía nada ni daba la más mínima señal de asentimiento o de denegación. Quinto de vez en cuando se interrumpía creyendo que no lo escuchase.

—¿Y entonces? —decía su hermano, y Quinto proseguía como si tal cosa, porque aquel modo de comportarse de Ampelio era el de siempre, desde que eran muchachos. Sólo que en aquellos tiempos Quinto se enfadaba, porque era el hermano mayor; luego se acostumbró a ello. Ampelio se había sentado a la mesa con hule de la cocina sin quitarse la gabardina y la bufanda que llevaba a pesar de ser primavera avanzada. Tenía una perilla negra, gafas espesas que no dejaban ver los ojos y una precoz calvicie. Quinto lo veía abrir los moluscos con la punta del cuchillo, con la otra mano alzar las conchas barbudas de algas hasta la boca, y el blanco cuerpo de la lapa desaparecer entre sus labios enmarcados por la perilla negra, con un ruido que no se sabía si aspiraba o soplaba; luego dejaba las conchas vacías unas sobre otras, en un montón.

Quinto había extendido un plano. Ampelio le echó una rápida ojeada, masticando. A Quinto, la boca de su hermano, junto con los pelos de la barba, le parecía un erizo de mar vuelto del revés, que se movía entre las espinas negras. Había contado las cosas en el punto en que estaban: las transacciones, los informes sobre el contratista. Luego dijo, señalando en el mapa:

—Ahora préstame atención: una construcción en el solar *a* impide cualquier posibilidad de venta o de construcción en el solar *b*. Por

consiguiente, nosotros, vendiendo a Caisotti el solar a por su valor de terreno edificable x , despojamos el terreno b de su valor de solar edificable y . Por tanto, por el precio x nos desprendemos del valor $x + y$. O sea que ahora poseemos $a + b$, pero una vez vendido a sólo podremos disponer de $b - y$.

Quinto cavilaba en esta disquisición algebraica desde hacía varios días, precisamente para exponerla a su hermano, el científico.

Ampelio se levantó, fue al fregadero, bebió del grifo, se enjugó la boca, escupió, y dijo, sin parar:

—Está claro que debemos utilizar el terreno de los tiestos como un capital que invertir en una construcción nuestra en el terreno de los miosotis. Y como no está permitido que se eleven dos casas tan próximas, habrá que proyectar un solo gran edificio que se eleve en las dos parcelas de los tiestos y de los miosotis y que Caisotti construya mitad para sí y mitad para nosotros.

Justamente en torno a este plan, como a una intriga enmarañada, se devanaba los sesos Quinto, y ahora, al oírlo exponer por Ampelio de un tirón, como una consecuencia del todo natural, ya no sabía qué decir. Ampelio se puso a llenar de cálculos los márgenes del plano. De vez en cuando le pedía datos a Quinto, que nunca sabía dar respuestas exactas. ¿Cuál era el límite de altura fijado por el Ayuntamiento? ¿Cuántos apartamentos quería hacer caber Caisotti? ¿Cuánto costaba el cemento? Quinto comprendía que de presupuestos de casas su hermano debía de saber tanto como él, pero Ampelio arrojaba cifras sobre el papel con una decisión que Quinto le envidiaba mucho.

—Calculemos ocho apartamentos, más dos almacenes en la planta baja... —hizo el cálculo de los alquileres anuales, de los años precisos para amortizar el capital...

—Pero ¿y el dinero que necesitamos enseguida para los impuestos?

—Pedimos un préstamo sobre la casa a construir.

—¡Ajajá! —Quinto soltó un grito de demente. Ampelio, en cambio, no se inmutaba jamás; no reía, y nunca una arruga aparecía en su frente despejada. Pero para él todo era siempre posible.

Se acercaba la madre.

—¿Habéis hecho las cuentas, chicos? ¿Os salen?

—Perfectamente, perfectamente. Pero..., pero nosotros salimos perdiendo lo mismo.

—Ah, ese Caisotti, con ese aire de impostor...

—Pobrecillo, él no tiene nada que ver. No es culpa suya, pero, en cualquier caso, nosotros salimos perdiendo.

—Entonces, ¿no es mejor dejarlo correr? Digámosle que hemos cambiado de idea, que por ahora no vendemos. Para los impuestos, pedimos otra vez al banco...

—No, no, mamá, mira. Decíamos que hay que proponer a Caisotti un negocio más complicado.

—¡Por caridad!

—Pues sí, muy complicado. Llegaremos a ganar mucho, después.

Quinto se inclinaba para hablarle, gesticulando, nervioso y combativo, tratando al mismo tiempo de convencer y de provocar la discusión. Ampelio estaba a su lado, alto y grave, la perilla negra tendida hacia adelante, y parecía un magistrado que debiera comunicar una sentencia.

—Mamá, allí donde están esos parterres de miosotis...

IX

Quinto y Ampelio salieron juntos. Caminaban deprisa, discutiendo, por las calles conocidas, como no les ocurría desde hacía años, y les parecía haber permanecido siempre allí, ser dos hermanos del lugar muy atareados, integrados en la vida económica de la ciudad, con toda una red de intereses que dirigir, gente práctica, adusta, que va sobre seguro. Estaban representando un papel y lo sabían: eran personas muy distintas de las que les parecía ser en ese momento; antes de la noche habrían recaído en una escéptica abulia y se habrían marchado, para encerrarse el uno en su laboratorio y el otro en las polémicas de los intelectuales, como las únicas cosas en el mundo que contasen. Y, sin embargo, en ese momento, les parecía incluso posible ser así, y que habría estado muy bien, habrían sido dos hermanos unidos y solidarios, y muchas cosas difíciles habrían sido fáciles, y habrían hecho grandes cosas, no sabían demasiado bien cuáles. Por ejemplo, ahora iban a ver a Caisotti para plantearle el problema, para tantear el terreno, para hacer un sondeo, para pedirle no sabían aún bien qué, en fin: no había que complicar tanto las cosas, ahora oirían un poco a Caisotti y luego decidirían lo que había que hacer.

Caisotti no tenía teléfono. Tenía un despacho, en un entresuelo, «Empresa constructora Pietro Caisotti». Los hermanos llamaron. Abrió una chica, era un cuartito bajo, con una máquina de escribir, unos proyectos sobre una mesa. Caisotti no estaba; estaba siempre por ahí, en las obras; en la oficina era difícil encontrarlo.

—¿Cuándo regresa?

—No sé.

—¿Dónde podemos encontrarlo?

—Prueben en el café Melina, ahí enfrente, pero ahora es pronto.

—Deberíamos hablar con él enseguida.

—No sé. Si quieren darme recado...

—No sé, no sé, no sé. La señorita No sé. —Esta salida era de Ampelio, y Quinto quedó asombrado de aquel tono sarcástico y confidencial, que su hermano no usaba nunca en familia. Dirigió la mirada hacia la chica: era bonita.

Era una jovencita de unos dieciséis años, de aspecto campesino, llena de salud, las mejillas de melocotón de un rosa violento, los ojos negros con unas fuertes pestañas, y dos suaves trenzas negras que le colgaban sobre el pecho realzado.

—Ah, ustedes son los Anfossi —dijo.

«¡Vaya pájaro!, falsa como el diablo —pensó Quinto—, con esa nariz respingona, ese aire de santita...».

Ampelio, después de su salida, que habría podido hacer creer en una imprevista intención de entablar una conversación animada, recayó en su acostumbrado tono seco, como si ya se hubiese lanzado demasiado. Preguntó por las obras donde podían hallar a Caisotti, saludó, se dio la vuelta por la estrecha escalera, bajó, y por último tuvo aún un inesperado rasgo frívolo, esto es, dijo:

—Bai, bai.

Quinto, volviéndose en la escalera, vio que la chica aún no había cerrado la puerta y miraba entre las pestañas con una extraña sonrisa. Le pareció que detrás de aquel rostro gracioso de aldeana, de aquellos ojos que no se veían, le llegaba la mirada indescifrable del contratista.

Por la calle, intentó hablar de ella con su hermano.

—No está mal, la niña.

—¡Mmm...! —dijo Ampelio, como queriendo evitar una conversación inoportuna.

Fueron a uno de los sitios que la chica había indicado, donde la empresa construía una casa, mejor dicho, elevaban una preexistente casita de dos pisos, en una calle céntrica, llenando el vacío de entre dos casas de más altura.

Entraron. Estaba repleto de montones de cemento, pero no había ningún hombre trabajando. Aún no había escaleras, los dos hermanos subieron por tablas oblicuas.

—¡Eh! ¿Hay alguien aquí? ¡Caisotti! ¡Pietro Caisotti! *A n'u gh'è u bacàn?* ¿No está el patrón? —Entre las desnudas paredes nuevas chocaba el eco.

En el segundo piso había dos peones de albañil en cuclillas que martilleaban sobre los cinceles, con la apariencia de un trabajo inútil. Los dos hermanos dejaron enseguida de gritar y preguntaron, casi en voz baja:

—¿No está Caisotti?

Los peones dijeron:

—No.

—*U l'è vegniù, d'ancoei?*

—¿Qué dice? —(Eran calabreses).

—Si ha venido hoy.

—No lo sabemos.

—¿Hay un capataz, aquí?

—Está arriba.

Quinto y Ampelio subieron.

Arriba había paredes, pero no techos ni suelos. Las puertas daban al vacío. A los dos hermanos les invadió una especie de alegría.

—¡Hooop! ¡Hooop! —decían, aventurándose por los andamios con los brazos abiertos, como equilibristas.

Se oyó un rozamiento de suelas. Para atravesar una habitación, había una estrecha tabla sobre el vacío, apoyada de un umbral a otro. Y al otro lado, resguardado en el hueco de una puerta, como si quisiera mantenerse escondido, estaba Caisotti que los miraba.

Quinto y Ampelio se reportaron, un poco avergonzados.

—Ah, Caisotti, buenos días, buenas tardes, le buscábamos justamente a usted. —El enorme perfil del contratista obstruyó el cuadrado de la puerta de la que salía la tabla delgada. Estaba con las manos en los bolsillos y no hizo ningún gesto. Quinto avanzó algunos pasos por la tabla, luego, al notar que se curvaba bajo sus pies, pareció desistir; se esperaba que Caisotti

hiciera algo, al menos que por su parte pusiera un pie para mantenerla firme, en cambio, no decía ni hacía nada. Suspendido allí en medio, Quinto, por decir algo, soltó:

—Le presento a mi hermano Ampelio. —Caisotti sacó una mano del bolsillo, la acercó a la visera del gorro y la apartó con la palma abierta, a la americana. Quinto se volvió hacia su hermano, lentamente para no hacer oscilar la tabla; y vio que su hermano estaba respondiendo al gesto de Caisotti con un gesto idéntico, los dos con el semblante serio.

—No vaya por ahí que se va a caer —dijo lentamente Caisotti—, bajen ustedes que yo también voy.

Fueron al café Melina. Se sentaron a una mesita en la acera, había ruido. Caisotti quería invitar.

—¿Un Punt e Mes? —Ampelio tomó un Punt e Mes. Quinto, que padecía del estómago, pidió un rabárbaro, aun con la convicción de que también el rabárbaro le sentaría mal. Ampelio ofreció cigarrillos a Caisotti. Quinto no fumaba. Habían adoptado enseguida un tono de perfecta familiaridad, Ampelio y Caisotti; Quinto estaba un poco envidioso.

Caisotti le estaba repitiendo a Ampelio todas las cosas que ya había dicho a la madre y a Quinto, siempre con expresiones del tipo: «Como le decía a su señora madre, como le decía a su señor hermano», o: «No es a mí a quien corresponde explicárselo, señor ingeniero». Ampelio era doctor en química, pero no objetó nada. Estaba escuchando inmóvil, con el cigarrillo que le colgaba sobre la perilla negra, los ojos entornados detrás de las gruesas gafas; de vez en cuando hacía una pregunta, pero con ligereza, como entre gente que se entiende, no —por lo que parecía— con el interés que ponía Quinto en mostrarse experto y estar atento.

Es más, ante una objeción de Quinto, Caisotti, tomando enseguida su actitud lastimera, se dirigió a Ampelio casi para pedirle protección.

—Usted comprende que esto que dice su señor hermano...

—Pero no, pero no, Caisotti... —dijo enseguida Quinto para intentar remediarlo. Ampelio se limitó a hacer un gesto horizontal rozando el borde de la mesa, como para echar de allí toda controversia accesoria, y llevar de nuevo la discusión a lo esencial.

Caisotti quería seguir haciéndose la víctima, pero había perdido convicción. Dijo aún, siempre a Ampelio:

—Usted que es el hermano mayor...

—No, soy yo el mayor, mire —dijo Quinto, avergonzándose un poco. Pero Caisotti no cambió su actitud más deferente hacia Ampelio.

—... Y si usted me dice que por su parte quieren que deje una pequeña separación yo la dejo con mucho gusto.

Ampelio dijo:

—Una pequeña separación es a usted a quien le será útil, para no tener humedad en la planta baja.

—Me será útil, me será útil, pero usted me enseña que yo, incluso sin dejar el pequeño espacio, la planta baja la vendo lo mismo, en cambio, ustedes, si mañana, por decirlo así, quisieran construir allí cerca, la pequeña separación les conviene.

Quinto miró a Ampelio. Estaba echando lentamente una bocanada. Esperó a que el humo se alejase por el aire y dijo:

—¿... Y si construyésemos juntos?

Los dedos de Caisotti imprimieron un pequeño movimiento a la colilla, para hacer caer la columna de ceniza, y sus ojos se habían vuelto acuosos, como quien mira a lo lejos para alejar un sentimiento de remota conmoción, pero, al mismo tiempo, con una punta aguda, un espesarse de arrugas en las comisuras de los párpados.

—Yo digo que podríamos ponernos de acuerdo como para quedar contentos —dijo.

X

El parecer de Ampelio era que no se debía dar importancia a los informes negativos sobre Caisotti. «Tú sabes cómo es ***. De quienquiera que se hable, se cuentan sólo chismes. Si alguien se establece aquí de nuevo, y anda en negocios, y prosigue su camino, todo el mundo se le echa encima».

Ni dicho aposta, Canal exclamó:

—¿Asociaros con Caisotti? ¿Vosotros? ¿Vuestra madre? Con ese bruto, embrollón, inmoral... Que va con esa secretaria...

—Ah, esa chica... La hemos visto —dijo Quinto, repentinamente distraído por una fácil curiosidad—: ¿Por qué? ¿Qué hay? Parece una campesina... —Y miró a su hermano como pidiéndole la confirmación; Ampelio le lanzó una mirada, como si le dijera: «Ya te lo decía yo, cómo son...».

—Y lo es —dijo Canal—. Se la trajo consigo del pueblo. Y allá arriba dejó a su mujer con los niños...

—Y tú dices que...

—Yo no digo nada. De sus asuntos no sé nada ni quiero saberlo. Pero hay algo que me huele mal, ahí...

Quinto le explicó la impresión recibida poco antes; que un parecido, no físico, no exterior, pero justamente por esto más inquietante, ataba a aquellas dos personas tan distintas: la chica de las trenzas y Caisotti.

—Bien, no creo que vayas desencaminado...

—¿Qué dices?... Porque, ¿sabes?, pensar que él..., con una chica que tendrá unos dieciséis años, alguien que podría ser su padre...

—Pues padre desde luego lo es de mucha gente. Del pueblo se largó porque llenó de hijos naturales todo el valle.

—¿Crees que podría ser hija natural suya? —dijo Quinto, pero sintió que había llegado el momento de reaccionar ante aquella curiosidad chismosa y revelarse como el hombre experimentado que era, lejos de los prejuicios provincianos—: Y si lo es, ¿qué hay de malo en ello? Tiene una hija natural, muy bien, y en lugar de abandonarla le proporciona un trabajo, vive con ella. ¿Cómo podéis meteros con él?

—Pero yo no sé nada.

—Y si en lugar de su hija fuera su amante, ¿qué habría de malo? Le gustan las chicas jóvenes, ellas están de acuerdo... ¿Todavía os fijáis en esas menudencias, vosotros?

—¿Yo? A mí no me importa nada... Si es su hija, es asunto suyo... Si es su querida, lo mismo... Si es las dos cosas a la vez...

—¿Volvemos al contrato? —preguntó Ampelio.

Era una hermosa tarde, con sol y aireada, y daban ganas de hacer grandes cosas. En cuanto dejaron a Caisotti, los hermanos fueron a hablar con el abogado. Habían tenido que esperar porque Canal estaba en plena hora de consulta; pero la espera no había disminuido la excitación de los dos hermanos, que habían seguido, sentados en el recibidor, perfeccionando sus proyectos, en un diálogo de frases entrecortadas, para que no les entendiesen los otros clientes que estaban allí esperando. Del despacho llegaban los gritos de una discusión en dialecto: Canal había heredado una vieja clientela campesina, pequeños propietarios empeñados en mezquinas e interminables cuestiones de testamentos y de límites. Por primera vez, Quinto ya no se sintió culpablemente extraño a este mundo antiguo sino parte de otro, desde el cual podía mirar a aquél con superioridad e ironía: el mundo de la gente nueva, libre de prejuicios, acostumbrada a manejar el dinero.

Y, en cambio, Canal, en cuanto oyó el proyecto, dio un salto en el sillón.

—Pero ¡estáis locos! ¡Con Caisotti! ¡Ése os va a engañar como a chinos!

Quinto sonrió:

—¡Alto ahí!, habrá que ver quién será el chino... El negocio es totalmente a nuestro favor...

—¡Sí! ¡Y él se conforma! ¡Imaginaos!

Quinto seguía sonriendo.

—Se conforma. Ya hemos hablado con él.

—Pero ¡estáis locos! ¡Una sociedad con Caisotti! ¡Vosotros! ¡Vuestra madre! —etcétera.

—Presta atención —decía Quinto, y había tomado, en la explicación a Canal, una actitud casi de indulgente paciencia, como con un padre que nos cree aún niños cuando somos hombres hechos y derechos; tono que, se entiende, apenas sirve para enmascarar una punta de rabia al no ser tomados demasiado en serio.

Quinto explicó que Caisotti estaba dispuesto a pagar los dos terrenos contiguos parte en metálico (así podían saldar los impuestos), parte en apartamentos (así un bien improductivo de ellos se transformaba en una lucrativa fuente de réditos, sin gasto alguno). Ante las objeciones de Canal, Quinto parecía divertirse cada vez más, trataba incluso de provocarlo: cada aspecto nuevo que se presentaba hacía más difícil y apasionante el juego, y ponía a prueba el valor de todos ellos. Quinto tenía en mucha estima a Canal y depositaba, asimismo, mucha confianza en él, le gustaba, justamente, dejarle resolver una cuestión tan complicada para ver cómo se las ingeniaba. A Ampelio, en cambio, las perplejidades del abogado le fastidiaban, le parecían actos de derrotismo, e intervenía con brusquedad, casi molesto, no porque se fiase de Caisotti, o porque su plan le pareciese perfecto, sino porque los escrúpulos del abogado echaban a perder el ritmo rápido, casi agresivo con que se había arrojado al asunto, y él estaba convencido de que aquélla era una cosa que o se hacía de ese modo, con decisión, como gente que de estos negocios monta diez al día y luego los deja correr por su cuenta, o bien no se salía de los si y los pero, y entonces, era una lata que no acababa nunca, entonces, tanto daba, o casi, sí, entonces, era mejor no hacer nada.

Se había levantado, fumaba; ahora, en sus secas intervenciones, parecía haberse vuelto más pesimista que Canal, y censuraba a Quinto. Quinto, al

no sentirse protegido por su hermano, empezó a vacilar: claro, si las posibilidades contrarias eran tantas, tal vez fuera mejor retirarse, volver a la simple venta del terreno de los tiestos y basta.

Pero no, Canal, ahora, estudiando las cláusulas de un contrato adecuado al caso, le estaba tomando gusto al prever todos los posibles incumplimientos del contratista, y a precaverse con cláusulas más complicadas, garantías de todas clases. Alargaba y torcía la cara en muecas y movimientos de ojos, se rascaba la cabeza despeinada, cubría de apuntes las hojas que tenía delante de él.

—Os lo haré yo, un contrato adecuado para Caisotti, un contrato sin un solo fallo..., un contrato con el que no os podrá engañar ni con el pensamiento... —Y se reía, casi aovillándose en el sillón, ante la idea de un contrato espinoso como un puerco espín.

Y luego, con un escéptico encogimiento de hombros:

—Para lo que sirven los contratos, naturalmente.

XI

Comenzó la época de los dibujos, de los calcos, de los presupuestos. El hombre indispensable era ahora el ingeniero Travaglia.

Era Travaglia uno de los más atareados ingenieros de *** y podía conceder a Quinto y a Ampelio sólo reuniones apresuradas y agitadas, entre un continuo rodar al suelo de planos de construcciones, contestar al teléfono, reprender a los agrimensores.

Travaglia trabajaba totalmente a saltos, lanzándose ya a dar órdenes, ya a trazar líneas con la regla, a cambiarlo todo, y, de vez en cuando, levantaba los ojos claros, sonreía, abandonaba los brazos a lo largo del cuerpo macizo, y era presa de un perfecto sentido de calma, como quien tiene ante sí un infinito tiempo de ocio. Se encaramaba con lo grueso que era en el alto taburete giratorio de la mesa de dibujo, y reía con la mirada perdida.

—Pero ¿sabéis, hermanos Anfossi, qué quiere decir un pliego de condiciones?

Era protector, bromista, socarrón, y, al mismo tiempo, se mostraba un poco incómodo frente a los dos amigos. Había sido compañero de escuela de Ampelio, pero estaba en mejores relaciones con Quinto (Ampelio, en el fondo, no sabía ser amigo de nadie). De familia modesta, huérfano, autodidacta, se había juntado con sus coetáneos en el instituto tras haber estudiado por su cuenta. Ahora había triunfado, era de entre las personas más influyentes de ***. La corpulencia y la precoz calvicie lo hacían parecer hombre maduro: un aspecto autoritario que sin duda utilizaba. Los hermanos Anfossi, que vivían lejos y apenas ganaban para los garbanzos, poseídos por confusas ambiciones situadas fuera de su radio, representaban para Travaglia los modos de entender la vida que él había rechazado al

comienzo: el arte, la ciencia, tal vez los ideales políticos. ¡Y que había hecho bien en rechazar!, se repetía, observando a los Anfossi, siempre en el mismo sitio, sin una posición; Quinto aún sin oficio ni beneficio; Ampelio, un covachuelista de los laboratorios universitarios que llegaría a catedrático a los sesenta años; en fin, a estas alturas, no había lugar a dudas, dos fracasados; y al observarlos se sentía, más que nunca, satisfecho de sí mismo, y hacía gala con ellos de su moral de hombre práctico que va sobre seguro. Pero se apasionaba también un tanto: la presencia de los Anfossi le causaba siempre una cierta irritación; «porque, en el fondo, pobres, les tengo afecto —se decía—, en el fondo, soy el único que sabe comprenderlos». Se había afiliado, recientemente, al partido mayoritario y enseguida había alcanzado un puesto local preeminente. Quinto, que había conocido a Travaglia como el descreído que había sido en su juventud y dudaba que hubiese podido encontrar el tiempo y la ocasión para una crisis religiosa, juzgaba, sin embargo, su entrada en los democristianos coherente con la costumbre que el ingeniero se había impuesto como necesaria, e incluso con su deseo de trabajar cada vez más, de hacer valer su competencia, de asumir responsabilidades: pasiones, por tanto, encomiables; y, contrariamente a su hermano, hacía, de Travaglia, grandes elogios.

Ahora miraban unas cuentas. El ingeniero alzó la cabeza y les contempló, luego estalló en una de sus carcajadas cansadas y silenciosas.

—Hermanos Anfossi, pero ¿quién os lo manda hacer?

—Basta, hemos entendido, Enrico. Por hoy ya tienes bastante. Volveremos mañana. Este problema lo resolveremos por nuestra cuenta. — Y ya se dirigían a la puerta.

—¡Nooo! —corrió detrás de ellos el ingeniero—. ¡Figuraos si dejo que hagáis algo vosotros solos! Se os come de un bocado, Caisotti, pobres criaturas. Quedaos aquí, recomencemos...

Se tuvo que mandar al agrimensor al despacho de Caisotti para preguntarle algo señalado en el plano. El despacho de Caisotti estaba bastante cerca del estudio del ingeniero. El agrimensor regresó, dijo:

—Caisotti no está. Se lo he preguntado a la señorita...

—La señorita... —Travaglia empezó a reírse con sorna.

—La señorita dice que no lo sabe.

—Ésa no sabe siquiera dónde tiene... Pero ¡si ella estaba también allí cuando lo estuvimos viendo! Venga, vuelve, dile que está encima de la mesa, estaba esta mañana, tiene que estar también ahora.

Ampelio, que estaba sentado, silencioso, con la gabardina puesta, con el mentón bajado y la barba sobre el pecho, dijo:

—Ya voy yo —cogió la puerta, desapareció.

Travaglia salió con su carcajada muda, mirando al vacío, como por algo no expresable con palabras.

Quinto no había comprendido bien. Dijo, un poco después:

—Pero por qué, dices que Ampelio va allí para...

—¿Cómo? —dijo el ingeniero, con la cabeza en otra parte. Se pusieron a comprobar aquellos cálculos.

Al cabo de unos veinte minutos regresó Ampelio. Se quedó quieto como un palo sin decir nada.

—¿Y bien?

—Hay que ir a verlo sobre el terreno. En el plano está equivocado.

Terminaron por ir los tres. El terreno de los tiestos y el de los miosotis estaban revueltos; la madre había empezado a cambiar de sitio las plantas. Era un hermoso día; flores y hojas, bajo el sol, tomaban un aspecto de alegre exuberancia, tanto las plantas como las hierbas; a Quinto le parecía no haberse dado cuenta nunca de que una vida tan densa y varia prosperase en aquellos cuatro palmos de tierra, y ahora, al pensar que allí tenía que morir todo, y crecer un castillo de pilares y ladrillos, fue presa de una tristeza, de un amor hasta para las borrajas y las ortigas, que era casi un arrepentimiento. Los otros dos, en cambio, parecían gozar de aquel momento; el ingeniero llevaba el sombrero, pero allí tuvo calor y lo sostenía en la mano; en la frente le había marcado una raya roja y sudorosa; el sol enseguida le molestó en la cabeza calva y volvió a ponerse el sombrero, pero apoyado apenas, hacia atrás, y esto le daba un aire dominguero, de juerguista. Su hermano, finalmente, se había quitado aquella gabardina fuera de tiempo; y la llevaba, bien plegada, sobre un hombro. Vagaban

midiendo un determinado entrante del límite. Quinto les dejaba hacer. El ingeniero, aunque trabajaba, estaba en esos momentos de calma contemplativa que le sobrevenían. Separaba con dos dedos las plantas observándolas.

—Ésta ¿qué es? —preguntó a Ampelio. Ampelio le respondió con aires de entendido y casi con soltura. Quinto se sorprendió porque nunca había advertido que su hermano hubiese hecho caso de las plantas.

Se movieron las dalias, de una hilera de macetas, ¿y quién se abría paso? La joven secretaria de Caisotti, con las trenzas negras. Se asomó, con aquellos ojos todo pestañas; vestía un traje de chaqueta de un tejido gris.

—¡Oh!, ¿están ustedes? Buscaba al señor Caisotti, tenía que venir aquí...

—Claro que estamos nosotros —dijo Quinto—, esto todavía es nuestro, mientras no se pruebe lo contrario, ¡el contrato aún no está firmado! — Quien sabe por qué, le había cogido rabia.

—Pues no sé..., dijo que venía aquí con un señor —se interrumpió, se llevó a la boca un sobre que tenía en la mano, fingía sentirse embarazada, como si hubiese hablado demasiado, pero se estaba allí toda erguida en su chaqueta.

—Dime, aún no ha comprado el terreno y ya quiere vender los pisos que hay que construir... —dijo Quinto, volviéndose a los otros dos, con actitud de denuncia, pero también de admiración.

Travaglia y Ampelio parecían no seguir sus palabras. Estaban vueltos hacia la chica. El ingeniero, con la cabeza inclinada a un lado, los ojos entornados y la boca abierta en una de aquellas carcajadas cansadas. Ampelio, con un dedo en el bolsillo de la chaqueta, la gabardina colocada de través sobre un hombro, las gafas que no dejaban ver la mirada, parecía del siglo pasado. Alargó la mano hacia el sobre que sostenía la chica y dijo:

—¿Hay correo?

La chica escondió rápidamente el sobre detrás de la espalda, como si estuvieran jugando.

—No es para usted, es para el señor Caisotti.

—¿Y qué es tan urgente?

—Pues... yo qué sé.

Y el ingeniero:

—Y que su jefe toma las medidas a su favor, ¿lo sabe o no lo sabe?

—Yo no... En donde hay pendiente se mide menos.

—Ah, ¿esto lo sabe?

La chica se encogió de hombros.

Dijo el ingeniero, riendo:

—Pero a usted Caisotti, cada mañana, ¿le da instrucciones de todo lo que debe decir, o sólo de lo que no debe decir?

Ella parpadeó, se pasó las trenzas detrás de los hombros.

—¿Cómo? A mí Caisotti no me dice nada...

—¿Qué clase de secretaria es, entonces?

La conversación había tomado un cariz divertido. Caminaban por el terreno, con aquella chica en medio, que había arrancado una hoja y la sujetaba entre los labios. Ampelio ofreció cigarrillos a todos, en primer lugar a la muchacha.

—Gracias. No fumo —murmuró ella con la hoja entre los dientes.

—Una chica intachable... —dijo el ingeniero, provocador.

—¿Y eso? —terció ella.

Se oyó un rumor en la terraza de encima, y por entre el seto asomó la cabeza la madre con un gran sombrero de paja y guantes de jardinero y unas enormes tijeras, que cortaba esquejes de rosa. El ingeniero fue el primero en advertir su presencia y la saludó quitándose el sombrero.

—Chicos, sois vosotros, ¿qué visita tenéis? ¡Oh, Travaglia, me alegra verle! ¿Ha venido a estudiar el lugar? Cúbrase, cúbrase. Y usted ¿qué dice de este bendito proyecto?

El ingeniero volvió a ponerse el sombrero, bien calado.

—Trataremos de hacer una cosa bien hecha, señora, no lo dude...

—¿Y quién es esta hermosa señorita? Esperad, la conozco —dijo la madre, bajándose a la nariz las gafas de sol—. Sí, es la señorita Lina.

Quinto, secamente, quien sabe por qué, dijo:

—Pues no, no la conoces.

—Sí, sí —insistió su madre—, vino el otro día a llevarse el borrador del contrato, es Lina, la señorita de nuestro contratista, mejor dicho: de nuestro socio...

La chica, que al aparecer la madre había dado un paso atrás, y miraba a otra parte, se acercó al seto y saludó, con su falsete dialectal:

—Sí, señora, buenos días, soy yo, soy Lina, ¿cómo está usted?

Los dos hermanos se sentían molestos, querían acabar con aquello, y fue Ampelio el que dijo al ingeniero:

—Pero la pendiente, la pendiente, ¿hay manera de calcular también eso, no?

Travaglia seguía dirigiéndose a la madre, en cambio:

—¿Cuidando un poco sus flores, señora?

—Trato de salvar lo salvable, Travaglia...

Cada uno se fue por su cuenta, la madre detrás de sus rosas, el ingeniero y los dos hermanos a medir de nuevo un rincón, la chica —Lina— allí, apartada. Pero el ingeniero no estaba por las cosas del trabajo, estaba que rabiaba, y soltó quedamente:

—Desgraciados, hermanos Anfossi, desgraciados...

—¿Por qué?

—Porque ¿qué le obligáis a hacer, a vuestra madre...? Ahora le hacéis llamar socio a Caisotti... Socio de vuestra madre, desgraciados...

—Enrico, ¡estás loco! ¡Nosotros nunca le hemos llamado ni hecho llamar socio! Es a ella a quien se le ha ocurrido decir «socio», ahora, quién sabe por qué, en ese mismo momento, socio: ¡estaría bueno! Pero ¿qué tiene eso que ver? Y, además, esto es un asunto de nosotros dos, una iniciativa nuestra y nos las arreglamos nosotros dos...

—Sois un par de desgraciados...

Estaban allí alternando, enojados, sarcasmos y medidas; de pronto, oyen un parloteo y se vuelven: junto a Lina había aparecido Caisotti. Le decía algo en voz baja con la aguda modulación de la montaña, la cara airada, el fofo semblante tenso, y ella, con la misma modulación, le respondía plantándole cara. Él le había arrebatado el sobre y parecía encolerizado por la carta que volvió a leer dos o tres veces, deletreando con la boca abierta, y

luego se metió la carta y las manos en los bolsillos de los pantalones y echó a andar, sin saludarlos. Quinto advirtió de nuevo, además de la impresión de brutalidad y obstinación que Caisotti le había comunicado la primera vez, aquel tanto de indefensión y debilidad que llevaba consigo aquel hombre solo e ignorante, enemigo de todos. Caminaba con las manos en los bolsillos, la cara empequeñecida, todo arrugas en los ojos, peor vestido que nunca, con una ajustada chaquetilla abotonada sobre la camisa de lana a cuadros, unos deformes pantalones de tela amarilla, zapatos viejos salpicados de cemento: ahora parecía realmente un albañil, le faltaba solamente el gorro de periódico.

Lina, la chica, que con él —notó Quinto— no mantenía la habitual actitud reservada, sino un ademán casi descarado, combativo, ahora le seguía a unos pasos de distancia, con aspecto un poco alarmado, pero siempre combativo, como si por dentro aún le tuviese una rabia que no había conseguido desfogar.

Pero Caisotti, tras un poco de aquel pasear nervioso y huraño, se volvió hacia los hermanos y los saludó con una indicación de la cabeza, como si se encontrasen por la calle.

—Era para medir otra vez este entrante, Caisotti... —dijo Quinto, arrepintiéndose de inmediato porque había oído su propia voz como si estuviese justificándose de estar allí, en aquel terreno que aún era suyo; y entonces, para corregir aquella entonación, se volvió agresivo—: Porque estas medidas que ha tomado usted, ¿sabe?, vaya chapuza, ¡están todas mal!

Caisotti avanzó con unos párpados como si viese a Quinto en el horizonte; los párpados estaban enrojecidos, el ojo acuoso, los labios húmedos, como el que tiene una gran rabia en su interior, o también, como un niño que puede estallar en llanto de un momento a otro.

—¿Qué es esto que me sacáis a relucir ahora? —Y estaba claro que no veía la hora de desahogar su cólera; gritó—: ¡Ocupense de sus asuntos que yo me ocupo de los míos!

—Un momento, Caisotti, perdone —se interpuso Travaglia, dando un paso adelante con el aire de quien interviene en el momento adecuado—, usted es el contratista y hace de contratista, yo soy ingeniero y hago de

ingeniero. ¿Está bien? Entonces, atienda... —Y empezó a explicarle el cómo y el porqué.

Caisotti le prestaba atención, pero sacudía la cabeza, miraba al suelo, como diciendo que sí, todo lo que decía el ingeniero podía ser correcto, con el ingeniero habría podido entenderse, pero los hermanos no se sabía qué tenían en la cabeza, los hermanos estaba claro que la tenían tomada con él.

—Pero no, Caisotti, présteme atención... —decía el ingeniero con su sonrisa delicada, medio dormido, de quien lo ha visto todo y sabe que hay que cerrar los ojos.

—Y yo qué hago, dígame usted qué hago... —decía Caisotti con los brazos abiertos y su entonación era cada vez más quejumbrosa, un lamento que no acababa nunca, e incluso en boca del ingeniero las vocales se alargaban, se alargaban, para expresar indulgencia y posibilidad de acuerdo, y así parecía que estuviesen los dos tratando de adormecerse mutuamente.

De este juego de marrullerías vocales Quinto se sentía excluido, es más, explícitamente considerado como alguien que no cuenta para nada, y no sólo él sino toda su familia, como si no contase nada el ser propietarios y el haber impuesto las condiciones del negocio, como Quinto estaba convencido de haber hecho. Y no sabía si le fastidiaba más el tono usado en sus careos por Caisotti o el del ingeniero. Sí, era uno de aquellos casos en que habría tenido que intervenir Ampelio, con aquella forma suya imprevisible; Quinto se volvió hacia él, y no lo vio. Estaba allá, en el terreno, en un punto de espesa vegetación y se lo veía de espaldas, una sombra negra a contraluz, y delante de él estaba Lina, con aquel aire suyo, enrollándose una trenza en un dedo, y hablaban bajo, y él de cuando en cuando daba un paso hacia adelante y ella retrocedía. En cierto momento, siempre de espaldas, sin volverse, como si hubiese seguido hasta entonces las palabras del contratista, Ampelio dijo en voz alta:

—Entonces, Caisotti, como quiera: siempre estamos dispuestos a mandarlo todo a paseo. El acuerdo se puede rescindir y el contrato todavía no está firmado.

—Cómo: ¿mandarlo todo a paseo? —soltó Caisotti con la voz airada y acre de antes, pero a mitad de su salida cambió de idea e introdujo una

risotada. Una risotada como reía él, fea: con la boca muy abierta, mal provista de dientes, y buscando la mirada de los demás como para pedir la confirmación de que Ampelio había dicho una cosa ridícula—. Cómo: ¿a paseo? Y entonces ¿qué estamos haciendo aquí? —Y reía—. Estamos aquí para ponernos de acuerdo, ¿no? Estamos aquí para ser amigos y tratarnos como amigos...

He aquí que por el seto volvió a asomar la cabeza la madre.

—Habláis de mandarlo todo a paseo, huy, huy, huy... Mis pobres plantas, quita y pon, quita y pon...

Caisotti ahora movía los brazos, reía, se hacía el cordial:

—¡Pero no, pero no, señora! ¡Somos amigos, hacemos las cosas como amigos! Esté tranquila, señora, haremos un buen trabajo, con el que quedará usted satisfecha... Es más, si quiere que le haga alguna mejora en el jardín, mientras estén aquí los albañiles...

—No, no, los albañiles en el jardín no los quiero para nada.

—¡Pues no los dejaremos entrar! Haremos un paso aquí delante.

—Más bien, la pared que dará hacia nosotros, si pudiese hacer subir por ella una trepadora...

—¿Cómo? Ah, sí, pondremos hermosas plantas, yo estoy dispuesto a hacerlo todo como usted quiera, ya verá como nos pondremos de acuerdo.

En sus momentos de confusión había tirado al suelo una dalia. «Ni siquiera ha pedido disculpas», comentó luego la madre.

XII

Lo curioso fue que en la firma del contrato Caisotti no dijo nada sobre aquellos puntos que se habría esperado, sino sobre otros puntos poco importantes, de las dificultades, de los cuales fue fácil deshacerse. Quinto estaba incluso un poco desilusionado. Era un contrato espinoso, Canal y el notario habían puesto en él toda su ciencia, un contrato intrincado como un zarzal, estaban allí todas las disposiciones del arriendo, los plazos para el pago de la suma en dinero en metálico garantizada por una serie de letras, los plazos para la entrega de los apartamentos ultimados, todo ello sujeto a una cláusula de «propiedad reservada», es decir, que, si el contratista no cumplía una parte cualquiera del contrato, el terreno volvía a los propietarios con, además, todo lo construido hasta entonces, en el estado en que se hallase. «Si acepta esto, estás al abrigo de todo peligro», había dicho Canal a Quinto. Caisotti había aceptado, les había dejado hacer, casi no había abierto la boca, como si esto del contrato fuera una formalidad. Había llegado al despacho del notario solo, sin un abogado, sin nadie, «para ahorrar», comentaron, o acaso «porque cada vez que ha tomado un abogado ha acabado peleándose con él». Estaban los tres Anfossi, madre e hijos, más el abogado y el notario, y sólo en el momento en que entró en aquel despacho (que ya como ambiente debía de imponerle un cierto respeto), con toda aquella gente instruida que sabía escribir, Caisotti echó una mirada en torno como de bestia que se ve enjaulada y quiere retroceder, pero que sabe que ya es inútil. Quinto, siempre dispuesto a hacerlo aparecer bajo una luz favorable, se decía: «Parece Daniel en el foso de los leones», pero este modo de adjudicarle el papel de víctima no le divertía en absoluto; tenía necesidad de verlo como un león, indócil y salvaje, y todos ellos un foso de

Danieles en torno suyo, muchos Danieles virtuosos y sañudos como verdugos, que le pinchaban con las horcadas cláusulas del contrato.

Caisotti se sentó en una silla junto a la mesa del notario, con los demás alrededor, sentados o de pie, y escuchaba con atención, concentrado, la lectura del acta de labios del notario. Estaba con la boca entreabierta, a ratos repitiendo para sí, con un mudo movimiento de labios, una frase de la actuación notarial, y Quinto se preguntó si no sería realmente tonto. Por el contrario, estaba decidido a no dejarse escapar nada, y de vez en cuando alzaba una de sus pesadas manos.

—Ah... Alto... —Y el notario repetía pronunciando las palabras lentamente. Parecía a veces que no se creyera nada, que estuviese convencido de que todo era una trampa en perjuicio suyo, que ya casi no escuchase, sino que de un momento a otro se levantaría, diría: «¡Pero estáis locos!», y saldría dando un portazo; en cambio, no, esperaba a que el notario llegase al punto y aparte, y hacía un gesto con la barbilla de aprobación, de conformidad. A veces, en cambio, hacía objeciones a pormenores en los que nadie habría pensado jamás, sobre todo acerca de detalles técnicos, como un asunto de una grava que originó una discusión de media hora, acaso porque Ampelio, no se sabe por qué cuestión de principios, no dio su brazo a torcer, pese a que el abogado le decía que lo dejase estar.

Quinto se sentía hastiado, visto que todos estaban atentos a aquello fue a mirar por la ventana la calle al sol de primavera, y trataba de cogerle gusto al país, al negocio que llegaba a puerto, pero le parecía que ya todo había terminado, que esta aventura del contratista inmobiliario no era más que un asunto burocrático, de aburridas discusiones, y ya no sentía por él ni curiosidad ni apasionamiento, y sólo esperaba que en adelante le estuviese encima su hermano.

Las cosas habían tomado un buen derrotero, avanzaban sin tropiezos, y en esta corriente, Caisotti consiguió cambiar el vencimiento de una letra, mejor dicho, de dos de las tres letras en que estaba repartida su liquidación, y además, rebajar la cifra doscientas mil liras. Pero en esas transacciones, el abogado procuraba no irritarse, porque estaba en ascuas: tenía miedo de que

Caisotti se lo pusiera tan fácil en el contrato para empezar luego a plantear problemas en la «escritura privada». Porque junto con el contrato (lleno de cifras falsas, como es usual, por Hacienda), había que firmar una «escritura privada» en la que figuraban las cifras reales y se puntualizaba exactamente el carácter de la sociedad con Caisotti para la construcción de la casa, que en el contrato aparecía encabezada por él. En cambio, una vez llegados a la «escritura privada», Caisotti se demostró dispuesto a favorecer a los Anfossi en todo y para todo: más aún, propuso él mismo unos arreglos para que Hacienda no pudiese encontrar nada que objetar. Y todo ello acompañado de risitas burlonas y guiños, creando a su alrededor una atmósfera de complicidad, hasta tal punto que la madre, que de estas cosas no entendía demasiado, se arriesgó a decir:

—Pero ¿no sería mejor declarar las cosas tal como son sin complicarlas tanto, aunque tuviésemos que pagar un poco más? —Todos se le echaron encima, amablemente los abogados, ásperamente Caisotti y sus hijos, pero Quinto ya se había hecho la idea de que complicando aquella cuestión de la «escritura privada» Caisotti saldría ganando: tal vez pensaba tenerlos después en sus manos, obligarles a ser sus cómplices.

No se habían estampado todavía las firmas cuando Ampelio miró su reloj de pulsera y dijo:

—Yo tengo que irme, sale mi tren.

Quinto no sabía que quisiera marcharse.

—Cómo, aún no hemos firmado... —Y le cogió una rabia furibunda contra su hermano—. ¿Por qué te marchas ahora?

—Claro que me marchó. ¿En el laboratorio mañana quién va a ir? ¿Tú? —Ampelio adoptaba enseguida un tono insolente.

A Quinto ahora le fastidiaba mucho tener que quedarse allí a cuidar él de todo, ya se había acostumbrado a la idea de que fuera su hermano el que llevara las riendas del asunto, y él pudiese observarlo todo desde una cierta distancia: había esperado que a estas alturas siguiera así. Empezaron a pelearse entre ellos acaloradamente, con réplicas en voz baja, delante del notario y Caisotti.

—No habías dicho que te marchabas... Me dejas plantado aquí...

—Pero ahora ya casi todo está hecho. Mamá tiene los poderes, firmará ella; todo está en orden...

—Que no, todavía hay muchas cosas... No hemos concluido nada, ¡por Dios...!

Intervino la madre:

—Pero Quinto, si él tiene el laboratorio...

«¡Aquí tiene para ganarse el jornal más que con todos sus laboratorios!», le vinieron ganas de decir a Quinto, como si hablase por boca de un viejo comerciante que no quiere mandar a sus hijos a estudiar; pero se contuvo, dijo, en cambio:

—Teníamos que habernos puesto de acuerdo antes, de modo que un poco le tocase a uno, un poco al otro...

—Si quiere marcharse también usted, no se preocupe —soltó Caisotti—, márchese, yo, eventualmente, lo que queda aún por decir, con su señora madre nos pondremos de acuerdo...

Quinto se acordó de una frase que había dicho Canal entre grandes protestas por parte de ellos dos y que había repetido casi tal cual Travaglia: «Ya sé cómo va a terminar, ahora organizáis todo eso, luego os marcharéis y si te he visto no me acuerdo: a sacar las castañas del fuego dejaréis a vuestra madre...».

—En realidad —dijo el notario—, si uno de vosotros dos se quedase, todavía hay algunas diligencias...

—¡Yo me quedo! ¡Claro que me quedo! ¡Faltaría más! —dijo Quinto vivamente, y estaba que rabiaba, porque de veras quería quedarse, pero por un momento también había pensado en irse a Milán: Bensi y Cerveteri habían concertado una reunión para redactar el programa de la revista, y Quinto por una parte no quería asistir porque estaba algo enojado con ellos, pero por otra, le habría gustado ir, encontrarse allí como por casualidad; en fin, estaba lo que se dice rabioso.

Ampelio se había marchado. Se terminó enseguida, la firma, las letras, todo. Bajando las escaleras, Quinto y Caisotti conversaban amigablemente del inicio de los trabajos.

—Y ahora todo está en tener la aprobación del Ayuntamiento —dijo Caisotti—, hay que presentar el proyecto en la Oficina Técnica, esperar a que se reúna la comisión, y si todo va bien...

—Pero... ¿cuánto tendremos que esperar? —dijo Quinto, empezando a alarmarse—. Yo creía que todo estaba arreglado...

Caisotti dejó escapar una risita.

—Imagínese, imagínese, con ésos... Son capaces de alargarlo meses y meses... Y si luego hay algo que no está bien, es el cuento de nunca acabar...

—Pero, mientras tanto, los trabajos...

—Mientras tanto, los trabajos, hasta que no haya la autorización, desde luego, no pueden empezar...

Quinto se había detenido en mitad de la escalera.

—Pero, Caisotti, se da cuenta... ¡Usted ha firmado ahora un contrato en que se compromete a entregarnos los apartamentos terminados el 31 de diciembre!

—¡Despacio! —Y Caisotti avanzó con una cara encendida y torva, como Quinto no le había visto nunca, ni siquiera aquella vez que se había encolerizado en el terreno—. ¡Despacio! ¡El contrato dice que la entrega será dentro de ocho meses! ¡Y ocho meses se entiende como ocho meses después de que la comisión apruebe el proyecto!

—¡Ni por asomo, Caisotti! Hay la fecha. ¡Usted, el 31 de diciembre de este año, está obligado a entregarnos los locales!

No, sí, ocho meses, treinta y uno de diciembre, el acuerdo, el contrato, resultaba que en cierto lugar se había escrito entrega antes de ocho meses, en otro, antes del 31 de diciembre. Sea como fuere, la opinión de los abogados era que no había por qué alarmarse porque la aprobación del municipio no podía tardar mucho, «y además, ese Caisotti, en el Ayuntamiento, debe de tener sus agarraderas, consigue siempre hacer lo que quiere».

Quinto y Caisotti se saludaron al salir del portal del notario y Quinto ya abrigaba la sospecha de haber dado un paso en falso.

XIII

La autorización no fue fácil. Caisotti, evidentemente, como se decía, no estaba bien visto en el Ayuntamiento. Tenía, por el contrario, una querrela, por una casa que había construido superando los límites de altura, cosa no grave en verdad, como ella ocurrían otras cada día y se solucionaban pagando una multa, pero él no pagaba ni quería derribar, de modo que no le daban el nuevo permiso. Habría podido meterse Travaglia, pues para él era una nadería, pero en esa cuestión de la casa demasiado alta era él el perito del Ayuntamiento contra Caisotti, y ahora no quería mostrar que tenía algo que ver con el contratista. Como de hecho no tenía nada que ver: asistía sólo a los Anfossi en el plano técnico, había redactado el pliego de condiciones y les haría de perito en el momento de la entrega de los locales, pero para todo lo demás había declarado no querer meter las manos, que quedase bien claro. (Caisotti, en cambio, había esperado ganárselo. «Figúrate que me ha pedido si estaba dispuesto a firmarle el proyecto, ¡ese cara de vinagre!», dijo Travaglia a Quinto. «Pero si tú le estuvieses un poco encima —había aventurado Quinto—, algún consejo para salvar un poco la estética...»). El ingeniero le había puesto las manos en los hombros. «¡La estética! No hablemos de estética, hermanos Anfossi, ¡por favor! No sabéis lo que os levantará, ése... Algo que si las cosas fueran... Basta, ¡no me hagas hablar!»). Quinto se había quedado un poco apesadumbrado).

Quinto ahora estaba un poco allí, un poco en Milán, y cada vez que llegaba encontraba el terreno aún desnudo, los parterres desguarnecidos, los hierbajos, y todavía no se había dado un golpe de pala. Iba al despacho de Caisotti a protestar, no lo encontraba, la chica —Lina— pestañeando de

continuo, «No sé...», finalmente, Caisotti, con todo de murmullos, de aplazamientos, de justificaciones.

—¿Y por qué no va usted, a ver al alcalde? —le dijo un día a Quinto—. Con usted el alcalde hablará, conmigo no. Vaya a ver al alcalde y aprémiele. Quedemos en eso: que yo esperaré a que usted le hable al alcalde. ¿Estamos de acuerdo?

Ahora bien, a Quinto, eso de presentarse al alcalde para defender su causa no le iba. Sí, el alcalde lo conocía, pero poco, de muchos años antes, de los tiempos de Ce-ele-ene^[1], y luego no se habían vuelto a ver, habían pasado muchas cosas. Ahora tenía que aparecer de pronto a pedirle un favor, ¿para quién?, ¡para Caisotti! Naturalmente el alcalde le diría que Caisotti esto, que Caisotti lo otro, él habría de defenderlo: ¿qué sentido tenía? Había hecho mucho para que no apareciese oficialmente que eran socios, y ahora, de qué forma, en nombre de qué... En fin, no quería saber nada.

Pero los trabajos no empezaban, y ahora Quinto tenía el remordimiento de ser él quien los retrasaba porque no iba a ver al alcalde. Lo fue aplazando, y luego, un día, tomó el camino del Ayuntamiento. El Ayuntamiento estaba en la antigua plaza de la ciudad, en un conjunto de edificios que contenía también las escuelas; allí en medio Quinto había vivido parte de su vida. Vagó un poco por las escaleras y los pasillos con bóvedas de crucería blanqueadas con cal, con el placer que ahora le daba el volver a poner los pies en aquellos viejos interiores ligeros de aire conventual, y, al mismo tiempo, con el fastidio de su condición mixta de indígena y de forastero. Los ordenanzas lo mandaban de un piso a otro porque el alcalde no se sabía si estaba, o dónde. Finalmente, rellenó un impreso para ser recibido y se sentó en un banco del vestíbulo. Salió Travaglia por una puerta, con otros. Se llevó aparte a Quinto:

—El miércoles, sesión de la Comisión de Urbanismo, pasa el proyecto Caisotti, todo en orden.

—Pero ¿la querrela que tenía, la multa?

—Todo en orden, te digo, el miércoles la autorización la firmará el alcalde, pueden empezar los trabajos.

—¿De modo que con el alcalde es inútil que hable?

—¿Y qué quieres decirle?

—Entonces, todo arreglado, qué bien, Enrico, eres un dios, no sé cómo agradecértelo.

—¿A mí? ¿Y yo qué tengo que ver? —rió—, si no he hecho nada. —Y se alejó, girando sobre sus talones, grueso como una peonza, como si todo hubiese sido una broma.

Empezaron los trabajos. Trabajando había dos hombres. Hacían las excavaciones para los cimientos. Eran dos peones; uno flaco, moreno, malicioso, siempre con pantalones cortos y el torso desnudo, un pañuelo en la cabeza como un pirata, y nunca hacía nada, sino que fumaba, les decía tonterías a las criadas, tomando de vez en cuando la pala que había dejado clavada ahí en el suelo, con un suspiro, tras haber escupido en las palmas de las manos; el otro era un gigante, con el pecho de un toro, con la cabeza de pelo rojizo y rapada que mantenía gacha como el que no quiere oír ni ver, aunque tenía un hermoso y rubio rostro joven, con una mirada perdida y airada, y trabajaba con tanto ahínco con el pico y la pala que parecía un Bulldozer, y a las pullas del otro contestaba de tarde en tarde, con sordos refunfuños, casi inarticulados.

—Un buen trabajador —dijo de él Caisotti, que se acercaba de vez en cuando a dar una ojeada a los trabajos, a Quinto que le objetaba que con dos hombres tardaría un año—, hace el trabajo de tres hombres. Aguanta hasta una hora seguida, sin dejarlo un solo minuto. Los tuviese todos como él.

El sitio cambiaba de aspecto y de color. La tierra más honda salía a la luz, de un marrón intenso, con un fuerte olor húmedo. El verde vegetal de la superficie desaparecía en los montones removidos de los hoyos bajo paladas de tierra blanda y terrones reacios a deshacerse. En las paredes de lo excavado aparecían nudos de raíces muertas, caracoles, lombrices. Su madre, desde el jardín, entre el espesor de las plantas, las flores que dejaba marchitar en los tallos sin cogerlas, los arbustos altos, las ramas de las mimosas, aguzaba la vista para espiar cada día el hundimiento del terreno perdido, luego se retiraba a su verde.

XIV

Demasiado encerrado en sí mismo e indiferente a los demás y áspero era el carácter de la vieja gente de ***. A la presión a su alrededor del pululante pueblo italiano no pudo resistir, y pronto degeneró. La ciudad se había enriquecido pero nunca más conoció el placer que daban las parcas ganancias obtenidas en la almazara o la tienda, o las feroces distracciones de la caza a los cazadores, tal como todos ellos eran en tiempos pasados, gente de campo, pequeños propietarios, incluso aquellos pocos que tenían que ver con el mar y el puerto. Ahora, en cambio, pujaba en ellos el modo turístico de gozar de la vida, modo milanés y precario, allí en la estrecha Vía Aurelia atestada de coches descapotables y *roulottes*, y ellos en medio todo el tiempo, falsos turistas, o, congénitamente, descorteses empleados de la «industria hotelera». Pero bajo formas cambiadas, la laboriosa y avara tradición rural perduraba aún en las dinastías tenaces de los floricultores, que en años de dificultades familiares acumulaban lentas fortunas; y la actividad mercantil de los floristas. Todos los nativos gozaban o se jactaban de derechos de privilegiados; y el vacío social que se había formado abajo atraía, de los poblados yacimientos de mano de obra de la extrema punta de Italia, a las multitudes de los hoscos calabreses, mal vistos pero de salario conveniente, de modo que ahora una barrera casi de raza dividía a la burguesía de las clases inferiores, como en el Misisipi, lo que no impedía a algunos de entre los inmigrados intentar bruscos golpes de suerte ascendiendo a las dignidades de propietarios o arrendatarios y acechando así también ellos aquellos inciertos privilegios.

Poco se había distinguido en los últimos cien años la gente de la Riviera, pasadas las generaciones mazzinianas que creyeron en el

Risorgimento, tal vez movidas por la nostalgia de las extintas autonomías republicanas. No las recobraron; la Italia unida no les gustó; y, desinteresándose de ella, refunfuñando contra los impuestos, se agarraron más que nunca al terruño, salvo en el caso de dar el salto a Sudamérica, gran imperio familiar suyo, lugar de las correrías juveniles y el desahogo de las energías y el ingenio, para quien estuviese sobrante de ellos. En las riberas se apiñaron los ingleses, en sus jardines, gente pausada y singular, tácitamente amiga de personas y de naturaleza tan áspera. Cerca, Francia hacía resplandecer Niza, llenando esta orilla de envidia. Había nacido la civilización del turismo, la faja costera prosperó, mientras el interior se empobrecía y empezaba a despoblarse. El dialecto se volvió más suave, con modulaciones perezosas; el consabido estribillo obsceno perdió toda violencia, asumió en el habla una función reductiva y escéptica, señal de indiferencia y suficiencia. Pero en todo esto se podía aún reconocer una extrema defensa de la atávica fuerza moral, hecha de sobriedad y rudeza y *understatement*, una defensa que era, sobre todo, un encogerse de hombros, un negarse. (No otra fue la actitud expresada después por una generación de poetas de la Riviera, en versos y prosas de pétrea esencialidad que pasaron desapercibidos a sus coterráneos y fueron celebrados y mal comprendidos por la literatura de los florentinos). Dominando el fascismo, se acentuó — aun siendo ya notoria— la extrañeza del Estado, mientras el cosmopolitismo de los extranjeros invernales cedió, entre las dos guerras, a una primera sedimentación de gentes panitalianas, en las clases altas y en las bajas.

Ahora, después de la Segunda Guerra Mundial, había llegado la democracia, o sea, el ir a los baños, en verano, ciudades enteras. Una parte de Italia, tras un incierto quinquenio poco más o menos, disfrutaba ahora de bienestar, un bienestar sacrosantamente basado en la producción nacional desequilibrada y contradictoria en la distribución de la renta y derrochadora en los gastos generales y en los consumos; pero, en fin, con todo, era bienestar, y quien disfrutaba de él podía darse por satisfecho. Aquellos que más podían darse por satisfechos (y no se consideraban tales, pues creían que se les debía mucho más, en cambio, o no lo merecían o no era ni

posible ni justo que lo tuvieran) desde los centros industriales del norte tendían a afluir hacia la Riviera, y particularmente, hacia ***. Eran propietarios de pequeñas industrias independientes (alimenticias o textiles) o proveedoras de otras mayores (químicas o mecánicas), directivos de empresas, directores de representaciones comerciales, agentes de bolsa, profesionales sólidos, propietarios de cine, comerciantes, tenderos, toda una casta intermedia entre los detentores de los grandes paquetes de acciones y los simples empleados y técnicos, una casta crecida hasta el punto de constituir en las grandes ciudades verdaderas masas; la gente, en suma, que podía adquirir al contado o a plazos una casa en el mar (o bien alquilarla por temporadas o años enteros, aunque esto era menos conveniente), y también que tenía ganas de hacerlo, aspirando a vacaciones relativamente sedentarias (no, por ejemplo, a grandes viajes o cosas caprichosas), que luego, con el coche, se podían mover vertiginosamente, porque de un salto se podía ir a tomar el aperitivo a Francia. Ahora a *** los muy ricos venían sólo de paso, corriendo entre un casino y otro, y del mismo modo venían también los obreros de las grandes industrias, en lambretta, durante el *ferragosto*, con las mujeres en pantalones cargadas con la mochila en el asiento posterior, a tomar el baño apretados en las exiguas fajas de la playa, marchándose luego a pernoctar en las pensiones más económicas de otras localidades de la costa. Durante más tiempo se detenía el inmenso ejército de mecanógrafas y oficinistas en shorts que ocupaban las pensiones locales, con detrás el séquito de la juventud estudiosa o contable, gloria de los dancings.

Pero esto era sólo durante el corto tiempo de vacaciones: la colonia estable de *** estaba constituida por esa casta medio burguesa que se ha dicho, habitante de cómodos apartamentos en sus ciudades y que aquí reproducían tal cual (un poco en más pequeño; ya se sabe, se está en el mar): los mismos apartamentos en los mismos enormes polígonos residenciales y la misma vida automovilístico-urbana. En estos apartamentos, durante los meses fríos, venían a pasar el invierno los mayores: padres, abuelos, suegros, que tomaban el sol de mediodía en los paseos junto al mar como ya hicieran cuarenta años antes los grandes

duques rusos tísicos y los milores. Y en la temporada en que los milores y las grandes duquesas dejaban la Riviera y se desplazaban a las umbrosas Karlsbad y Spa para la cura de las aguas, ahora, en los apartamentos balnearios, a los viejos les sustituían las señoras con los niños, y para los maridos ocupadísimos comenzaba el ajeteo de los viajes entre sábado y domingo.

Era una atestada Italia en traje, en blazer, bien vestida y harto procaz, la gente mejor vestida de Europa, en oposición, por las calles de ***, a las comitivas desmañadas y antiestéticas de los alemanes; ingleses, suizos, holandeses o belgas en vacaciones colectivas; hombres y mujeres de abigarrada fealdad, con unos pantalones hasta las rodillas, con sandalias y calcetines o con los zapatos sobre los pies desnudos, unos vestidos estampados de flores, una ropa interior que asoma, una carne blanca y rosa, insensible al buen gusto y la armonía hasta en combinar los colores. Estas multitudes extranjeras que, ávidas de baños fuera de temporada, reservaban hoteles enteros sucediéndose en apretados turnos de abril a octubre (aunque menos en julio y agosto, cuando los hoteleros no conceden descuentos a los grupos numerosos), eran vistas por los naturales del país con un matiz de benignidad, al contrario de como antaño se miraba al forastero, mensajero de mundos más ricos, civilizados y educados. Y, sin embargo, amenazando la fácil altanería del italiano en buena posición, desenvuelto, lustroso, puesto al día exteriormente en América, aparecía el sentido severo de las democracias del Norte, la sospecha de que en aquellas inelegantes vacaciones se moviese algo más sólido, menos precario, civilizaciones acostumbradas a resultados más convincentes; la sospecha de que cada ostentación nuestra de prosperidad no fuese más que un fácil barniz sobre la Italia de los tugurios montañeses y suburbanos, de los trenes de emigrantes, de las pululantes plazas de pueblos vestidos de negro: sospechas muy fugaces, que conviene alejar en menos de un segundo.

A Quinto, todos estos sentimientos juntos, y un tardío culto a la rústica fiereza de las viejas generaciones (que la memoria de su padre muerto hacía poco, mayor como para haber podido ser su abuelo, típico superviviente de esa estirpe, le acercaba), le volvía mucho más extraña la *** de hoy. Pero,

como de costumbre, al querer oponerse a sí mismo (en una polémica donde, a estas alturas, ya no se sabía qué parte de él era auténtica y qué parte forzada), se persuadía de que justamente la nueva burguesía de los hotelitos en *** era la mejor que Italia podía dar.

Confundido en esta muchedumbre civilizada, ejecutora, adúltera, satisfecha, cordial, conformista, familiar, vigorosa, engullidora de helados, todos en pantalón corto y camiseta: mujeres, niños, jovencitos, en una absoluta paridad de edades y sexos; en este río pingüe y superficial sobre la accidentada realidad italiana, Quinto se disponía a pasar el verano en ***.

XV

Los principales acontecimientos del verano fueron: una primera cuestión con Caisotti por el vaciado de un pozo negro situado en el solar vendido (él sostenía que correspondía al expropietario); una segunda cuestión con Caisotti por los montones de tierra excavada que obstruían la calle; un alto de quince días en los trabajos porque los peones tuvieron que ser llamados por Caisotti a otra obra suya donde terminaba el plazo de entrega; la falta de pago por parte de Caisotti de la primera letra.

Quinto estaba muy contento. Iba siempre de un lado para otro: ora a ver al abogado Canal para que le escribiera cartas de requerimiento a Caisotti, ora al notario por detalles del registro del contrato que no eran nunca perfectos, ora al ingeniero Travaglia para llevarlo al lugar de los trabajos a comprobar si todo marchaba según los términos del pliego de condiciones (pero apenas se estaba en los cimientos), ora a Caisotti para protestar o apremiar o pedir explicaciones. Los amigos profesionales lo ayudaban siempre, mas sin tomarlo nunca muy en serio, divirtiéndose al verlo, apurado, finalmente, con problemas prácticos; el ingeniero no le ahorraba sus risitas malévolas, el notario daba oportunos consejos, Canal se obstinaba por rigor profesional.

Las relaciones con Caisotti eran más difíciles, escurridizas, pero cuando se conseguía atraparlo eran los momentos en que Quinto recogía los frutos más preciosos de su iniciativa. Frutos morales, se entiende (para los frutos materiales, que vendrían luego, se insinuaba una inquietud, una punta de riesgo, ese riesgo que —ahora Quinto lo experimentaba personalmente— era la sal de la iniciativa privada): un intercambio de frases en las que se transparentaba el mutuo respeto entre el detentor del capital y el contratista,

una mirada de acuerdo o incluso de complicidad, un momento de confusión del interlocutor que le demostraba la habilidad de un paso suyo. Los encuentros eran repentinos: Quinto lo abordaba, mientras estaba en el café Melina, sentado en la mesita de costumbre en la acera, solo como solía estar, con la tacita o el vaso vacío, enfurruñado. (Los negocios debían de haberle tomado un mal cariz).

—Entonces, Caisotti, ¿qué significa esta historia? —le agredía Quinto.

El contratista echaba una mirada en dirección a él y luego la dirigía a otra parte, como si prefiriese no haberlo visto. Quinto, alzando la voz de un modo algo forzado, motivaba su protesta. Caisotti miraba siempre delante de él, ponía los labios tensos como si estuviese frenando el arrebató de violencia de que había sido presa y consiguiese frenarlo, con un meneo de cabeza al que luego se abandonaba, en un sentido de abatimiento y desconfianza generales. Sus respuestas eran siempre fuera de lugar pero cargadas de un desprecio total, a menudo insultantes, como para trancar toda discusión. Enseguida quedaban enfrentados: a los puñetazos sobre la mesa (el rechoncho puño de Caisotti, compacto como una pequeña pelota de fútbol), tintineaban tazas y vasos sobre los platitos. En el forcejeo Quinto advertía con satisfacción que era el contratista quien parecía preocuparse por no alzar la voz, por esconder a los oídos de los demás el tenor de la disputa. Luego, ambos se calmaban; el obstáculo que hasta entonces los había dividido se daba por superado: se hablaba del futuro, de las ventajas que sacarían uno y otro con la continuación de la empresa. Ahora hablaban como socios, como iguales. La gente varia y atareada que llenaba la calle iba a lo suyo. La mirada, por una cultivada pendiente alegre y vulgar, corría hacia la marina.

Quinto regresaba a casa y en los hoyos de los cimientos veía al peón del pelo rojo, solo (el otro se escapaba antes de terminar su horario), que excavaba, excavaba como un condenado.

XVI

—Mientras tanto, si sabe de alguien que busque un apartamento o un local, ya me lo puede mandar —dijo Quinto al gerente de la Agencia Superga, después de haberle pagado la comisión por sus gestiones.

—¿Qué dice, señor? ¿Para qué? —se informó el toscano.

—Sí, digo, serán necesarios todavía algunos meses —precisó Quinto—. La casa que se edificará allí, ¿sabe?, la que hace Caisotti... Estará lista para diciembre...

El de la agencia se rió.

—¡Sí, seguro que para diciembre!

—Para diciembre, sin duda: ¡está en el contrato! ¡Nosotros tenemos la «propiedad reservada»! —Quinto ya estaba resignado a no tenerlos para diciembre, los apartamentos, pero el oírlo decir como cosa segura, por ése que no tenía nada que ver, le irritó—. ¡Por fuerza no los tiene que entregar, Caisotti!

—Sí, claro, digamos que estarán listos otro año, vamos. Sobre la fecha es mejor no asegurar nada. Cuando hay que entenderse con un Caisotti...

—¿Cómo? ¿Y usted, me dice esto, ahora? ¿Quién me lo envió a Caisotti? ¡Usted!

Había una mujer en la agencia, una señora morena, delgada, bronceada. Intervino:

—¿Unos apartamentos, decía? ¿En qué zona? ¿Cuántas habitaciones?

—Tendría alrededor de treinta y cinco años, milanese, o lombarda, demasiado delgada en el ceñido vestido veraniego, incluso algo ajada, con el rostro algo marcado, pero en la mirada había un cierto arrebatado, un cierto fuego. Quinto le miró el rostro, el pecho, los brazos desnudos.

—No, señora —dijo el toscano—, no están listos por ahora, y además, usted trata de comprar mientras que el señor quisiera alquilar, ¿no es cierto?

—Es cierto —dijo Quinto, y así la cuestión quedaba zanjada.

—En cambio, esa casa nueva que le decía, señora... —empezó a decir el toscano.

—Buenos días —dijo Quinto y se marchó molesto. El modo de obrar del hombre de la agencia, que de inmediato había excluido la posibilidad de que a aquella señora le pudiesen interesar sus apartamentos, le había ofendido. Fue presa de un disgusto, una rabia, por no haber podido discutir con la señora, acerca del número de habitaciones, de la orientación, de los servicios... La señora, cuando él soltó aquel saludo brusco, se había vuelto hacia él con ademán interrogativo, y había insinuado un saludo, una sonrisa... Una mujer interesante, tal vez no hermosa, pero interesante: muy hembra. A Quinto, lo que le habría gustado no era tanto hablar de los apartamentos, sino hablar con ella. De hecho, ahora no se alejaba de aquel trozo de acera, como esperando que ella saliese de la urgencia. La vio venir enseguida, en efecto. Se saludaron.

—Perdone —dijo él deteniéndola—, quería decirle que, en todo caso, si la zona le interesa, para esos apartamentos, sin compromiso, en lo de vender o alquilar luego nos podremos poner de acuerdo...

—Oh, gracias, aún no sé muy bien, se lo decía al señor, era para tener una idea... Aún no sé si nos quedaremos aquí o en Rapallo. Mi marido...

Caminaron un trecho de calle juntos.

—¿Milanesa?

—Bueno, en realidad yo soy de Mantua.

—¡Ah, es bonito, aquello! ¿Dónde va a bañarse?

—A Serenella. ¿Lo conoce?

—Sí, de cuando en cuando voy por allí.

—Si alguna vez pasa, mi sombrilla es la primera junto al rompeolas.

Fue al día siguiente. La playa era estrecha y estaba llenísima. La señora Nelly tenía la sombrilla con un grupo de amigos, entre ellos un coronel. Quinto tuvo que sentarse allí, participar en la conversación, una lata. Estaba arrepentido de haber ido. La señora en traje de baño no era gran cosa, ya no

le interesaba como el día antes. La mar estaba un poco gruesa, nadie tenía ganas de bañarse, al final se decidieron, saltaban por encima de las olas dando grandes gritos. Una cuerda medio podrida, toda verde de algas viscosas, colgaba de una fila de barras de hierro. Nelly, que tenía miedo, se mantenía cerca de la cuerda. Quinto, a cada ola, la agarraba por un brazo, desde detrás, para sujetarla. Al acercarse una ola que parecía mayor, le cogió con las dos manos los pechos. La ola, en cambio, era pequeña. Nelly no le apartó las manos. Se rió.

Pasaron la noche juntos. Para encontrar una habitación Quinto había andado toda la tarde: era agosto; hoteles y pensiones estaban abarrotados. Encontró una en un establecimiento de habitaciones donde pedían los documentos sólo a los hombres. El cuarto daba a una calle del centro. Quinto, acostumbrado a las noches aireadas arriba en la villa, tenía calor y no conseguía conciliar el sueño. La cama, de una plaza y media, era incomodísima. Estaban desnudos, la sábana estaba sudada, por la ventana abierta entraba el claror de un farol. Nelly dormía dándole la espalda; él, separado, tenía que estar en el borde. Pensó en despertarla; en realidad, por ser la primera vez, el amor había sido más bien poco; sentía el puntillo de tener que empezar de nuevo, y le habría bastado un poco de buena voluntad; pero la señora dormía; él era perezoso, prefirió pensar que ella era de un tipo así, que no le daba demasiada importancia, no de aquel tipo sensual que le había parecido a primera vista. Le miraba la nuca no muy fresca, las paletillas puntiagudas; desde hacía años Quinto se acercaba únicamente a mujeres que le fueran ligeramente desagradables, por un propósito declarado: tenía miedo de quedar atado, quería tener sólo amores breves.

Se puso a pensar en la construcción, en Caisotti, en la letra...

XVII

Faltó el cemento. Aquel mes, se decía, no se habían hecho las asignaciones de costumbre y todas las obras de *** estaban paradas. Se decía... ¡Lo decía Caisotti! En realidad, también el ingeniero Travaglia, interrogado a propósito, lo confirmó, pero luego se echó a reír, dando a entender que, sí, el cemento faltaba en ciertas condiciones, pero en otras no, en fin, que era cuestión de pagar. Muchas obras habían suspendido los trabajos; durante algunos días; luego, más o menos, las reanudaron todas. Sólo Caisotti no tenía cemento, y ahora era cuando había de echarse el mortero.

—¡Como si lo hiciera expresamente! ¡Sólo falta que venga usted a angustiarme! —incredó a Quinto que volvía a pedirle explicaciones; y, como siempre, de violento se tornó plañidero—: ¡Lo hago para divertirme, tener la mano de obra parada, el material comprometido para nada, perder la mejor estación, demorar las entregas! ¡Si no me dan el cemento, si no me lo dan, Cristo! —De un tiempo a esta parte se había vuelto intratable. Se había metido en la cabeza que los Anfossi, porque aún no había podido pagar aquella letra, hablaban mal de él en público, difundían opiniones en su contra.

—Pero esto qué es, Caisotti, ¡no nos paga y encima todavía nos acusa!

—Y bien, ¡Cristo!, un momento difícil lo tienen todos, qué necesidad tienen de ir diciendo, por qué ponen por medio al abogado, que me quiere perjudicar ése, ¡lo sé hace tiempo!, qué necesidad tienen de hacerle saber mis asuntos al notario que habla con medio ***; sí, sí, su madre, su madre ha ido hablando por ahí que yo no pago las deudas y así tengo a todo el mundo persiguiéndome y me he quedado sin cemento...

—Ah, entonces es cierto: el cemento es porque no paga que...

Alzó un puño hasta la nariz de Quinto, gritando:

—¡Ya basta con eso de que no pago! ¡Basta! —Estaba en el solar irreconocible de la obra, entre montones de tierra, vigas tiradas por el suelo. De la caseta de las herramientas salió el peón pelirrojo, y se puso a sus espaldas, gigantesco, un poco curvado, la cara apagada, un aire entre ángel y orangután.

—Abajo las manos, ¿verdad, Caisotti? Aquí las amenazas no sirven de nada —dijo Quinto. Nunca como en ese momento le había parecido el contratista un héroe desarmado en un mundo hostil, batiéndose solo contra todos. Estaba además satisfecho de haber experimentado, ante el arrebatado de brutalidad de Caisotti, nada más que un sentimiento de superioridad e indiferencia, no olvidándose de tener él en sus manos la situación. Y en efecto, Caisotti escondió enseguida los puños en los bolsillos, como avergonzado, arrepentido de su arrebatado; balbució algo, luego descargó su ira contra el gigante, reprendiéndole por quién sabe qué, mientras aquél le escuchaba con la cabeza gacha.

Quinto quedó dueño de la situación, pero Caisotti ni pagó ni prosiguió los trabajos.

Luego hubo la cuestión de los tubos. Tubos de riego del terreno, que habían desenterrado al excavar y luego los habían dejado ahí. Todo el material del que se podía sacar provecho (el del derribo del depósito de los tiestos, etcétera) era de Caisotti, por contrato. Pero la madre, viendo que aquellos tubos los dejaban oxidarse como si estuviesen abandonados, le preguntó a Caisotti, desde el seto, una vez que lo vio en la obra:

—Y esos tubos, ¿los necesita para algo?

Caisotti tenía uno de sus días negros; se volvió:

—¡Y qué quiere que haga de sus tubos!

—Entonces —dijo la madre, contenta—, si usted no hace nada con ellos, a mí aquí en el jardín me servirán, los mandaré coger. —En efecto, al día siguiente mandó al jardinero e hizo instalar un brazo nuevo de cañería para regar un parterre de narcisos. Esto había sucedido ya hacía más de un mes. Ahora, otra vez que la madre se había asomado por el seto, al oír que

Caisotti estaba allí, y quién sabe qué le había dicho, acerca de la letra, del retraso de los trabajos —porque ella, tan tranquila, mientras cuidaba de sus flores, la ocasión de echarle un alfilerazo no se la dejaba perder nunca—, y él quién sabe qué había mascullado para evitar una respuesta, y todo parecía acabar aquí, volviendo ambos a sus propios asuntos, he aquí que se alza la voz de Caisotti, tronante:

—¡Pues yo la denuncio por robo, por robo, a la señora Anfossi! ¡Así aprenderá a ir por ahí robando las cañerías de los demás! Primero venden y luego roban lo que me han vendido: ¡vaya modos de señores!

La madre meneó la cabeza:

—Está loco.

Ese día llegaba Ampelio. Había estado en un congreso de química, en Alemania. Llega. Quinto estaba arriba, lo oye hablar con la madre y luego volver a salir. Sube la madre.

—Quinto, de prisa, alcanza a Ampelio, deténlo, tengo miedo de que cometa una tontería con Caisotti; en cuanto ha entrado he dicho: «¡Oh, Ampelio!, ¿sabes que ese tunante de Caisotti ha llegado al extremo de acusarme de ladrona?». Y él, enseguida: «¿Dónde está? ¿Dónde está? ¡Yo le rompo la cara!», y ha salido a buscarlo.

Quinto corrió a la calle, vio a su hermano que avanzaba a buen paso, se apresuró a darle alcance.

—¡Ampelio! ¡Ampelio! ¿Qué te pasa? Mamá se ha asustado... ¿Adónde vas?

Ampelio no se volvió; siguió andando y no le concedió a su hermano un saludo.

—Voy a romperle la cara.

—Pues si tuviésemos que hacer caso de todo lo que dice Caisotti... Es un irresponsable, un salvaje...

—Y yo le rompo la cara.

—Mira, será mejor que no te pongas en ese plan, el otro día por poco me pego con él, es una bestia, está tratando de complicar las cosas para atrasar sus compromisos; si se origina una disputa, una pelea, es justamente lo que él busca.

—Y, mientras, yo le habré roto la cara.

En este momento habría venido al caso otro orden de objeciones: que Caisotti tenía unas espaldas como un muro y unos puños que bastaba con uno para derribar un novillo, mientras que Ampelio era un profesor que pesaba algo así como cincuenta kilos. Pero a esto ninguno de los dos hermanos aludió ni, probablemente, lo pensó. Quinto, en cambio, consiguiendo a duras penas seguir a Ampelio, desarrollaba este concepto:

—Mira, Ampelio, las relaciones con Caisotti están en una fase muy delicada, hay que emplear tacto, diplomacia, no hacer caso de sus arrebatos, mantener una táctica elástica...

—Ya veo lo que has conseguido llevar a término con tu táctica elástica... De la casa no hay todavía un ladrillo...

Ahora fue Quinto quien se enfadó.

—¡Por Dios, tú llegas ahora!, ¡no te has dejado ver nunca! ¡Yo hace meses que me desvivo detrás de Caisotti! ¡Acabas de llegar y tienes la desfachatez de hacerte el intransigente!, ¡el salvador de la patria!

—Pero yo he estado en Frankfurt.

—¿Y qué? ¡No es una buena razón! —dijo Quinto, pero se había quedado pensando en ello un momento, antes de responder, y había perdido el empuje.

Avanzaron un poco sin decir nada. Donde Ampelio tuviese en la mente encontrar a Caisotti, no se entendía, ni Quinto se lo preguntó. Cuando, de pronto, atravesando la plaza, se oye un restallido de moto y ¿quién se presenta delante de ellos? Detrás del parabrisas de una pequeña furgoneta, con una especie de carrocería que sobresale por delante en forma de torpedo, plantado en el sillín, agarrado al manillar que vibraba, Caisotti en persona, con una gorrita con barboquejo y un anorak, todo engallado. Se dirigió a Ampelio, como si hubiese interrumpido una conversación con él pocas horas antes:

—¡Ya me ha llegado el cemento! ¿Ven como sólo había que tener un poco de paciencia, tal como les decía yo? Ahora reanudo los trabajos, pongo tantos hombres como pueda en la obra, ustedes me dejan respirar un poco y yo les pago la letra con los intereses, ¿de acuerdo?

Ampelio estaba tranquilo, serio, afable:

—Muy bien. El mortero de los cimientos ¿cuándo se echa?

—El sábado.

—¿Este sábado? ¿Antes no se puede?

—El sábado está bien. Después es fiesta y se seca. Y el lunes reanudamos el trabajo.

—Y con la letra qué hacemos, dentro de poco vence la segunda.

—Quiere decirse que ustedes por esta vez tendrán paciencia y les pagaré las dos letras juntas. Ya he hecho mis cuentas y estoy seguro. Si no, no se lo diría.

—Contamos con ello, Caisotti.

—Batiremos todos los récords, esta vez. Hasta la vista. Mis respetos a su madre. —Y con una serie de restallidos puso en marcha la furgoneta y se fue.

Quinto se había quedado desconcertado.

—¿Has visto? —dijo Ampelio.

—¿Visto el qué? ¿Visto el qué? Ha jugado con nosotros una vez más, ¡esto he visto!

Ampelio hizo un leve movimiento de cabeza como excluyendo claramente esta posibilidad.

—No, no, esta vez cumplirá todo lo que ha dicho.

—¡Vamos, anda! ¡Tú no lo conoces! ¡Conque se echará el mortero el sábado! ¿Sabes cómo están los trabajos? ¡Ve a verlos! ¡Te ha tomado el pelo! Y este aplazamiento de la letra, como si nada... Y tú se lo dejas pasar todo, tranquilamente...

—¿Y tú? ¡Has estado callado todo el tiempo!

—¡Estaba viéndote a ti, por Dios! Nunca hubiese creído...

Ampelio meneó la cabeza.

—No te has dado cuenta de la situación —dijo—. Pasa por un momento difícil, pero con posibilidades de rehacerse. Si nos echamos encima de él, le protestamos la letra, correrá el pánico entre sus acreedores, y enseguida quebrará. Ahora, yo me pregunto: ¿nos conviene?, ¿o no nos conviene más prestarle apoyo? Si quiebra, la causa para la liquidación, entre un montón

de acreedores, los trabajos que habrá que confiar a otra constructora, quién sabe a qué condiciones... En cambio, si se salva, estaremos a salvo también nosotros.

Quinto se retorció las manos. Éste era el panorama de la situación al que también él había fatigosamente llegado y al cual había tratado de convencer a su hermano poco antes. Y ahora...

—Pero, tú, perdona, ¿no querías romperle la cara?

—No era el momento psicológicamente adecuado, se ha visto enseguida. Además, él ha dado marcha atrás, las tuyas han sido unas palabras de enmienda, ¿no lo has entendido? Incluso al final: mis respetos... Había cambiado de arriba abajo...

Estaban a punto de enzarzarse en una discusión entre ellos, ahora. Bastaba con que Quinto dijera, como tenía en la punta de la lengua: «Todo es mérito tuyo, ¿verdad?», o que Ampelio no supiese detenerse a tiempo y cediera a la tentación de añadir: «Basta con un poco de energía», y habrían llegado a las manos. En cambio, callaron. Al poco rato, Quinto, como si no tuviese otro razonamiento al que agarrarse:

—Y, además, era necesario decirle que lo más urgente es sostener la tierra de la parte nuestra, donde han echado abajo el muro y lo han dejado tal cual, ¡de modo que la primera vez que llueva se desmoronará todo!

—Para esto pasamos por su despacho y le dejamos una nota —dijo Ampelio—. Siempre es mejor no mezclar las cuestiones secundarias con las importantes.

Fueron al despacho. Quinto entró antes porque Ampelio se había detenido a comprar cigarrillos. La secretaria estaba más evasiva que nunca.

—Sí, déjeme recado, o escriba, si quiere. Si Caisotti viene... Hace unos días que no lo veo... —sonrió, de pronto; hizo un gran gesto con el brazo—. ¡Eh! ¡Ha vuelto el viajero! ¿Qué regalo me ha traído?

Ampelio había aparecido en el umbral. Dio un taconazo, se inclinó profundamente, dijo:

—*Gnädiges Fräulein...*

XVIII

El periódico más leído en *** era *El Previdente*, quincenal de la Cámara de Comercio. Eran cuatro páginas, de pequeño formato, ocupadas exclusivamente por la lista de las letras protestadas. Los nombres aparecían por orden alfabético, con la dirección, el importe de la suma, y, en algunos casos, el motivo de la morosidad. Los motivos eran lacónicos, con aire de excusa o reticencia: «de viaje», «por enfermedad», «no hallado en su domicilio», y, a menudo, como en un abrir de brazos, «falta de disponibilidades». Un mundo de pequeñas empresas y tentativas y negocios y ambiciones y naufragios flotaba en aquellas columnas de prensa descolorida: embaladores y expedidores de flores, fabricantes de helados, constructores, dueños de casas de huéspedes... y la más densa morralla de quien no se sabe siquiera qué intenta, de quien trata de aferrarse al margen del flujo del dinero, de quien sale adelante con las deudas, condenados a la vergüenza de las bajas cifras de los efectos protestados.

También Quinto, ahora, cada quince días, al ver en manos de sus conciudadanos el nuevo número del *Previdente*, se apresuraba a ir al kiosco, y, en medio de ellos, que ya lo abrían por la calle y recorrían sus columnas ansiosos de comprobar la situación financiera de las personas con las que tenían relaciones comerciales, de descubrir el delineamiento de una crisis o un apuro, o solamente de curiosear en los bolsillos de los demás; también él se lanzaba a buscar un nombre, aquel nombre. Un día, helo allí; Pietro Caisotti: dos letras de trescientas mil liras protestadas. Era la pendiente de la que ya más de una empresa no se había levantado. Los pagos, la entrega de los apartamentos, todo se hacía problemático, pendiente de un hilo.

Había que ir con pies de plomo. También Canal recomendó mucha calma, haría unos sondeos. En eso Caisotti se reveló hábil, fue él directamente a ver al abogado, como a prevenirse contra una acción inmediata; explicó que el protesto, publicado ahora, correspondía sin embargo a la situación de un par de semanas antes, ya en fase de superación; estaba a punto de cerrar unos tratos, era él mismo acreedor de varios sitios, dentro de poco estaría en condiciones de pagar todas las deudas. A través de Canal se consiguió saber que, realmente, una suma Caisotti tenía que cobrarla, se supo también la fecha, y el valor de la cifra. No era una cantidad importante, había que saber ponerlo entre la espada y la pared oportunamente, para que antes que cualquier otra deuda satisficiera ésta con los Anfossi. El cobro lo tenía por la mañana, se decidió que Quinto iría a verlo a primeras horas de la tarde, de sorpresa, llevándole la letra, cuando el contratista no podía decir que no tenía el dinero.

Llamó, volvió a llamar (un timbre de resorte, de esos que se da vueltas a una navecilla), ya estaba a punto de irse, cuando abrieron. La habitual Lina, un poquito sudada (era un caluroso día de agosto), pero en lugar de las trenzas llevaba el pelo recogido detrás, en una cola de caballo.

—¿Busca a Caisotti? No sé si está.

—¿Cómo no sabe?

Eran dos habitaciones. En el pequeño corredor se abrió una puerta. Estaba oscuro, y en aquella oscuridad, con un receloso modo de asomarse de lagarto, apareció Caisotti, con aspecto de haber estado durmiendo. Durmiendo vestido: la camisa descompuesta, el cinturón desabrochado, el pelo enmarañado. Indefenso, parecía que aún no oía ni veía, atento sólo a mover la boca pastosa. Luego giró sobre sus talones, fue a la ventana, abrió persianas y postigos; la luz llenó la habitación, dejándolo más ciego que antes. Era la habitación del despacho de costumbre, que también le servía, pues, de dormitorio: la cama, es decir, un jergón en el suelo, con sábanas desordenadas, estaba detrás de un biombo, con un aguamanil de hierro. Caisotti fue al aguamanil, echó un poco de agua del jarro, se la llevó a la cara, se secó. Luego, con la cara aún medio borracha por el sueño, mojado en el pelo y la frente, se sentó a la mesa. Quinto tomó asiento delante de él.

Lina ya no estaba. Fuera de la ventana se sentía el mediodía de la ciudad a la que se comunicaba impalpable el olor de la arena abrasante de las playas. A Quinto le parecía haber dicho ya todo lo que había venido a decir, y, sin embargo, era como si todavía no hubiera dicho nada. Ni la más mínima luz había atravesado los ojos legañosos del contratista.

Empezó a hablar él, Caisotti, lentamente, suspirando, como si estuviese ya en la mitad de una conversación:

—Qué quiere que diga, querido amigo, llega un momento en que dejo que decidan ustedes, yo no digo nada más. —Y seguía así. La luz le molestaba, bajó las persianas. Explicaba lo difícil que era trabajar, construir, con todo el mundo poniendo piedras, el Ayuntamiento con todos sus impedimentos, el Estado con los impuestos, el material por el que se tenía que depender de éste o de aquél.

Quinto advertía que estas palabras de Caisotti estaban todas estudiadas de modo que el interlocutor no pudiese negarles su aprobación: un particular tipo de aprobación, porque no iban dirigidas tanto al socio de negocios o al acreedor como al hombre de opiniones políticas que él era o había sido.

—Y el cemento, ¿sabe lo del cemento? Bonita historia también ésa, nos tienen puesto el pie al cuello cuando quieren, de ahí no se sale, es un monopolio... —Y empezó a lamentarse de la sociedad del cemento, a citar hechos, abusos, obligaciones, sitios donde habría sido facilísimo proveerse de cemento que eran comprados y mandados cerrar por los omnipotentes fabricantes de cemento. En estas argumentaciones, en el especificar las causas de sus dificultades, en el encuadrar hechos dispares, el contratista demostraba una cierta agudeza, que Quinto no se esperaba. Y, al mismo tiempo, todo era fastidiosamente obvio: la historia de siempre del pequeño empresario aplastado por los grandes monopolios, un pasaje obligado de cualquier discurso crítico sobre la economía italiana, enojoso sobre todo para Quinto, que no había ido allí para ver las cosas desde aquel punto de vista, sino desde otro; no era que tuviese una opinión distinta, eran conceptos archisabidos, aceptables en el fondo por todos, pero ahora él

actuaba en calidad de propietario inmobiliario y quería pensar en las cosas que piensan los propietarios inmobiliarios.

Caisotti contaba el intento de hacerse con una cantera de cemento de su propiedad, en el pueblo, donde poseía unas tierras que no rendían nada, todo piedras, y estas piedras, sostenía él, eran buenas para cemento. Dijo cómo la sociedad del cemento había conseguido impedirle seguir, después de que él había gastado ya mucho dinero en ello. En Quinto se volvió a aguzar la atención del propietario; aquellas tierras constituían, en los proyectos del abogado, una última garantía, porque se podía imponer una hipoteca sobre ellas; y ahora se descubría que eran todo piedras, tal vez buenas para cemento, pero inutilizables porque no lo quería el monopolio.

—Ah, se lucha, se lucha... —dijo Caisotti—. ¿Quién se lo habría creído en aquellos tiempos, eh, Anfossi, que habríamos quedado estancados en este punto? ¿Se acuerda?

—Ah... —dijo Quinto, pero no entendía bien esta alusión de Caisotti a recuerdos u opiniones comunes.

—Nos parecía que una vez bajásemos del monte y echásemos a aquellos otros, todo se habría arreglado por sí solo... Y en cambio...

Resultó que Caisotti había estado en los partisanos, es más, justamente en la brigada de la que había formado parte Quinto; había sido «intendente de brigada», se llamaba «Bill». Quinto con la intendencia había tenido poco que ver, los destacamentos y los servicios de la brigada estaban diseminados por varios recodos del valle, o de valles distintos; pero ahora le parecía recordar el nombre de «Bill» y quizás haberlo visto una vez, caminando deprisa, con la camisa caqui, una *Sten* en bandolera, y blasfemando contra la incautación de cierta carne de buey. Caisotti, en cambio, sabía las formaciones en que había estado Quinto, le recordó los lugares de los campamentos, nombres que Quinto había olvidado, pero que a él le eran desde luego familiares, dado que era precisamente un montañés de por allí.

Se había levantado, había ido a un rincón de la estancia.

—¿Ve? —Medio escondido por un armario había, colgado muy alto, un cuadro; uno de esos cuadros con todas las fotografías de los caídos de una

ciudad o una formación, con una cinta blanca roja y verde en un ángulo y una inscripción: «Gloria eterna a los voluntarios de la libertad caídos de la brigada...». Quinto aguzó la vista, el cuadro estaba en sombra y el cristal estaba polvoriento, las caras de los caídos eran pequeñísimas y minúscula la inscripción de los nombres, y le parecía no conseguir reconocer a ninguno. ¡Había conocido a tantos, de los que después habían muerto! Todavía le era fácil conmoverse, al pensar que hasta la noche antes había comido castañas con ellos en el mismo caldero, dormido a su lado en la paja... Y, sin embargo, ahora se le ocurría buscar sólo a uno, al que apenas había conocido, uno llegado poco antes y que muy pronto había muerto, tontamente: era de la misma patrulla que él, y sólo por casualidad uno había tomado por un lado y el otro por otro. Ahora le parecía que una de aquellas minúsculas fotografías se le parecía, pero podía también ser aquella otra, o bien aquella de al lado: todas eran fotografías de quién sabe cuánto tiempo antes; muchos aparecían en ellas apenas muchachos, muchos con la gorra y las estrellitas de cuando eran militares, cada uno podía ser otro, no se entendía nada. Suspiró profundamente y ya no sabía qué decir.

En suma, que no llegó a ninguna conclusión. Caisotti pedía una prórroga para el pago de la letra: debía terminar otra obra empezada, lo que le permitiría concentrar material y mano de obra en la construcción de los Anfossi y terminar el trabajo en el tiempo previsto (que debía calcularse — recordó— a partir de la concesión del permiso, no de la firma del contrato). Crearle otras dificultades habría sido perjudicial también para ellos.

Quinto regresó de pésimo humor. No sólo le inquietaba el no haber conseguido aún que le pagase, sino también el haber descubierto en Caisotti a un antiguo compañero de lucha. ¡Bonita evolución había hecho la sociedad italiana!, exclamaba para sí. Dos partisanos, un campesino y un estudiante, dos que se habían rebelado al mismo tiempo con la idea de que había que rehacer totalmente Italia; y ahora, helos ahí, en qué se han convertido, en dos que aceptan el mundo tal como es, a los que les tira el dinero, y sin las virtudes siquiera de la burguesía de antaño; dos chapuceros de la construcción que, no por azar, se han convertido en socios y que, naturalmente, tratan de atropellarse mutuamente... Pero —observó Quinto

— al campesino le había quedado aquella actitud de considerar como luchas sociales todas las dificultades que se le presentaban. ¿Y a él?

Aquel día había muerto De Gasperi. La noticia llegó con los diarios de la tarde; el paseo estaba lleno de gente colorada y bulliciosa que volvía de bañarse en la luz amable de la tarde; los vendedores de periódicos pasaban agitando los grandes titulares enlutados y la fotografía del difunto.

—¡Muerte de De Gasperi! ¡Nueva victoria de Coppi! —gritaba un vendedor alzando el periódico—. ¡Nueva victoria de Coppi!

Una niña se quitó el helado de la boca.

—¿Has oído, papá?, ¡ha muerto De Gasperi!

—Ah, sí... —dijo el padre, y miraba la cartelera del cine.

Ante esta indiferencia, Quinto era el único que se sentía oscuramente ofendido, el único que pensaba en aquel De Gasperi que la esperanza revolucionaria de su juventud había considerado un extraño instalado en la historia de Italia en el momento en que tenía que ser totalmente distinta; y ahora he aquí que la burguesía que pocos años antes lo aclamaba su salvador, restaurador de su fácil bienestar, ahora lo había ya olvidado, había olvidado el miedo («el miedo que le dábamos nosotros —pensaba Quinto— cuando éramos la esperanza»), y ahora sabía solamente que aquel hombre flaco, montañés, honesto, obstinado, algo limitado, de no demasiadas ideas, pero intransigente con ellas, católico de una sencilla manera poco italiana, a ellos nunca les había sido simpático.

XIX

Envuelta en el castillo de los andamios, como un montón confuso de tablas, cuerdas, piedras, tamices, ladrillos, mezclas de arena y cal, la casa crecía en el otoño. Sobre el jardín ya se abatía su ala de sombra; el cielo, para las ventanas de la villa, estaba tapiado. Pero parecía aún una cosa provisional, un estorbo que luego se quita del mismo modo que se ha levantado; y así trataba de considerarlo la madre, apuntando su descontento contra estos aspectos transitorios, como objetos que caían de los andamios a los parterres, desorden de vigas en la calle, y evitando considerar la casa como casa, como algo que estaría colocado para siempre allí frente a sus ojos.

En sustitución del pago de una letra, Caisotti propuso aumentar el número de los alojamientos que entregaría a los Anfossi. Fue una larga negociación: al acordar la cubicación de los nuevos alojamientos, se descubrió que Caisotti los había construido todos más estrechos de lo que estaba establecido en el contrato, para hacer caber uno más. En fin, era como si les robase locales y con estos locales robados pretendiera pagar las letras. Canal evitó la maniobra, se añadió un suplemento al contrato, varias cláusulas del antiguo contrato fueron revisadas, se reforzó la «propiedad reservada» vinculándola también a la entrega de los nuevos alojamientos, pero, en conclusión, dinero quién sabe cuándo se vería y la entrega de los locales acabados quién sabe cuándo tendría lugar.

Para estas transacciones, vino a *** también Ampelio, por un par de días. Estaban los dos en casa, cuando llega, muy lozana, la Lina. Traía unos papeles; Caisotti la mandaba a comprobar unos datos para la transcripción en las actas del Ayuntamiento. No se comprendía a qué venía todo aquel

celo; nunca Caisotti la hacía desplazarse hasta allí. Qué contrariedad, la madre no estaba en casa; y era precisamente la madre quien terminaba por recoger los papeles, las cuentas, que Quinto entre idas y venidas olvidaba aquí y allá; y para cualquier cosa que se quisiera saber había que recurrir a ella.

Quinto y Ampelio se ponen a estudiar aquel problema en el estudio, con Lina delante que los mira, dulce.

—Espera, voy a buscar aquella cuenta que hicimos la otra vez —dice Quinto, y va a revolver a otra habitación. Desbarata medio armario, repasa una docena de carpetas, pero no encuentra lo que busca. Cuando vuelve al estudio, los papeles de Caisotti aún están extendidos sobre la mesa, pero la chica no está y tampoco Ampelio.

«Se habrá ido —piensa Quinto—, volverá mañana a tomar esos datos». Y llama:

—¡Ampelio! —Ampelio no responde. Salir no había salido, porque en el colgador estaba la boina que su hermano, un poco calvo, se ponía siempre para salir a la calle. Quizás estaba arriba. Quinto subió al otro piso y recorrió las habitaciones llamándolo, entró también en el baño y de allí al cuarto de su hermano.

Lina y Ampelio estaban en la cama. Ella se volvió enseguida tapándose con la almohada y Quinto vio volar sus trenzas negras y un hombro redondo y rosa que asomaba por la sábana. Él se apoyó sobre el codo, desnudo y flaco que se le veían todas las costillas, buscó con un gesto mecánico las gafas en la mesita de noche y dijo:

—¡Por todos los santos! ¡Será posible que siempre tengas que estar tocándome las pelotas!

Quinto cerró la puerta y bajó, enfurecido a más no poder. Odiaba a muerte a su hermano. Montarse aquel lío, allí en casa, con una empleada del contratista, en un momento tan delicado de las relaciones con él, e ir arriba así, en un dos por tres, con aquella santita hipócrita, con aquella desvergonzada... ¡Sí, era un comodón! Ampelio de los negocios se reía, le dejaba a él todas las responsabilidades y problemas, afanándose también en interés suyo, y cuando llegaba aún encontraba algo que objetar... y,

entretanto, ahora estaba arriba divirtiéndose; mientras él, Quinto, a revolver papeles; es más, se burlaban, ¡le hacían buscar unas cuentas que posiblemente no servían para nada! Era capaz de todo aquella golfilla: con él siempre con los ojos bajos y con su hermano, en cambio, *allez!* Tal vez fuera el mismo Caisotti quien la enviaba, para engatusarlos, y en este caso se comprendía por qué no la había mandado a guiñarle el ojo a él, él, desde luego, no habría caído; pero esto de mandarla a su hermano tampoco era una jugada bien estudiada; sea como fuere, era una porquería, una gran porquería. Y él ¿qué seguía haciendo, allí en casa? ¿Tenía que sostenerles la vela?

Estaba a punto de salir cuando sonó el timbre. Era Caisotti. Venía a buscar unos datos, para el Ayuntamiento... Pero ¿era realmente una cuestión tan urgente? Caisotti se mostraba mucho más prudente de lo normal, inseguro, parecía un poco agitado. Quinto lo hizo pasar al estudio, le indicó los papeles que había traído su secretaria, le dijo que buscarían... Pero Caisotti ahora preguntaba:

—Ah, ¿entonces ha venido aquí la muchacha? ¿Y dónde está?

—¿Por qué? ¿No la ha enviado usted?

—Sí, sí, pero tenía que hacer varias gestiones. Ahora debería decirle una cosa. ¿Dónde está?

—Pues... habrá salido.

—No creo, no me he topado con ella... —Y Caisotti miraba a su alrededor, hacia las otras habitaciones, hacia la escalera, como un animal extraviado.

—Habría tomado otro camino. ¿Dónde quiere que esté?

En fin, se habría dicho que Caisotti la había seguido hasta la villa y, al no verla bajar, hubiese subido a buscarla. Ahora encontraba todas las excusas para entretenerse, se había plantado allí y no quería irse. Decía cosas conciliadoras, hasta condescendientes; expuso unas propuestas de mejoras gratuitas en los trabajos a entregar, y siempre tenía ese aire inseguro, prudente, escudriñaba a Quinto como esperando que se descubriese. De vez en cuando, en cambio, parecía que este embarazo que lo mantenía allí se le mudara en odio, en violencia a duras penas reprimible,

y se veían los fofos músculos de su cara estirarse, pálida, y los puños apretados y sanguíneos, y la boca de tiburón torcerse en un tembloroso ablandamiento que parecía anunciar un estallido de gritos. Quinto, irritado por estar allí inmovilizado hablando con Caisotti, por tener que servir de escudo a su hermano y a su querida, solidario con el contratista por el odio hacia su hermano, y, al mismo tiempo, consciente de que aquélla era una ocasión favorable para empujar a Caisotti a alguna preciosa concesión, un momento en que lo tenía en sus manos como no volvería a presentarse nunca más, pero no consiguiendo recordar en aquel momento nada útil que preguntarle, descontento en el fondo por no poderle demostrar toda su solidaridad, no halló otro camino para salir de aquello que convencerlo para que fuera con él a la obra a comprobar el estado de los trabajos.

Caisotti fue de mala gana, tratando siempre de no perder de vista la villa, o al menos, la verja del jardín. Subieron por la escalera de tablas, hasta el encofrado del primer piso aún reciente. Quinto comprobaba los cantos, las puertas.

—Esta pared tendría que ser más gruesa, Caisotti —y la voz resonaba entre los muros vacíos—, venga a ver, Caisotti, esta pared, digo...

Y él, sin moverse, mirando de soslayo por el cuadrado de la ventana, entre las jambas de ladrillos desnudos, al espeso verdor del jardín, que a Quinto le parecía irreconocible en aquella perspectiva nunca vista:

—Ah, sí, más gruesa, pero cómo puede verlo ahora, espere a que esté acabado, con la cal...

XX

La autoridad de Caisotti se había debilitado precisamente entre sus fieles. Incluso el gigante del pelo rojo, que se llamaba Angerin, tuvo un arrebato de rebelión.

Vivía, este Angerin, en una barraca de tablas allí mismo en la obra, un cuartucho para las herramientas, para el guarda de noche; dormía en el suelo, como una bestia, vestido. Por la mañana temprano, con aquel paso de orangután, la mirada fija y atónita, bajaba a comprarse una barra de pan, unas morcillas y un tomate, y, volvía masticando con la boca llena. Tal vez vivía sólo de esto. Raramente se le veía cocinar algo, sobre dos ladrillos, en una cacerola recubierta de costras. Al parecer Caisotti le debía el salario de algunos meses. Pasaba hambre, Angerin, y con lo fuerte y obediente que era, todos los trabajos más pesados eran para él. Los otros albañiles procuraban que les pagara puntualmente, si no, se iban a trabajar a otras empresas, porque el trabajo en la construcción no faltaba. Caisotti se desquitaba con Angerin, que era sumiso y carecía de iniciativas propias; y lo tenía como esclavo. Fuerte como un toro al principio de los trabajos, hasta el punto de que al verlo venir inspiraba miedo, Angerin había adelgazado, con la espalda más doblada, los brazos siempre colgándole, la cara pálida; la mala alimentación, el cansancio, el dormir por el suelo lo consumían.

Quinto, a decir verdad, a Angerin no le prestaba la menor atención, pero lo sabía todo por su madre. Su madre era la única persona que se ocupaba del peón. Lo hacía entrar en la villa, le daba azúcar, galletas, jerseys viejos. Y le hablaba, dándole consejos, riñéndole, formulándole preguntas: cosa, esta última, muy fastidiosa para Angerin, porque la madre no entendía su

dialecto inarticulado y le hacía repetir diez veces cada respuesta. Venía de tierra adentro también él; Caisotti era paisano suyo y lo había hecho bajar a ***.

—Parece que nunca ha tenido a otro dios que Caisotti —dijo la madre.

—Debe de ser hijo natural suyo —rió Quinto.

—Le he preguntado si eran parientes y se ha quedado confundido —dijo la madre—. También yo he pensado en eso...

—También él: ¡no!

—¿Por qué: también él?

—¡Ah, por nada!

En la obra, los otros trabajadores se burlaban de él, le gastaban bromas. Todo estalló súbitamente. Se oyeron unos golpes de chatarra, unos chasquidos estruendosos de tablas arrojadas de plano sobre otras tablas, unos gritos. Quinto estaba en casa, bajó corriendo a la obra. Los albañiles escapaban a la calle, uno había saltado desde el primer piso al jardín, destrozando plantas.

—¡Angerin se ha vuelto loco! ¡Socorro! —Dentro de la casa en construcción, en el primer piso, el gigante lo estaba rompiendo todo. Tiraba piedras contra las paredes, arrancaba trozos de andamio, quitaba las cuerdas que los sostenían a los puntales, echaba abajo las escaleras, lanzaba ladrillos a ciegas, resquebrajando los cantos de las paredes, echando a perder las superficies frescas de cemento. En aquel vacío cada ruido retumbaba, se hacía enorme, y esto debía excitar cada vez más al furioso. Nadie podía acercarse: daba unos golpes de pala capaces de dejar seco a cualquiera. El rencor contra Caisotti lo desfogaba así, a ciegas, sin mirar a quien golpeaba.

—¡Llamad a la policía! ¡A la patrulla! ¡No, no, se necesita a Caisotti, sólo él lo puede detener! —El encargado ya había salido con el ciclomotor para ir a buscarlo. Quinto veía aquel poco de casa levantada con tanto trabajo derrumbarse ante sus ojos, el armazón de los pilares torcerse bajo los golpes de tabla, los antepechos agrietarse, y ya calculaba el retraso a causa de la reparación de los destrozos, los sitios que no se repararían bien, con sólo remiendos superficiales, las discusiones que sobre ello habrían de sostenerse...

Caisotti llegó en la furgoneta. Apenas se oyó un restallido acercarse rápido y luego callar, callaron también los golpes dentro de la obra. Desmontó Caisotti, pálido, con la cara tensa, pero calmado. Apartó a la gente sin mirarla, entró en la obra, se percató de todo con una ojeada, levantó una escalera de mano, la fijó a la altura del primer piso, subió.

Angerin estaba ya frente a él, blandiendo la pala, tomando impulso para golpearle. Caisotti dio aún un paso. Habló sin alzar la voz, rápidamente:

—*Angerin, ti ghe l'ài cun mi?*^[2]

El gigante estaba con los ojos desmesuradamente abiertos, empezó a temblar. Finalmente, dijo:

—*Sci, cun ti.*^[3]

Y Caisotti:

—*Ti me voei amassà?*^[4]

El gigante calló durante un rato, luego dijo:

—*Na.*^[5]

Y Caisotti, pero no como una orden; casi como una pregunta, o una constatación, o incluso la orden a un perro adiestrado:

—*Mola a paa.*^[6]

Angerin dejó caer la pala. En cuanto lo vio con las manos vacías Caisotti dio un salto adelante, y esto fue un error, porque Angerin volvió a ser presa de su furia que ahora era únicamente miedo: agarró una paleta y la lanzó con todas sus fuerzas contra el patrón. Lo hirió superficialmente, en la frente, abriéndole un largo corte que enseguida se coloreó de sangre. Caisotti parecía que tuviese que quedar aturdido por el dolor, en cambio, reaccionó enseguida, si no, el gigante habría acabado con él. Levantó un brazo más como si quisiera esconderle a Angerin la vista de la sangre que como para proteger la herida, se le echó encima. Rodaron por el suelo; no se vio bien si había sido el choque, pero el caso es que Caisotti estaba encima de Angerin, y Angerin ya no trataba de pegar sino sólo de poder salir de allí, y después ni siquiera eso. Caisotti, con una rodilla sobre el peón, empezó a golpearle, con unos puñetazos como los martillazos de un mazo, seguidos, casi regulares, cada uno de ellos asestado con todas sus

fuerzas, y que retumbaban en su espalda, en el tórax del hombre en el suelo, en la cabeza, en los huesos.

—Lo matará —dijo uno de los albañiles en torno a Quinto.

—No —dijo otro—, pero ya no verá una perra. Toda la paga que le correspondía servirá para pagar lo que ha destrozado.

Continuaba aquel retumbo de puñetazos. Se oyó un grito:

—¡Basta! ¡Ya no se defiende! —Quinto reconoció la voz de su madre: estaba en el seto, pálida, los brazos apretados bajo un chal.

Caisotti se levantó, bajó lentamente, de espaldas, por la escalera de mano. El cuerpo de Angerin tendido en el suelo se movió, se arrastró, se puso de rodillas, luego de pie, pero quedándose curvado, sin mostrar el rostro; y así, sin sacudirse siquiera, cojeando, empezó a recoger los objetos esparcidos a su alrededor, colocándolos de nuevo en su sitio, poniendo orden...

Caisotti avanzaba con un pañuelo teñido de sangre en la frente; luego se caló encima, bien fuerte, la gorra con visera, para sujetarlo. Quizás a causa de la herida tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No ha pasado nada —dijo a los albañiles—, *avura purei turnà a travajà...*^[7]

—¿A trabajar con ese loco? ¡Si por poco nos mata! Nosotros no volvemos allí, ¡llamaremos a la patrulla!

—No os hará nada. No era con vosotros que la tenía tomada. Ahora será buen chico. *A nu l'è, mattu. Nu stai a ciamà nisciun. Andai a travajà.*^[8]

Subió a su furgoneta con fuselaje, con aquel pañuelo medio caído sobre los ojos, pisó el pedal, se quedó un momento dando botes por el restallido del motor, cegado a causa de las lágrimas que le resbalaban por las mejillas, luego se marchó.

XXI

Durante el invierno Quinto estuvo casi siempre fuera, en Milán; hacía de secretario de redacción de la revista de Bensi y Cerveteri. Iba a *** de vez en cuando, por unos días. Llegaba de noche y al subir a la villa pasaba por delante de la obra. La sombra de la casa se le presentaba en la oscuridad envuelta siempre por la retícula de los andamios, horadada por las ventanas vacías, sin cubrir. Los trabajos procedían con tal lentitud que de un viaje a otro Quinto lo encontraba todo exactamente igual. Le parecía que la forma definitiva de la casa era aquélla; terminada no conseguía imaginársela. Toda su pasión por las cosas prácticas, por la realidad concreta, hela aquí: un montón de material inutilizado que no lograba ser nada, veleidades, tentativas no llevadas a término. Sólo cuando estaba entre Bensi y Cerveteri se sentía un ejecutor, y esto le servía para vencer el complejo de ser menos culto y sutil que ellos; también allí estaba en continua contradicción consigo mismo, pero eran contradicciones más cómodas; ¿cómo se le había podido pasar por la cabeza meterse en esta empresa inmobiliaria? Ya no tenía ganas de continuar, se quedaba en Milán durante meses enteros sin pensar en ello y todas las molestias recaían en las espaldas de su madre.

¿Cómo podía confiar en su hermano? Se preparaba para las oposiciones, escuálido como un gusano, y no había forma de apartarlo un solo milímetro de sus binarios; cada tres o cuatro meses venía a ver a su madre durante unas cortísimas vacaciones. Una vez, Quinto, al llegar, lo encontró allí; estaba en *** desde hacía unos días; se vieron por la mañana; Quinto, que había llegado por la noche, se estaba lavando, cuando entró Ampelio. Quinto lo abordó enseguida:

—Entonces ¿qué has hecho, qué has concluido? ¿Has preparado el embargo por el incumplimiento de la entrega de los trabajos? ¿Y la hipoteca? —Estaba contento por tener finalmente a alguien con quien poder tomarla, en quien desahogar la mala conciencia y el rencor por aquel asunto que parecía tan simple y resultaba ser cada vez más complicado.

Ampelio estaba de pie, en la puerta del cuarto de baño, con la gabardina puesta y un paraguas colgado del brazo. Detrás de las gafas no se percibía ni rastro de mirada.

—No hay nada que hacer —dijo con calma.

Quinto estaba en pijama.

—¡Cómo: nada que hacer! —chilló. Se secó deprisa—. ¡Cómo: nada que hacer! Tenemos la cláusula de propiedad reservada. —Y entró en su habitación, empujando al hermano—. ¿No ha entregado los apartamentos? Bien, ¡nos volvemos a quedar el terreno y todo lo que hay encima! ¡Hay que ponerse manos a la obra!

—Pues ponte tú —dijo su hermano.

Cuando Ampelio adoptaba ese tono, Quinto podía volverse loco; ya sabía que su hermano era así, que cuanto más se enfadaba él tanto más le oponía su calma lacónica y desdeñosa, y, sin embargo, Quinto siempre perdía el control.

—¿Y tú qué? Has estado aquí cinco días... Tendrías que haber emprendido una acción judicial con Canal, haber depositado una denuncia en el juzgado, ¿qué has hecho?

—Con Canal ten cuidado —dijo Ampelio.

Esto de despreciarlo todo, tanto cosas como personas, era un vicio de Ampelio que Quinto no conseguía perdonarle.

—¿Por qué, qué tienes contra Canal? ¡Canal es amigo mío! ¡Canal es alguien con escrúpulos! ¡Nos asesora gratis! ¡Qué te pasa ahora, para meterte con él!

Quinto se estaba vistiendo sentado en la cama. Ampelio estaba frente a él, de pie, con la gabardina, las manos en el mango del paraguas clavado con la alfombra. Quinto también sentía el embarazo de estar allí medio desnudo y su hermano tan vestido.

—El que nos asesore gratis no es una razón para responder como responde —dijo Ampelio—. ¿Sabes qué me ha dicho? Que no comprende qué pretendemos, que fuimos nosotros quienes quisimos liarnos con Caisotti, y ahora tenemos que aguantarlo, que si nos vemos en una causa perderemos hasta la camisa...

—¡Pero, hombre...! ¡Quién sabe qué habrás ido a decirle! ¡Quién sabe cómo le habrás hablado! Nunca has sido capaz de tratar con la gente. ¡Has estado aquí cinco días sin resolver nada! Caisotti ya está vendiendo sus apartamentos antes de haberlos acabado, y nosotros estamos aquí mano sobre mano. ¡Si tuviésemos inquilinos apremiándonos tendría que terminarnos los locales por fuerza! ¿Has buscado inquilinos? ¿Has estado en la agencia?

Ampelio se esperaba siempre un poco antes de responder, quieto, mirando al vacío. Y después:

—Tienes la cara como el trasero.

—¿Qué quieres decir?

Ninguna respuesta.

—¿Qué quieres decir? —Quinto lo sacudía por un brazo—. Di, ¿qué quieres decir? ¿Quieres decir que me desentiendo de todo y que luego la tomo contigo? ¿Es esto? —Y lo sacudía por un brazo, pero Ampelio ya no decía nada—. Y todo el tiempo que he estado aquí sacando las castañas del fuego para ti, también para ti; meses he estado aquí afanándome, y tú no te interesabas por nada, no me dabas ni las gracias. ¿No es verdad lo que digo?, dime sólo esto, ¿no es verdad?

Ampelio era alguien que mantenía siempre escondidas sus razones. Habría bastado que dijera: «¡Pero si has estado aquí tres meses bañándote!», y lo habría desarmado, Quinto no habría sabido qué decir. En cambio, nunca daba satisfacciones, ni siquiera al pelearse. Dijo:

—Basta, dadme mi parte, dividámonos los apartamentos, yo vendo los míos así como están a Caisotti, a quien sea, tomaré lo que me den, con tal de no tener que discutir más contigo; lo siento únicamente por mamá que quedará en tus manos.

—Pero qué te pasa —Quinto lo sujetaba por las muñecas—, pero por qué no quieres reconocer que hasta ahora lo que se ha hecho lo he hecho yo, que he trabajado también para ti.

Ampelio se apartó:

—Estás enfermo, estás enfermo de los nervios. Ve a un médico, ve y que te visiten.

—Pero ¿por qué me insultas? ¿Por qué me tratas así? —gritó Quinto, y empezó a tomarla a puñetazos con su hermano. Ampelio cayó sobre la cama; no se defendía siquiera; tenía solamente los codos y las rodillas levantados de modo que los puñetazos de Quinto, más furiosos que fuertes, caían sólo en los brazos y las piernas. Tenía aún en la mano el paraguas, pero lo mantenía abajo, paralelo al cuerpo, sin intentar blandirlo contra su hermano. Las gafas se le habían caído en la cama. Esperaba, encogido, la barba en la solapa de la gabardina, los ojos que miraban fijamente a su hermano sin expresar ni resentimiento ni nada, sólo el azoramiento de los miopes y una absoluta lejanía.

Quinto se detuvo enseguida. Ampelio se alzó, se puso las gafas.

—Ve a un médico, tú no eres normal, ve a que te visiten. —Y salió de la habitación.

XXII

A finales del invierno, Quinto encontró un trabajo en el cine, en Roma. Dejó la redacción de la revista, peleándose con Berti y Cerveteri. El mundo romano era pródigo y despreocupado; el productor era uno de esos que encuentran centenares de millones de un día para otro; se vivía siempre en grupo, los billetes de diez mil corrían como si fuesen monedas; por las noches se iba al restaurante, luego, a beber a casa de uno o de otro. A Quinto beber le sentaba mal, pero, finalmente, aquello era vida. Dinero todavía no había visto mucho, pero ya estaba en el ambiente.

Las cartas que le llegaban de su madre, con aquellas detalladas preocupaciones, aquel alargar cualquier pequeño problema, lo irritaban de un modo insoportable; se había perdido la ocasión de un posible alquiler porque los pisos no estaban todavía a punto; Caisotti había terminado el techo, pero encima de él había construido una caseta para el ascensor violando los límites de altura; a Travaglia, que debía ir a comprobar el abuso, no se le encontraba nunca. Quinto ahora vivía en otro mundo, donde todo era fácil, todo tenía arreglo, todo se hacía deprisa, pero de sus asuntos de *** no podía desde luego desentenderse, aunque sólo fuera porque, hechas sus cuentas, con el cine cuanto más dinero ganaba tanto más gastaba, y no le llegaba. Iba detrás de una chica francesa, una de la coproducción; estaba siempre en aquel ambiente, una vida sin raíces. Y cada vez más, la preocupación que le causaba la construcción seguía en su interior como una espina.

En cuanto tuvo unos días libres se fue a ***. «Ahora tomo la situación en mis manos y lo resuelvo todo en un abrir y cerrar de ojos», se decía, y le parecía haber adquirido el estilo del cine. Pero le bastó llegar allí, ver el

claro fangoso, repleto, en el que crecía la escuálida casucha de cemento inacabada; le bastó oír a su madre detallar uno tras otro los problemas (aquel interminable de quién tenía que pensar en las conexiones de la luz y el agua potable); le bastó volver a oír la lenta modulación de Caisotti que ya expresaba solamente insolencia y superchería en sus relaciones con socios tan desarmados y distraídos, y enseguida sintió que se le venía abajo aquella llamarada de rápida eficacia cinematográfica, y ya no sabía por dónde empezar.

Mientras tanto, Caisotti ya vendía o alquilaba alojamientos; contratos abusivos porque hasta que no entregara a los Anfossi sus locales no era dueño de nada. Terminó un apartamento de prisa y corriendo, incluso lo blanqueó, hizo las instalaciones, porque ya tenían que ir a habitarlo.

—¿Cómo? Sus apartamentos cuando quiere los termina, y los nuestros que esperen...

—Ustedes no tienen inquilinos que les apremien...

Se sabía que respondía así. Quinto buscó inquilinos, encargó de ello a las agencias. Pero para el verano no podía haber nada dispuesto, estaba claro. Alguien fue hasta arriba a ver. Encontró la obra, el barrizal, y fue a protestar a la agencia porque daba direcciones equivocadas. Listo había sólo un almacén en la planta baja, una especie de garaje, que Quinto proyectaba alquilar a algún florista, exportador o embalador, dado que el mercado de flores estaba a poca distancia. Fue a informarse, una mañana temprano cuando había mayor movimiento, pero estaban en plena estación, no era momento para que los floristas pudieran pensar en trasladarse.

El último día que Quinto estaba en ***, antes de volver a Roma, era un domingo. Al pasar por delante de la obra vio a un señor que curioseaba, entraba. Lo siguió. Era un hombrecillo, mayor, con sombrero y abrigo. Subió por los escalones de cemento, todavía sin mármol, hasta el primer piso, metía la cabeza en las puertas sin hojas.

—Perdone, ¿busca a alguien? —gritó Quinto por el hueco de la escalera.

El viejecito pasaba de un apartamento a otro, evitando los botes.

—No, no, miraba solamente...

Quinto subió también él al primer piso. Dio toda la vuelta tratando de hallar al viejecito; finalmente, lo vio entrar desde una terraza.

—¿Busca casa para alquilar? —preguntó Quinto.

El viejecito ya subía por las escaleras.

—No, no. Miraba.

Quinto subió al segundo piso.

—Si quiere apartamentos, aquellos de la derecha son nuestros. Podemos ponernos de acuerdo... —gritó al vacío, porque aquel fulano ya no se sabía dónde estaba—, los tenemos de tres habitaciones y de cuatro —y luego advirtió que el hombrecillo estaba en el piso de arriba. Subió corriendo las escaleras y repitió—: los tenemos de tres habitaciones y de cuatro.

Aunque dijera que no, aquel señor venía a buscar casa. Si no, ¿por qué se habría metido por todas partes como si quisiera examinar cada pieza, cada detalle de la construcción? Todo estaba en saberlo convencer ahora, de modo que llegase a un acuerdo con él y no con Caisotti.

—Usted ahora lo ve todo en desorden, pero si quiere alquilar, en cuestión de días se pone todo en su sitio, y usted podrá traerse sus muebles.

El viejecito ni siquiera le prestaba atención. Comprobaba los tubos de desagüe, los fregaderos... Quinto, en cierto momento, pensó que era sordo. Pero al principio le había respondido bien.

—Si llegamos a un acuerdo ahora, usted el próximo mes podría traerse sus muebles... —gritaba, pero del tercero al cuarto piso no había aún escaleras, y en el tercer piso el viejecito no estaba. Se asustó: con aquella manía de meter las narices en todas partes, ¿no se habría caído por el hueco del ascensor?

No, lo vio asomarse haciendo equilibrios sobre la cornisa del tejado, que había de ser una azotea, pero aún no tenía la barandilla alrededor. Había subido hasta allí por las tablas que usaban los albañiles, había ido a inspeccionar los depósitos del agua, y ahora bajaba, haciendo acrobacias sobre aquellas tablas, doblando las rodillas y con los brazos hacia adelante.

Quinto fue a prestarle una mano.

—Entonces, dígame: si no quiere comprar ni alquilar, ¿por qué le interesa tanto esta casa?

El viejecito, rechazando su ayuda, ya había llegado a la planta baja y empezaba a bajar la rampa con escalones.

—Nada —dijo—, miraba cómo es porque debo imponerle una hipoteca.

XXIII

En primavera la película se desplazó a Cannes para los exteriores. Quinto iba y venía de Roma a Cannes, y alguna vez era huésped de la villa del productor francés en Juan-les-Pins. Pasaba por *** en tren o en coche, pero no se detenía porque no tenía tiempo, y porque no era capaz de pasar del ritmo del cine al de la constructora Caisotti. Acostumbrado a una existencia económica y mentalmente recogida, esta vida dispendiosa en todos los sentidos lo sometía a un continuo esfuerzo. La chica francesa era difícil de soportar. Toda esperanza de felicidad había desaparecido para Quinto: he aquí que le tocaba una vida que parecía la más feliz, y él permanecía triste.

Las noticias de *** eran cada vez más complicadas. Un fulano, que le había comprado a Caisotti un garaje allí abajo, había sabido después que la propiedad de Caisotti podía ser impugnada, y había corrido a hablar con la madre para informarse. La madre lo conminó a no comprar hasta que el constructor no hubiese satisfecho sus compromisos. Cuando Caisotti supo la cosa, se originó un gran litigio: amenazaba con querellarse con la madre porque había perjudicado sus intereses. Desde luego no podía mantener sus compromisos —decía— si los Anfossi hacían todo lo posible para calumniarlo y echarle abajo sus negocios. Entretanto, Canal había redactado la denuncia contra Caisotti por incumplimiento de contrato, por los perjuicios de los frustrados arriendos y por violación de la cláusula acerca de la altura del inmueble. Si el constructor no cumplía antes de un mes, llevaba la denuncia al juzgado. Pero Caisotti, que ahora tenía también él un asesor jurídico —la abogada Bertellini—, mandó preparar asimismo una denuncia: acusaba a la señora Anfossi de difamación continua, de violación

de contrato (por la cuestión de aquel pozo negro que no se había vaciado a su debido tiempo) y, finalmente, incluso de robo, por aquellos tubos de riego del año anterior, que seguían apareciendo cada vez que había una disputa. Todo eran acusaciones sin pies ni cabeza, pero si Canal presentaba su denuncia, Caisotti respondía con la suya, aunque sólo fuera para embrollar y dar largas al asunto. Se hacían gestiones para llegar a un acuerdo.

En lo mejor de todo, Quinto fue trasladado de la Costa Azul a Roma. El coproductor francés se retiraba de la película; la casa italiana estaba en un mar de deudas. Se rodaron algunos interiores en Cinecittà, luego la crisis se agravó y se suspendió todo. Desde ***, su madre escribía que finalmente había conseguido alquilar el almacén a una tal señora Hofer que enviaba los gladiolos a Múnich.

En septiembre el productor italiano quebró, la película fue comprada por una nueva casa de un gran especulador de solares edificables que se apresuró a terminar la película por una cantidad determinada. A Quinto no se le llamó; sus servicios de ayudante del guionista fueron considerados superfluos. Creía que aún había de percibir algún dinero, pero le demostraron que, según el contrato, no le correspondía nada más. Con la francesita ya había roto en Cannes. Volvió a ***. Estaba sin trabajo y sin un centavo.

Su madre ahora se las había sobre todo con la señora Hofer. No pagaba el alquiler, no se conseguía encontrarla, a las cartas no contestaba, parecía haberse ido a Alemania. Se dejó ver, por fin, mientras estaba Quinto. Medía un metro ochenta, era enérgica, espléndida, algo gruesa, pero bien hecha; con un pecho que parecía fuera a estallarle el traje; estrecha de cintura, exuberante de caderas, las piernas un poco masculinas, pero esbeltas. Tenía un rostro duro, ordinario, pero fiero, de mujer que sabe lo que quiere; el pelo, rubio y crespo, lo llevaba atado detrás con una cinta rosa que no tenía nada que ver. Quinto, curioso e inquieto de inmediato por el cuerpo de la alemana, la acribillaba a miradas, pero la señora Hofer, con cara de mármol, seguía dirigiéndose a su madre. Hablaba italiano con acento marcado, pero con fría soltura; hizo saber que había tenido que quedarse en Alemania más

de lo previsto y que por esto no había podido pagar el trimestre, pero ahora pondría en orden sus asuntos y dentro de una semana volvería para pagar. Salió con el paso sólido de sus zapatos de hombre. Quinto no había conseguido encontrar su mirada.

Al acercarse la expiración de la semana, la madre empezaba a decir:

—La señora Hofer todavía no ha venido...

Y Quinto, hundido en una tumbona leyendo el *Félix Krull*:

—La señora Hofer... La señora Hofer... La haremos pagar, a la señora Hofer... —Y mentalmente seguía recreándose y cebándose con el nombre y la imagen de la señora Hofer, y en la señora Hofer poco a poco emergía todo lo que él no había tenido, las cosas en las que no había logrado salir airoso: la especulación inmobiliaria, el cine, la francesita... «La señora Hofer... —sonreía para sí—, ya me encargo yo de la señora Hofer...».

La señora Hofer estaba en el almacén sólo por la mañana temprano, a la hora en que le llegaban las flores del mercado, con dos embaladores. Supervisaba la confección de los cestos de gladiolos, que después los operarios llevaban al recadero que salía hacia el aeropuerto de Milán; y ella bajaba la puerta metálica y se iba. Quinto se levantaba tarde y no la encontraba nunca. Pero ella había dejado la dirección de su casa.

Cuando hubieron pasado ocho días, Quinto dijo a su madre:

—Dame el recibo del trimestre, con la firma, los timbres y todo: voy a casa de la señora Hofer y haré que me dé el dinero.

Vivía en una vieja casa, en la marina. Le abrió ella. Llevaba una camisa de manga corta; los brazos blancos eran un poco más fofos de lo que Quinto se esperaba. La cara era interrogativa, como si no lo reconociera. Quinto enseguida sacó el recibo, diciendo que, visto que ella no encontraba el tiempo de ir a su casa, había venido él mismo a liquidar aquello... Lo hizo pasar; una habitación con cojines bordados, unas muñecas; probablemente era un piso amueblado. Sobre una cómoda, dos fotografías de hombres, con unas flores delante: un aviador alemán y un oficial italiano, que a Quinto (siempre dispuesto a pensar lo peor) le pareció que llevaba el uniforme de la República social^[9].

—No había necesidad de que usted se molestara, señor Anfossi —decía la señora Hofer—, pasaré yo misma mañana o pasado... —Las miradas de Quinto iban de aquí para allá entre los ojos de ella, siempre distantes y distraídos, y su cuerpo que, en cambio, era de una carne tensa, llena...

—Pero ¿por qué no lo liquidamos ahora? He traído el recibo... —Y la inflexión de Quinto trataba de ser incluso ligeramente chistosa, o mejor: alusiva, en fin, que intentaba romper aquella sequedad de sus relaciones. Pero qué va: ella parecía no poder ser alcanzada por estas impalpables vibraciones.

—Señor Anfossi, si le digo que pasaré mañana o pasado, quiere decir que no dispondré de esa suma antes de mañana o pasado... —Por encima de todo, ¡menuda caradura tenía, dando aquellas respuestas sin alterarse, y con lo atrasada que estaba! Pero no era aquélla la resistencia que Quinto se había obstinado en vencer.

Dejó escapar una risita y soltó:

—Señora Hofer, es triste tener que pelearse con una hermosa mujer como usted...

La señora Hofer no se lo esperaba, se ve, y por sus ojos pasó un fugaz relámpago que, de un momento a otro, hasta podía llegar a ser irónico. Pero Quinto, rápido como un maníaco sexual, había ya alargado la mano para desabrocharle la camisa. La señora Hofer se echó para atrás, ofendida, luego pareció recobrase y se detuvo:

—Señor Anfossi, ¿qué busca de mí...? —Ya se abrazaban.

La señora Hofer era una tigresa. Podía más que él. Pasaban volando de un rincón a otro de la habitación, pero ella se mantenía siempre de pie. Quinto ya no entendía nada; buscaba una revancha por todo y ahora la tenía. En esta furia, en cierto modo, perdió casi el conocimiento y se encontró echado boca arriba y exhausto entre las muñecas del sofá. La señora Hofer seguía de pie, frente a él, y le miraba con un ligero aire de desprecio. No había sonreído ni siquiera una vez.

Quinto se compuso intentando no pensar en nada. La señora Hofer hizo ademán de acompañarlo a la puerta. Quinto, por decir algo, sacó el recibo del bolsillo:

—Por esta vez, entonces pasará...

La señora Hofer hizo un pequeño gesto como para que le acercase la mano, cogió el recibo, fue a la cómoda, abrió el bolso, cerró el recibo en el bolso, fue a la puerta, la abrió.

—Buenas tardes, señor Anfossi.

Quinto salió. Los días empezaban a acortarse. Era ya oscuro.

XXIV

La abogada Bertellini y Quinto se conocían de los años del instituto, pero ahora, en el encuentro entre ambas partes en el despacho de Canal, ella afectaba una frialdad profesional, se dirigía sólo a su colega, con la cabeza inclinada sobre los papeles. Tampoco parecía estar muy al corriente de los términos de la cuestión; Caisotti tenía que decidirlo todo y ella trataba de dar una apariencia legal a lo que él decía.

—Pero, mujer... —le decía Canal desde detrás de la mesa—, ¿cómo puede sostenerse una denuncia de robo contra la profesora Anfossi? ¿Queréis que el juez se os ría en la cara...? Tú misma deberías aconsejar a tu cliente que no bromease demasiado...

Caisotti, sentado en una butaca Voltaire, con las manos agarradas a los brazos, tenía una cara cerrada y torva. La abogada hojeaba sus papeles:

—Así pues, el día 18 de junio de 1954..., cuatro tubos de hierro de riego de una longitud de...

En los años posteriores a la Liberación, Bertellini había sido compañera de partido de Quinto. Había empezado su carrera representando al ministerio fiscal de las familias de los caídos contra ciertos feroces saqueadores, en unos procesos que hacían estremecer. Ahora estaban allí discutiendo un embrollo inmobiliario, acusándose mutuamente.

Quinto intentó una débil llamada a la vieja amistad:

—Pero, Silvia, qué dices...

Ella no alzó la cabeza de las hojas:

—Mi cliente afirma que el día 18 de junio...

Canal, con palabras de hombre no elocuente pero práctico, resoplando un poco, como quien está harto de tantas falsedades, asqueado de que la ley

pueda servir de escudo a los deshonestos, pero consciente de todos modos de que las cosas son así y de que es su oficio tratar de arreglarlas en la medida de lo posible, reparar los daños ocasionados por los embrollones creyendo ser muy listos y por los veleidosos con la cabeza en las nubes creyendo que todo se les daba a ellos —liosos unos y otros de la misma manera—, Canal, pues, intentaba persuadir a la parte contraria de que no era cuestión de alargar el pleito insistiendo en aquellas sutilezas, de que las letras tenían que pagarlas, de que los trabajos tenían que entregarlos, de que sobre las cifras se podía transigir, de que sus clientes se daban perfecta cuenta de que a la constructora Caisotti no convenía hacerla quebrar, por eso proponían una última cifra, si no, se iba de veras a los tribunales.

Esta táctica conciliadora fue el mismo Canal quien se la había aconsejado a Quinto.

—¿Qué queremos hacer? —le había dicho el primer día—. Tú ya no tienes más ganas, se ha visto... Nunca estás aquí, dejas todas las molestias a tu madre, que tendría derecho a vivir en paz y que, en cambio, se lo toma a pecho... Caisotti no tiene reputación que perder: llegó aquí con los pantalones remendados, vive como un pordiosero, da la impresión a todo el mundo de ser un ladrón de gallinas, nunca se consigue echarle mano porque nunca hace lo que sería lógico prever que hiciera... Y, sin embargo, con este sistema, es alguien que se sostiene, alguien que hay que tener siempre en cuenta...

Canal comunicó la cifra convenida con Quinto. La abogada se volvió hacia Caisotti. El constructor frunció la boca e hizo seña de que no.

—Mi cliente no considera poder tratar sobre esta base —dijo ella. Se levantó Caisotti, se levantó ella, apagó el cigarrillo, juntó los documentos en la cartera, cogió el bolso, estrechó la mano a Canal, a Quinto y salió deprisa, detrás del cliente con las manos en los bolsillos.

—Lo sabía, lo sabía —dijo Canal abriendo los brazos, solo con Quinto—, es un ignorante, por encima de todo, un estúpido, no se comprende qué es lo que gana ahora con no pagar, con no acabar de una vez por todas... Pero es así, él es así... —Y le tendió la mano.

A Quinto le habría gustado quedarse un rato hablando de su experiencia cinematográfica, pero Canal tenía que hacer y se despidió. Ahora, finalmente, tenía algo que contar que interesaba a todos, Cinecittà, las actrices francesas, no como cuando se ocupaba sólo de polémicas ideológicas y nunca sabía qué decir a los viejos amigos. En cambio, ahora, no conseguía hablar de otra cosa que de Caisotti.

Caisotti, Caisotti, Caisotti... No podía más. Sí, sabía cómo era aquel hombre, sabía que ganaba siempre él, ¡había sido el primero en comprenderlo! Pero ¿era posible que todos lo aceptasen como un hecho normal, lo criticasen sólo con palabras, no se preocuparan de rechazarlo, de destruirlo...? Sí, sí, ciertamente, fue él quien lo había querido, quien había alabado a Caisotti contra el parecer de todos los bienpensantes... Pero entonces le parecía que era otra cosa, que era el término de una antítesis, que formaba parte de un proceso en movimiento... Ahora Caisotti no era más que un aspecto de un todo uniforme y gris, de una realidad que había que rechazar o aceptar. ¡Y él, Quinto, no quería aceptarla!

Por no hablar del notario Bardissone, que cuando Quinto fue a verle le hizo una especie de panegírico de Caisotti:

—Yo diría que pagaré, créeme, no es tan malo como parece; tienes que pensar que empezó desde cero, y ahora ya tiene una empresa importante; el momento es duro para todos, los de arriba y los de abajo, pero mira a ver si te pones de acuerdo con él, te lo digo yo, es un buen hombre.

Travaglia estaba muy metido en política. Al año siguiente habría elecciones municipales y se decía que quería presentarse primero en la lista del partido mayoritario. Un día se toparon casualmente, anduvieron un trecho juntos, Quinto le explicó un poco los tejemanejes del cine, fingíase experimentado. Frente al café Melina encontraron a Caisotti. Con Quinto, después de la entrevista, no se saludaban. En cambio, Travaglia se detuvo a darle la mano. Y al cabo de un rato le dijo:

—Y, entonces, ¿esta cuestión con los Anfossi?

Caisotti empezó a hablar con su voz plañidera, pero sólo decía vaguedades, y Quinto se limitaba a encogerse de hombros. Travaglia, en cambio, trataba de razonar, de convencer a Caisotti, pero exponía las

argumentaciones de los Anfossi con el aire de quien explica las razones de un niño, de alguien que hay que intentar comprender sin pretender que responda a la lógica corriente. En resumidas cuentas, Caisotti salió con una propuesta: pagaría una parte de lo que debía a los Anfossi, pero los Anfossi —que estaba clarísimo que no podían ocuparse de ello— le dejarían al cuidado de la administración de los apartamentos. Se preocupaba él de encontrar los inquilinos y de cobrar los alquileres, y a finales de año entregaría una cantidad determinada.

Era un sistema para dejarse comer vivos por Caisotti, Quinto lo comprendía bien; pero comprendió también que era un modo de quitarse aquellas preocupaciones de encima, al menos por un año, y de no tener el remordimiento de dejar a su madre batallando sola con los alquileres. También Travaglia comprendió enseguida que la solución tenía aspectos positivos para los Anfossi, y lo animó. Quinto trataba de sacar lo más que podía. Terminaron todos en el despacho de Caisotti. Había una secretaria nueva, una pelirroja, muebles nuevos, lámpara nueva, de esas con tubos. Caisotti hizo sentar al ingeniero y a Quinto; ofreció cigarrillos. Entró una mujer, una mujercita de pueblo, de bastantes años, con un niño.

—Mi esposa —la presentó Caisotti—. Ha venido a quedarse aquí abajo también ella. En el pueblo ya hay poco que hacer.

Quedó claro que Quinto hablaría de todo con su madre y su hermano que había de llegar justamente entonces.

Subía hacia la villa, solo, cuando vio al viejo carpintero Masera que bajaba por la calle en bicicleta y frenó para detenerse a saludarlo.

—¿Estás aquí por mucho tiempo? ¿Asuntos de negocios? La construcción... Paso siempre por allí delante, la veo siempre igual, y pienso en ti, en tu madre, en lo alterada que debéis de tener la sangre... ¿Es cierto que Caisotti todavía os tiene que pagar unas letras? Discúlpame, ¿sabes?, yo nunca he querido decirte nada, a veces te he encontrado un poco ceñudo y me decía: ahora voy y le hablo, luego no me atrevía... Pero a menudo discutimos de ello, entre camaradas... ¿Cómo es posible que hayáis ido a ponerlos en manos de ese Caisotti...? ¿No sabías la persona que es? ¿Y los líos que nos ha organizado, en la ANPI^[10]?

Quinto había llegado al colmo del nerviosismo, y, sin embargo, también se sentía como liberado: este intento suyo de negocio inmobiliario que él había apologizado y exaltado dentro de sí como para defenderlo de una acusación por parte de Masera y sus compañeros, era, en cambio, una cosa de la que se podía hablar tranquilamente con ellos, que consideraban que les concernía, lo seguían...

—Sí, sé que teníais prisa por vender, que debíais pagar los impuestos —decía Masera—, e incluso hicisteis bien en llegar a un arreglo para construir vosotros... Para dejarlo en manos ajenas, tanto da... Pero ¿por qué no fuiste a informarte a la Delegación? Algún consejo te habríamos dado... Hay constructores que, si no camaradas, son amigos nuestros, o en todo caso, no quieren quedar mal con nosotros... Además tenemos también una cooperativa, bien montada, nuestra... Ven a hablar con nosotros, una noche: queremos llevar a cabo toda una serie de acciones para combatir las especulaciones, tasar los solares, hacer respetar las ordenanzas... No se puede de ningún modo seguir aceptando todo lo que está sucediendo ahora, estos enredos... Podemos luchar... Podemos hacer mucho... Y oye: ahora que tendrás que buscar inquilinos, dinos algo; de cuando en cuando sabemos de alguien, a veces nos escriben, a la Delegación, de Turín, de Milán; camaradas tal vez un poco acomodados; si les sabemos dar una indicación...

Quinto regresó a casa como si llevase un cadáver a las espaldas: estrangulado por la ingenua locuacidad de Masera, el individualismo del libre y aventurero constructor abría desmesuradamente sus románticos ojos al sol del mediodía.

Estaba Ampelio y se encerraron en el comedor, abarrotando toda la mesa de papeles; comenzaron a rehacer todas las cuentas desde el principio.

La madre estaba en el jardín. Las capuchinas eran una mancha de color hasta demasiado viva. La madre selva desprendía un olor intenso. Si no levantaba los ojos hacia arriba, donde por doquier se asomaban las ventanas de los edificios, el jardín era todavía el jardín. La madre iba de parterre en parterre, cortando las ramas secas, comprobando si el jardinero había regado en todas partes. Un caracol subía por una afilada hoja de lirio: lo

arrancó, lo tiró al suelo. Un estallido de voces le hizo alzar la cabeza: allá arriba, en lo alto de la construcción, estaban alquitranando el terrado. La madre pensó que era más hermoso cuando construían las casas con cubiertas de tejas y, al terminarlas, colocaban una bandera en lo alto.

—¡Chicos! ¡Chicos! —gritó hacia las ventanas del comedor—. ¡Han terminado el tejado!

Quinto y Ampelio no respondieron. La habitación, con las persianas echadas, estaba en penumbra. Ellos, sentados con montones de papeles en las rodillas, calculaban de nuevo cuándo se habría amortizado el capital. El sol desaparecía pronto detrás del edificio de Caisotti y por entre las tablillas de las persianas la luz que daba sobre la plata del aparador era cada vez menos, ahora era sólo la que pasaba entre las tablillas más altas, y se apagaba poco a poco, sobre las curvas brillantes de las bandejas, de las teteras...

5 de abril de 1956 - 12 de julio de 1957



ITALO GIOVANNI CALVINO MAMELI. Escritor italiano. Debido al trabajo de su padre, agrónomo, nació en La Habana, Cuba, en 1923, aunque la familia regresó a Italia dos años después. Al finalizar la II Guerra Mundial, durante la que luchó contra los nazis en un grupo de partisanos, se licenció en Literatura y realizó trabajos editoriales. Su primera novela, *El sendero de los nidos de araña* (1947), era neorrealista. Luego utilizó técnicas alegóricas en novelas como *El vizconde demediado* (1952), *El*

barón rampante (1957) o *El caballero inexistente* (1959). En obras posteriores, como *Las cósmicas* (1965), *Tiempo cero* (1967), *Las ciudades invisibles* (1972) y *Si una noche de invierno un viajero* (1979), queda patente su original mezcla de fantasía, curiosidad científica y especulación metafísica. Fue, además, un consumado cuentista, con volúmenes de relatos como *Por último, el cuervo* (1949) y *Los amores difíciles* (1970). Falleció por un ataque de ictus cerebral, en Toscana, Italia, en 1985.

Notas

[1] Siglas del *Comitato di Liberazione Nazionale*, órgano dirigente de los partisanos. (N. del T.) <<

[2] Angerin, ¿la tienes tomada conmigo? (*N. del T.*) <<

[3] Sí, contigo. (*N. del T.*) <<

[4] ¿Me quieres matar? (*N. del T.*) <<

[5] No. (*N. del T.*) <<

[6] Deja la pala... (*N. del T.*) <<

[7] Ahora podéis volver al trabajo... (*N. del T.*) <<

[8] No está loco. No llaméis a nadie. Volved al trabajo. (*N. del T.*) <<

[9] Es decir, de la *Repubblica Sociale Italiana* constituida por Mussolini. (N. del T.) <<

[¹⁰] Siglas de la *Associazione Nazionale Partigiani d'Italia*. (N. del T.) <<